

D, fran^{co}, de guebedo



VILLA de MADRID

VILLA *de* MADRID

R E V I S T A D E L E X C M O . A Y U N T A M I E N T O

DELEGACION DE CULTURA

DIRECTOR:
R U F O G A M A Z O R I C O

REDACCION: PLAZA MAYOR, 27

ADMINISTRACION: MAYOR, 83

Teléfonos: Dirección, 265 91 38
Administración, 446 21 12 - Ext. 22

PRECIO DEL EJEMPLAR: 150 PESETAS

M A D R I D

AÑO XVIII

1980-I

NÚM. 66

Sumario

«El trabajo oscuro y silencioso dejará el mejor recuerdo», declaraciones de TIERNO GALVÁN.

Plan de Acción Municipal.

Don Francisco de Quevedo y las gentes de los madriles vistos por Torres Villarroel, por MARCELINO TOBAJAS.

Techos y murales de Madrid, por MARIA-NO JUBERIAS OCHOA.

La Dehesa de la Villa y los estudios de genética del Prof. Zulueta, por PLINIO.

El creador de la Escuela Municipal de Cerámica, por FEDERICO-CARLOS SAINZ DE ROBLES.

Los Monasterios de las Descalzas Reales y de la Encarnación en el año 1626, Por JOSÉ SIMÓN DÍAZ.

Una leyenda sobre el Palacio Real, por JOSE FRADEJAS LEBRERO.

El Alcázar de Madrid, en Francia, por CARLOS MANZANARES.

El Palacio de Comunicaciones en la arquitectura madrileña, por JOSE RAMON ALONSO PEREIRA.

Andrés Saborit, ejemplo de Concejal, por BOROBÓ.

La antigua Inclusa y Bartolomé Hurtado, por JOSE LUIS BARRIO MOYA.

Corridas de toros en la Puerta del Sol, por FRANCISCO LÓPEZ IZQUIERDO.

Apuntes para un catálogo de lápidas madrileñas, por JUAN SAMPELAYO.

Agustín Millares Carlo, por CARMEN RUBIO PÁRDOS.

Informe sobre los monumentos conmemorativos de Madrid, 1939-1979, por JAVIER CARLOS FERNÁNDEZ DELGADO, MERCEDES MIGUEL PASAMONTES y MARIA JESUS VEGA GONZÁLEZ.

El novelista que nació donde murió Cervantes, por JUAN LAGARMA BERNARDOS.

Fotografías: Yebra, Imagen-Fotógrafos, Juan González, Archivo Contreras y Archivo Villa de Madrid.

Dep. Legal: M-4194-1958

SANMARTÍN - TRUJILLOS, 7
MADRID

Nuestra portada: *Don Francisco de Quevedo.* Retrato por Velázquez. Madrid. Instituto de Valencia de Don Juan.



La primer audiencia de S.M. el Rey don Juan Carlos a la nueva Corporación municipal.

EL TRABAJO OSCURO Y SILENCIOSO DEJARA EL MEJOR RECUERDO

Tierno Galván analiza la gestión de su primer año en la Casa de la Villa.

UNA tarta. Una vela. El título de «Alcalde Madrid» escrito con amorosa caligrafía de merengue. Y el escudo, por aquello del «oso gris», dibujando con trazo seguro de chocolate. (Réstale el arbusto adjetivos heráldicos: ni es «rampante» porque no araña al aire, ni «tenante» porque no sostiene escudo. Acaso sea este plantígrado —buscón de la miel redonda del madroño— imagen pretérita del madrileño, acosador de árboles.)

La fecha, imprescindible, se resume en un 4-A, que compromete al mes de abril y evoca la madrugada en la cual nacieron los nuevos Ayuntamientos democráticos. Tras haber recorrido una distancia que puede traducirse en días —365—, se me ocurre acercar la impaciencia de las preguntas a quien ha capitaneado el esfuerzo. Mas, busco en el revuelto



El profesor Tierno Galván contempla una colección de armas antiguas en la Exposición Anatólica de Madrid.



El Instituto de Estudios Madrileños ofrece sus últimas publicaciones.

zurrón del periodista la manera de hacer posible el empeño, sin herir, sin dudar, sin arrepentimientos. Toca la mano un libro, cuya portada aconseja:

*«En tus apuros y afanes,
pide consejo a los refranes»*

Amparado en tales adargas —¿quién ha dicho que en esta tierra «no se investiga», «no reflexionamos» y «escasea la ciencia» cuando, inagotable, su paremiología conviértese en ruleta de buenos propósitos al menor deseo?— saludo al Excelentísimo señor don Enrique Tierno Galván.

Haz tu deber y no habrás de qué temer

—¿Había pensado alguna vez en su vida, llegar a ser Alcalde de Madrid?

—Realmente, no. Cuando se iniciaban las conversaciones entre el PSP y el PSOE para la fusión de ambos partidos, surgió el proyecto de presentar mi nombre para la Alcaldía. La propuesta me sorprendió y pensé que el compromiso se quedaría en el papel. Después, las circunstancias me obligaron a ser Alcalde: me comprometió el voto de los ciudadanos y, de verdad, estoy haciendo cuanto puedo por responder a mis deberes.

—¿Fue una campaña difícil?

—Sí. Resultó una campaña empeñada que exigió mucha dedicación. Me obligó a acudir a bastantes lugares, a enterarme de muchas cosas que no conocía; a meterme aún más en Madrid: en este Madrid donde he nacido y en el que he vivido bastantes años. No puedo olvidar que mis oponentes eran personas capaces, inteligentes y con notoriedad, por lo que la campaña fue realmente dura.

Primero se ha de buscar al vecino que la casa

—¿Había pisado la Casa de la Villa en alguna ocasión, antes de aquella noche?

—Solamente para pedir algún documento o acompañar a algún amigo: lo que hemos hecho casi todos los madrileños alguna vez. Pero nunca había pisado el Despacho del Alcalde.

—Recuerdo que los hoy Tenientes de Alcalde —Ramón Tamames y Alonso Puerta— solían asistir a los Plenos y tomaban notas. ¿Por qué no acudía usted?

—Porque mi actitud debía ser otra. Yo no podía permitirme lo que la mocedad relativa —pero mocedad— de Tamames y Puerta, les permitía. No debía estar presente en dichas sesiones, ni por mi edad ni por mi profesión: comprenderá usted que «el viejo Profesor» tomando notas allá arriba, no habría hecho un buen papel.

—¿Le emocionó su proclamación como Alcalde?

—Evidentemente sí... Preveía muchos conflictos, muchos esfuerzos. Adivinaba que habría de tener mucho equilibrio para que las cosas marcharan con orden en una situación desordenada. Me emocionó la responsabilidad, que siempre embarga a la preocupación. Era consciente, como lo soy ahora —y todo el mundo lo acepta—



En el Centro Cultural Villa de Madrid, S.M. la Reina presidió el acto de presentación del Plan Mundial para la Conservación de la Naturaleza. A su llegada, es saludada por el Alcalde.

de que una parte notable de los votos habían sido otorgados en favor del Profesor y no sólo en favor de un partido, lo que también me emocionó y me llenó de gratitud.

**Si mucho tienes, más tendrás,
porque Dios siempre dice más**

—¿Por qué mantuvo el Crucifijo sobre la mesa?

—Dije «que era un símbolo de paz, un símbolo de amor». Creo que el Cristianismo es expresión de nuestra cultura. La mayor parte de lo que hacemos, está condicionado por siglos de valoración del mundo desde el punto de vista cristiano: la humildad, la consideración del prójimo, el sentido del pecado, del castigo o del premio. Para quienes creen, lo mismo que para quienes no creen. La vida occidental está

impregnada —digámoslo así— de la concepción cristiana de la convivencia.

Gloria cada día, al cabo hartaría

—¿Ha sido un año duro?

—Ha sido un año difícil. La yuxtaposición de problemas no podía eludirse: era necesario informar por un lado, al tiempo que realizábamos una labor de entrenamiento, porque no es lo mismo «ver los toros desde la barrera que verlos en el ruedo». Era preciso comprender a fondo a los funcionarios —sus necesidades, sus virtudes, sus defectos—, lo que también exige días y paciencia. Teníamos que examinar problemas de atrás, plantear las rectificaciones que hubiere que hacer —ya que la vida es rectificación— y estudiar soluciones de acuerdo con unos programas que debemos obedecer... Ha si-

do un año con demasiadas preocupaciones, obligaciones y quehaceres.

**Saber mucho y tener mucho saber,
una cosa parece y dos vienen a ser**

—¿Por qué no abandonó el magisterio?

—No puedo porque, esencialmente, soy profesor. Si no doy clases, no me encuentro satisfecho, ni equilibrado, ni tan en mí mismo como debo estar. No sólo doy clases en la Universidad, sino que tengo algunas otras en Institutos privados, lo que contribuye a que yo pueda vivir... que también es necesario.

—¿Cree que sus alumnos prestan mayor atención a sus explicaciones desde que es Alcalde?

—No, porque jamás introduzco —y siempre he mantenido esa costumbre— elementos ideológicos en mi exposi-



El Alcalde de Madrid entrega al Lord Mayor de Londres una reproducción de la Puerta de Alcalá.



En el Salón Real de la Casa de Panadería. Tierno Galván recibió a la Coral de Vitoria.

ción. Explico las instituciones políticas, la Constitución, desde supuestos objetivos, porque no deseo hacer de la cátedra un púlpito de predicadores, de propaganda, de convencimiento de fe, ni siquiera de entusiasmos... sino sólo de entusiasmos por el saber y la cultura. De tal manera, que los alumnos acuden a oírme porque les gusta informarse, no porque haya conexión alguna entre Alcaldía y cátedra.

—*¿Es mayor su rigor en clase o en el Ayuntamiento?*

—En clase, donde aplico el rigor científico y el rigor metodológico. También puedo permitirme rogar a los muchachos: «Hagan el favor de callarse y estar más atentos». En el Ayuntamiento no debo insinuarlo, porque aunque algunas veces he dicho que me parece «un colegio», no deja de ser una exageración.

Gozo que no se comunica, se achica

—*De todo lo convenido bajo su presidencia, refiera aquello de lo que se sienta más feliz:*

—Entre las cosas brillantes, debo destacar la apertura del Museo de la Villa, por ejemplo, que considero una obra muy personal, sin olvidar la cooperación de la directora y de los concejales. Me agrada especialmente porque se toca el fruto de un modo inmediato. Es un sentimiento de campesino y de labrador el que se experimenta: como si se viera crecer el trigo y, a poco, espigarlo. Sin embargo, el trabajo oscuro, silencioso, es el que va a dejar mejor recuerdo en las gentes de nuestro paso por el Ayuntamiento.

—*¿Le enorgullece ser Alcalde de la capital de España?*

—Extraordinariamente. Sobre todo, porque se trata de un orgullo sostenido en el hecho de no ambicionar la ganancia de un escalón: no pretendo poner el pie aquí, para buscar luego, otro escalón más alto. Siempre he tenido un mal concepto de los trepadores. Es más, poseo el convencimiento de que el trepador, por muy alto que suba, siempre tropieza con un peldaño podrido y cae... Como mi único deseo es cumplir bien con la Alcaldía, me siento orgulloso de todos nuestros propósitos: conseguiremos una sanidad municipal ejemplar y el madrileño nos lo agradecerá; les daremos unos transportes mucho más fluidos; acabaremos con la tristeza del chabolismo que, de verdad, deprime el ánimo y no permite sosiego; conseguiremos un Manzanares limpio, que ya estaba previsto por el



Don Pío Baroja ya tiene monumento en Madrid.

Ayuntamiento anterior y culminaremos otros proyectos heredados. Conviene dar al César lo que es del César y admitir que uno no lo hace todo o que esta corporación no ha empezado desde cero.

Mundo loco, mundo loco, ¡unos tanto y otros tan poco!

—¿Cuántos viajes ha realizado durante su mandato?

—Bastantes, pero con anterioridad ya me movía mucho. Ahora paso en el despacho de la Casa de la Villa dema-

La apertura del Museo Municipal, una realización que el Alcalde considera muy personal.





Recepción en honor del líder socialista portugués Mario Soares.

siadas horas. Sabrá usted que los americanos —y parece que tienen razón— recomiendan actualmente que las grandes empresas pongan un teórico al frente de las mismas y, si fuere posible, un teórico despistado; como ejemplo, recurren a profesores de arte para dirigir complicados negocios. En cierto modo, es lo que han hecho conmigo —que soy un teórico, en algunos casos despistado— para que active los temas. Saben que me molesta la penosa andadura de negociado en negociado y les asombra mi actitud resolutiva conversando por teléfono. Al parecer, es una condición que poseemos quienes nunca hemos tenido o estado, al frente de una empresa.

—¿Qué aprendió en sus visitas a otras ciudades?

—He visto que los problemas son los mismos, las soluciones parecidas... pero los planteamientos diferentes. Por ejemplo, en París tienen problemas culturales también, pero el parisino se toma mucho interés por lo que ocurre en la ciudad y asiste a una y otra conferencia... Aquí en Madrid ocurre lo contrario: cada ciudadano pretende hacer su propia cultura y se reúne con un grupo de amigos e inventa un concierto u organiza un cursillo. La espontaneidad del madrileño es muy superior a la de cualquier ciudadano de otra urbe y es preciso ayudar a los vecinos que saben crear, que pueden crear, para que participen y triunfen.

En este sentido, la comparación que inevitablemente surge en los viajes, me ha hecho aprender mucho.

—Su ritmo de vida, ¿se ha visto profundamente alterado por el cargo que ocupa?

—Profundamente no creo, pero sí lo ha trastocado: pocas veces me siento a la mesa en casa a mediodía, aunque procuro cenar en ella. Lo que significa que esa vida monótona que llevaba —para mí tan grata— de comer, cenar

y leer a mis horas, la he perdido. Para mi mujer y para mí, supone un cambio que soportaremos durante este tiempo que hemos comprometido con Madrid, pero echando de menos la rutina porque, un profesor modesto —de la clase media modesta— necesita la rutina.

—A usted ¿le ha sobrado tiempo alguna vez?

—La verdad es que sí. No entiendo cómo hay gentes que dicen «que les falta tiempo». Suele sobrarme tiempo aún ahora: escribo artículos, estoy trabajando en un libro, doy conferencias y, por supuesto, atiendo el Ayuntamiento y todavía me queda tiempo para reflexionar. Yo creo que acariciamos demasiado la idea de que «carecemos de tiempo». Suele cansar mucho más, pensar que se está cansado, que el propio cansancio.

Cargos son cargas y a veces muy pesadas

—En algún momento, ¿le ha pesado ser Alcalde?

—No. Aunque creo que debería disminuir la tensión del ritmo. En ocasiones, un par de horas en el despacho serían suficientes. Pero, por el momento, cualquier vacío se nota.

—¿Qué le molesta más de su cargo?

—La jerarquización. Soy un hombre sencillo y me parece que todos somos iguales en cuanto a reacciones y necesidades. Me deja un poco perplejo oír: «Señor Alcalde» o contemplar cierto

(continúa en la página 77)



Visita a las obras de la «Operación Asfalto 1979».

PLAN DE ACCION MUNICIPAL

MEMORIA DE REALIZACIONES

1979-80

PREVISIONES 1980-81

El equipo de Gobierno de la Casa de la Villa ha presentado recientemente la segunda etapa del Plan de Acción Municipal, juntamente con la memoria de las realizaciones del primer año de gestión del Ayuntamiento surgido de las elecciones. Adelantamos la «Introducción» donde se explican objetivos y sistematización del Plan. La redacción de la memoria y previsiones tiene carácter provisional ya que el equipo de trabajo incorporará cuantas sugerencias válidas se le hagan llegar. El texto definitivo será publicado en el próximo número de VILLA DE MADRID.

EL 27 de julio de 1979, dentro de los primeros «100 días» del nuevo Ayuntamiento democrático, el equipo de Gobierno municipal presentó al Pleno la primera etapa («Líneas de Avance») del Plan de Acción Municipal, en donde, aparte de algunas cuestiones metodológicas preliminares, se fijaban unos objetivos generales, se analizaban los grandes programas a desarrollar por el Ayuntamiento, se tomaban en consideración algunas cuestiones del área metropolitana, y se analizaba la situación concreta de las empresas municipales. Además, en esta primera etapa del Plan de Acción Municipal había un examen minucioso de los problemas existentes y de las tareas a acometer en los distintos sectores de la actividad municipal, así como el diagnóstico de la situación en los 18 Distritos de Madrid. Terminaba esta primera fase del PAM, con una serie de previsiones sobre reorganización del Ayuntamiento y sobre la necesaria reforma de la fiscalidad y de toda una serie de actuaciones destinadas a conseguir un cierto saneamiento financiero.

Un año después, tras 12 meses de trabajo municipal, se presenta hoy, con carácter todavía provisional en muchos aspectos, la segunda etapa del Plan de Acción Municipal, con las realizaciones del período 1979/80 (entre el mes de abril de 1979 y mayo de 1980), y con las previsiones para el período mayo 1980-abril 1981. Este segundo volumen del Plan de Acción Municipal, tiene la doble faceta de ser una memoria de realizaciones, y de contener asimismo un conjunto de previsiones dentro de las coordinadas generales que ya se marcaron en la primera etapa del Plan.

Indudablemente, los hábitos de planificación no podían introducirse de la noche a la mañana, y ni siquiera en unos meses. En una Administración municipal en donde el planeamiento había dado paso durante largos años a aspiraciones más o menos improvisadas, y que muchas veces carecían del necesario hilo conductor, el poder establecer las bases de una verdadera planificación requiere un cierto tiempo, y una tenacidad indudable. En ese sentido son muy de agradecer las continuas referencias que la oposición de UCD, dentro de la Corporación, ha venido haciendo al Plan de Acción Municipal, y las numerosas peticiones de que la labor iniciada con la presentación de la primera etapa en julio de 1979 tuviese una continuidad. Fruto

tanto de los esfuerzos del equipo de Gobierno, como de la crítica de los Concejales de la oposición, es esta segunda etapa del PAM que ahora se presenta para general conocimiento de la Corporación, de los medios de información social, y del pueblo madrileño.

Es ésta la primera vez que sepamos, que en su larga historia el Ayuntamiento de Madrid hace pública una serie de informaciones sobre la actuación municipal y sobre los proyectos de futuro. Lo cual pensamos, en la mezcla de incertidumbre que rodea a toda la política económica, es un esfuerzo considerable, por mucho que tenga aspectos criticables en cuanto a su presentación.

Para no demorar más la información a todos los miembros de la Corporación de los aspectos ya referidos sobre el contenido de esta segunda etapa del PAM, en la sesión de la Comisión Permanente del día 13 de junio se presenta, con carácter provisional, con las siguientes partes y capítulos:

1. Servicios Centrales

Secretaría General.
Intervención.
Depositaria.

2. Delegaciones

Abastos y Mercados.
Acción Vecinal.
Circulación y Transportes.
Cultura.
Educación.
Hacienda, Rentas y Patrimonio.
Obras y Servicios Urbanos.
Relaciones Sociales.
Saneamiento y Medio Ambiente.
Sanidad y Asistencia Social.
Seguridad y Policía Municipal.
Gerencia Municipal de Urbanismo.

3. Otras áreas de actuación

Comisión de la Juventud.
Instalaciones FERIALES.

4. La reorganización municipal

Organización y personal.
La desconcentración.
La participación popular y los Consejos de Distrito.

5. Las Juntas de Distrito

Centro.
Arganzuela.
Retiro.
Salamanca.
Chamartín.
Tetuán.
Chamberí.
Fuencarral.
Moncloa.
Latina.
Carabanchel.
Villaverde.
Mediodía.
Vallecas.
Moratalaz.
Ciudad Lineal.
San Blas.
Hortaleza.

6. Anteproyecto de Presupuesto Extraordinario de Inversiones para 1980

7. Resumen del Presupuesto preventivo de Urbanismo

8. Primer avance del Presupuesto consolidado

Las tres últimas partes sobre los presupuestos Extraordinarios, de Gerencia de Urbanismo y consolidado, se presentan con carácter previo a la discusión que el 2 de junio se inició con UCD sobre todos estos temas.

Existe la previsión de publicar esta segunda etapa del Plan de Acción Municipal en la Revista Villa de Madrid, y de aquí a su publicación, una vez aprobados los presupuestos Extraordinarios y de Gerencia, serán bienvenidas cuantas críticas y observaciones se hagan sobre esta presentación preliminar de la segunda etapa del Plan de Acción Municipal.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO Y LAS GENTES DE LOS MADRILES, VISTOS POR TORRES VILLARROEL

Por Marcelino TOBAJAS



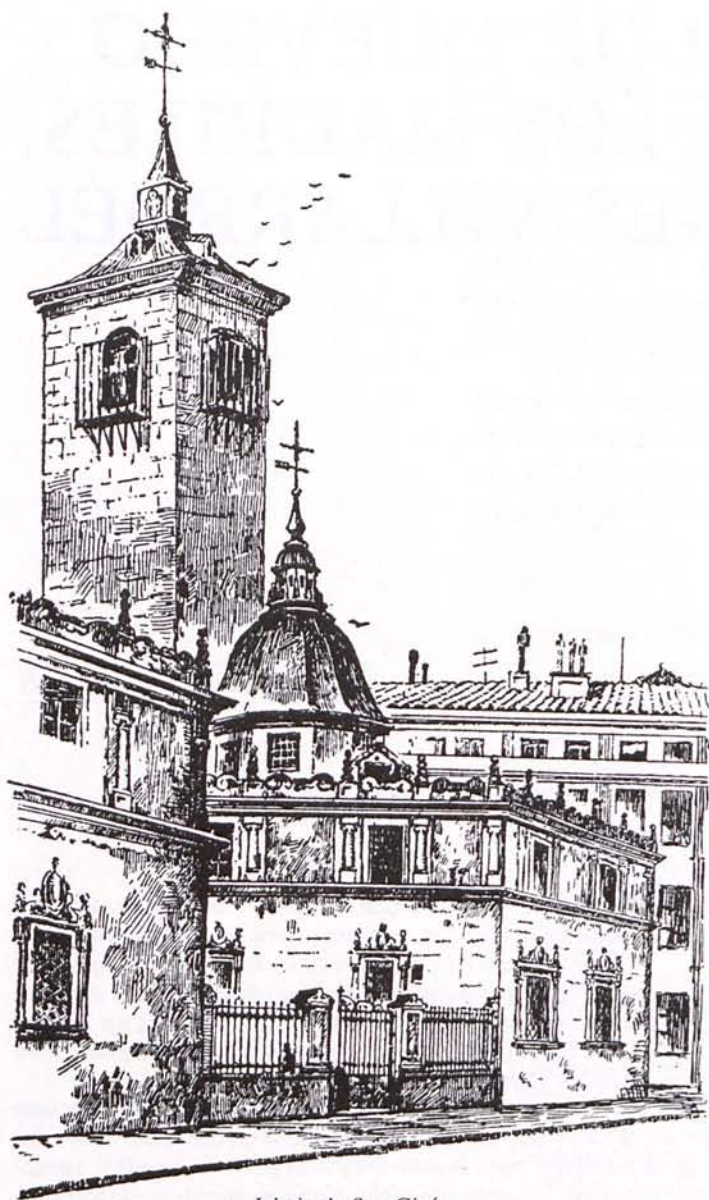
Don Diego Torres Villarroel.

LA cara de Quevedo que se burla y se ríe, la cara del satírico y mordaz, esa otra cara caricaturesca pertenece al madrileño. Quevedo es un producto típico de la capital recién formada, un fruto resaltante de las grandes aglomeraciones urbanas modernas. Sobre todo es un madrileño, tal vez el primer escritor caracterizadamente madrileño que se da en España.»

Son estas palabras de José María Salaverría que precisan unas características muy propias de la gente madrileña, las de su facilidad para lo satírico y aun para lo mordaz; características estas que se repetirán clarísimamente —descaradamente sería mejor decir— en otro madrileño pletórico de mordacidad: Larra.

Don Francisco de Quevedo fue bautizado el día 26 de septiembre de 1580, según reza el libro sexto de bautismos de la parroquia de San Ginés. Tres años después, en la misma iglesia, sería bautizada, Felipa, la hermana, que andando los años ingresaría en religión.

A Salaverría le preocupa la evolución que sufría —y bien aplicada está la palabra— España. Habla de la pérdida de aquel aire imperial que le diera Carlos V y que conserva bajo Felipe II, apreciable en todo, «hasta el simple gesto de los hidalgos pobres, hasta el giro de la frase literaria». He aquí dos puntos vitales para entender lo que trae ese aire que, poco a poco, se convertirá en cefirillo más que blando. Será poco más o menos al cumplir Quevedo los veinte años, cuando comience a acusarse que «España va perdiendo aquel aire imperial y adopta el carácter madrileño». Y tan madrileño; como todo un símbolo, a la muralla elevada, resistente, que corría alrededor a la quevedesca parroquia de San Ginés, antaño extramuros, ha sucedido antes de que naciera don Francisco algo que es más tapial que muralla, que corre hasta el punto avanzado en el que se abre cierta puerta, sobre cuyo dintel aparece un sol en relieve al final de lo que ayer y hoy la sigue recordando en el nombre: Puerta del Sol. No muy lejos está el monasterio de San Felipe, el de las gradas famosas, y en ellas el no menos famoso mentidero,



Iglesia de San Ginés.

aquel que se hizo famoso a lo largo de muchas generaciones, en el que, si antes concurrían soldados victoriosos de los Tercios de Flandes, ahora pululan los protagonistas de un nuevo género literario, los pícaros.

Todavía la Puerta del Sol es el centro neurálgico de Madrid, más por magia ilusionada que por realidad; en aquel entonces no era más que una simple salida, camino del Prado de San Jerónimo, porque el centro era el Alcázar real, el antiguo, el viejo «castillo famoso» que cantara Moratín padre y que a fuerza de remiendos iba a ser la morada de los Austrias, cuando el lugarón que era Madrid se convirtió en la capital de las Españas por decisión de don Felipe II. Poco había de durar tal Alcázar a los Borbones, consumido por el fuego con gran parte de lo que encerraba —cuadros, joyas, muebles— en la Nochebuena de 1734.

Quevedo muere en 1645; cuarenta y nueve años después de su muerte, viene al mundo en la ciudad de Salamanca un niño al que se bautiza con el nombre de Diego, y son sus apellidos Torres Villarroel. Hijo de librero, heredará de su padre el amor por los libros; también él contribuirá con sus propios escritos a aumentar el acervo cultural; y también contribuirá, con sus Almanques, a mantener viva la afición por la Astrología; también conseguirá, por último, que unos y otros le den fama y dineros.

Don Diego vivió en Madrid; de su vivir cortesano nos da muy divertida noticia en la autobiografía que publicó con el título de Vida. Andaban entonces, quizá es la época del periódico clandestino El duende crítico de Madrid, danzando los duendes de toda clase por viviendas y palacios. En uno de ellos anduvo, espadón en mano y en plena noche, tratando de ensartarlos, bien que inúltimente, don Diego de Torres. Tanta era la admiración que sentía por don Francisco de Quevedo, que al pensar en componer una obra grave lo tomará como el modelo que se debe imitar, palabra esta que habrá de entenderse en sentido de emulación, como quiere Russell P. Sebold, seguidor de Forner en esta opinión.

Pero la verdad es que don Diego ni es hombre grave ni satírico. El mismo se define como «centauro mixto de pata galana y religioso, ya moral, ya desenfadado, ya místico y ya burlón». Por eso, cuando emula a Quevedo y compone sus Visiones y visitas de Torres con don Francisco de Quevedo por la Corte resulta su obra un tanto enfática, acartonada; ya no estamos ante los Sueños quevedescos. Nos encontramos ante unos seres esperpénticos, que a mí me recuerdan más las pinturas de Solana, pese a su distancia temporal, que algunos cuadros del Bosco.

Aparte de esto, Madrid no existe más que por las citas de sus calles; un Madrid, anterior a 1728, carente de alegría.

No aparece Quevedo el satírico por ninguna parte. Ya es todo un símbolo la idea de hacer que aparezca un Quevedo impalpable, inmaterial, del que sólo Torres alcanza a ver su sombra. De ahí que sus apelativos sean la mayoría de las veces un tanto fúnebres: muerto mío, sabio difunto, etc.

¿Por qué escribe Torres esta obra? Me atrevo a suponer que por desengaño patriótico —hoy se diría político— ante el vivir de España por aquellos días. También hay un punto de amargura, patente en estas palabras del Prólogo de sus Visiones: «con don Francisco de Quevedo me sacó mi fantasía por esa Corte a ver los disfraces de este siglo, y juntos hemos notado la alteración de su tiempo al que hoy gozamos». Por eso necesita a Quevedo, para poner en su boca cosas ciertas de un tiempo pasado que, a la postre se ve en la obra, fue mejor que el que corría. Madrid, símbolo de España; aquel Madrid del que dijo Quevedo cuando iba camino de su Torre de Juan Abad:

«De ese famoso lugar,
que es pepitoria del mundo,
en donde, pies y cabezas,
todo está revuelto y junto.»

En 26 de setiembre de 1580 a.s.
se bautizó fran^{co}, hijo de p^o de
quevedo y de doña m^o de San
tibaza (Santibañez, enmendado)
fueron padrinos p^o de Suncia
y doña margarita de Santibañez
Los p^o Sanchel y Sebastian
min (martín) Licens. Delgado



D. FRAN.^{co} DE QUEVEDO Y VILLEGAS,

*Natural de Madrid, Caballero del habito de
Santiago: Politico profundo, Poeta docto y ameno.
Escritor festivo y consumado en la Lengua Caste-
llana. Nació en 1580; falleció en 1645.*

R. V. V. le dibuxó.

M. Brandt le grabó.



Pues por ese que fue famoso lugar, desde la posada de Torres Villarroel, éste y el sabio difunto se lanzan a las calles madrileñas, a las calles de aquel Madrid chiquito, tan lleno de vida y de vicio, que esto es lo que le importa retratar a Torres.

Sería imposible en los límites naturales de un trabajo de esta índole, citar todas y cada una de las gentes y de los gremios que en las Visiones aparecen; tampoco es ése mi propósito.

Fue la primera sorpresa de don Francisco la de dar con un «aprendiz de basurero de barbas», porque al contrario que en éste, en su siglo, «los ratos que vacaban los aprendices de barbero, tañían cuatro pasacalles en una vihuela». En cambio, ahora, este aprendiz estaba «aserrándole las cuerdas a un violín», símbolo, sin duda que Torres pone como ejemplo de influencia extranjera frente a la españolísima vihuela, simbolismo que se completa con el uso de las pelucas, que en tiempos de Quevedo, según él mismo nos dice, eran «indicios de calvo o sospechas de tiñosos»; por eso no puede por menos de unir esta nueva costumbre a que, sin duda, «ha dilatado su imperio la mentira».

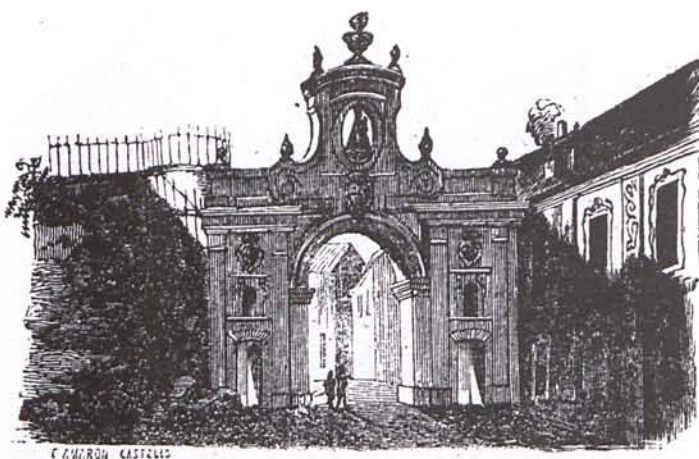
Tratándose de estos dos personajes no podían faltar en la obra los libreros; sólo me ocuparé aquí de la visita que ambos efectúan a una librería para ver libros nuevos. Al igual que hizo Cervantes con el cura y el barbero en el escrutinio de los libros de Don Quijote, Torres usa del librero y de su propia voz para hacernos ver un panorama muy distinto al cervantino, porque este dieciochesco, por sus gentes, es desolador; ahora, nos dice, «se empezó a hacer gala de lo necio» y desaparecieron los mecenas. El contraste con sus tiempos le hace admirarse a Quevedo, hasta el extremo de preguntar cómo es posible que ahora se tenga a los libros por «ladrones del tiempo, enemigos del deleite y cuñados del gusto». Y si ahora, como acaba de decir Torres, no se venden más libros que los de cocina habrá que considerar que es «infamia de la nación y aun de la naturaleza».

Pronto se explicará Quevedo ésta y otras muchas cosas al echarse en cara a Petimetros y Lindos, aquellos —le dice Torres— que «viven haciendo votos a la lujuria y promesas a la fornicación». Ante la vida toda de estos seres, que le cuenta Torres, Quevedo no puede por menos de exclamar: «Te aseguro que está más escandalosa la Corte que en el tiempo que yo (por la misericordia de Dios) la disfruté. Muchas imágenes parecidas a ésta, pero no tantas ni en tan rudo lienzo había en mi tiempo».

A Quevedo le interesan poco los corrales de comedias, los cómicos y representantes; por eso ha de ser el propio Torres quien nos muestre el panorama sobre el declinar del arte escénico, y dice amargamente: «ya no hay poetas de corona, sino legos».

El oropel de las comedias, convertido en lujosas y auténticas telas multicolores, atrae la atención de Quevedo en la Puerta del Sol: pasan gentes, coches y caballos; ahora «está la Corte más poderosa, más rica y más alegre que en mi siglo». En cambio, para Torres, esto es derroche y le contesta a Quevedo que en su tiempo «todos andabais vestidos de requiem»; remacha todavía: «con lo que en tu tiempo se vestían los príncipes no hay ahora para arropar a un cocinero». Es el Madrid que inaugura el siglo de las luces, de espaldas a los resplandores de los campos de batalla de antaño, sin saber que, al comienzo del siglo venidero, otros resplandores y otras sangres se extenderán por las tierras españolas. Pero Torres, el que predijo en uno de sus Almanaques, muchos años antes de que fuera un hecho, el comienzo de la Revolución Francesa, se limitará en esta ocasión de visiteo de los madriles a comentar irónicamente sobre los vestidos. Madrid es dieciochesco, multicolor, que





Antigua Puerta de la Vega.

contrasta con el austriaco y universal, el de las negras ropillas.

Y por si la influencia extranjera que denuncia Torres en la indumentaria puede parecer baladí, carga el arma con postas y dispara contra la degeneración de la lengua castellana. Por parte de la pregunta de Quevedo sobre si en este tiempo, al igual que en el suyo, prosigue la afición por las tertulias «en donde se ejercitaban los mozos cortesanos en la pureza de la locución, en el conocimiento del idioma, en la cultura de la gramática castellana», no; le contesta Torres, «especialmente desde el principio de este siglo, que empezaron los españoles a gastar cabelleras, pliegues y tacones, y con la elección del traje bebieron la lengua y las costumbres a los malos franceses»; y no se preocuparon, sigue Torres, de tomar nada bueno de ellos. En cuanto a la lengua, considera «que entre las verduleras, panaderas, taberneros y otros comerciantes en lo comestible, cuelan y pasan algunas voces españolas», en cambio en el resto de las gentes de la Corte, «no es metal corriente el de nuestras palabras; y se le tiene por contrabandista y defraudador al que introduce en las conversaciones o contratos al nativo idioma».

Al «comíamos, vestíamos, bailábamos y pensábamos a la francesa» de Quintana, además de las anteriores palabras se pueden agregar estas otras, también de Torres: «En Palacio y en las casas grandes, que son las que arrojan de sí la ley de los usos y novedades, sólo se escuchan y atienden las voces de los franceses e italianos; y escupen al que no entra, sale y se entromete con el Se suy votr Servituor, monsieur; Schiavo de la votra señoría; Fet le cumpliment a mada-ma, etc. Y termina con estas palabras amarguísimas: «Anda tan perdido el idioma castellano, que ni en la pluma ni en los labios se encuentra». Agrega a esto, que ha sido necesario hacer algo que no existía en tiempos de Quevedo: «recoger y acariciar al idioma» para limpiarlo de «los excrementos pegajosos de todas las lenguas extrañas», buscando las voces españolas en los textos del mismo Quevedo, de Cervantes, de Alderete, de Covarrubias, de Góngora... Y aquí se olvida Torres de la quevedesca La culta latiniparla, de la ojeriza de don Francisco hacia Góngora y su obra, y de otras cosillas; todo lo ha traído a cuento para hablarnos de la fundación de la Academia Española de la Lengua, a la que zahiere con gracia. Se extiende también en enjuiciar la labor de poetas, políticos y negociantes en cuanto al español que cada uno de ellos hablaba, mezcla de griego, francés e italiano. Y agrega irónico: «Yo creo que si vuelves a aparecerte por acá, a mí o a otro, en la distancia de veinte años, no has de hallar quien te responda si no te vales de los idiomas extranjeros», a lo que no puede por menos de contestar, sarcástico, don Francisco: «¡Raro desprecio y ridículo

lo odio a las cosas de su nación tuvieron siempre los españoles, engañados de la novedad y la ponderación de los que vienen a mondarlos de su curiosa política!».

La única nota radiante que he encontrado en las Visiones se puede decir que es la referente al fundador del Santo Monte de Piedad, el sacerdote aragonés don Francisco Piquer, quien por los días en que Torres escribe sus Visiones andaría por los cincuenta años: «presbítero de buena edad y costumbres, ya ventiscada la cabeza con algunas flores del seso, que en la poca meditación pasarían por canas; festivo de semblante, agradable de miraduras y detenido de movimientos; su hábito talar, acomodado, limpio y religioso». El padre Piquer, como agrega Torres, había fundado «sobre los cimientos pobres y débiles de un real de plata esta maravillosa fundación».

Hoy, al cruzar por la Plazuela de las Descalzas Reales —conservemos el castizo y españolísimo plazuela—, la maravillosa fundación del padre Piquer sigue en pie. Entran y salen del edificio las gentes sencillas, como todos nosotros, a depositar no un real de plata, sino la reducción del oro amonedado, eso que llamamos billetes, papelejos que ayudan a robustecer «los cimientos pobres y débiles» de sus ahorros; a veces, también, a pignorar lejos de las garras usurarias la prendezuela querida que permite salir de un mal momento, originado quién sabe en qué recoveco de nuestra sociedad, tan lejana de la que nos acaba de contar don Francisco de Quevedo.



Ilustran este artículo, tipos y escenas de «Vida del gran tacaño», y «Casa de los locos de amor», interpretados por dibujantes del pasado siglo. Edición de «Las obras de D. Francisco de Quevedo Villegas», Madrid, 1841, Imprenta de Mellado.

TECHOS Y MURALES DE MADRID

Por Mariano JUBERIAS OCHOA



San Antonio de la Florida. Frescos de Goya: Detalle, El Milagro.

ENTRE los muchos temas que desfilan por la imaginación y afloran a la punta del bolígrafo, a la hora de enfrentarse con aspectos culturales de Madrid, particularmente en los dominios del arte, surgen en tropel, títulos subyugantes. Así, por ejemplo, imagerie en Madrid, porcelana, cerámica, tapicería, orfebrería, teatro, libro, etc., nos quedamos con uno en concreto: los techos y murales de nuestra Villa, los cielos rasos de la capital y su entorno, que decoran iglesias, palacios y centros oficiales. Es un conjunto verdaderamente importante de pinturas al fresco, al óleo, al temple, en porcelana o madera.

No queremos emplear deliberadamente términos ni adjetivos de un chauvinismo hortelero del más, el mejor, el primero, el más grande, único, etc., etc., pero sí queremos dejar bien sentado que es una serie verdaderamente importante de más de ciento y pico de obras en las que han colaborado artis-

tas relevantes de tiempos pretéritos y actuales, desde el siglo XVI y aún anteriores, si tenemos en cuenta los de Casillas de Barlanga, del siglo XII o el románico de Santa Cruz de Maderuelo, conservados en el Prado.

Estos tesoros muralistas tienen una especial relevancia, en el siglo XVIII, donde se reúnen aquí, en la capital, artistas universales de primera categoría. Sánchez Cantón dice, en el prólogo al catálogo de la exposición de Antonio Rafael Mengs, celebrada en el Museo del Prado en 1929: «el 7 de junio de 1762 llegó a Madrid Juan Bautista Tiepólo. El eclecticismo artístico de Carlos III fue pródigo en frutos para la pintura española; pero, a expensas de la contrariedad que hubieron de experimentar Conrado Giaquinto, Tiepólo y Mengs al encontrarse decorando piezas contiguas en el nuevo Alcázar madrileño». Aparte de estos artistas foráneos, enriquecían la pintura mural en nuestra región, en el mis-

mo momento histórico con sus murales, con piezas de excepción, pintores españoles de la talla de un Goya o del talento reconocido de los hermanos Bayeu, Francisco y Ramón, llamado el primero, en 1763, para ayudar a Mengs, Mariano Salvador Maella, que fue nombrado simultáneamente con Goya pintor de Cámara de Carlos IV. También contribuyeron a aumentar nuestro tesoro muralista en el XVIII, los magníficos pintores madrileños González Velázquez que, a lo largo del siglo de las luces, decoran iglesias y mansiones madrileñas y también ejecutan techos para el Palacio de Oriente.

Pero nuestra tradición fresquista y muralista va trepando por la historia, sin limitarse al fecundo siglo XVIII. En la anterior centuria, sabemos que entre las misiones encomendadas por Felipe IV a Velázquez, en su segundo viaje a Italia, estaban la de adquirir obras de arte en la península hermana y contratar pintores fresquistas. La



Ermita de San Antonio de la Florida. Frescos de Goya. Detalle de la bóveda.

primera misión la cumplió con verdadero acierto y fina sensibilidad, haciendo acopio de obras de maestros italianos de resonancia universal y de pintores españoles como «El Español-let». Aparte de esta esencialísima y fecunda tarea, aparte de las maravillosas obras propias realizadas en este segundo y dilatado viaje, empleó su diligencia en la busca de pintores muralistas. Lafuente Ferrari, en su magnífico estudio sobre la pintura española en el siglo XVII en España (Tomo XII de la Historia del Arte Labor, págs., 35 a 135), titulado «El Realismo en la Pintura del siglo XVII», dice: «hay que

tener en cuenta que una de las misiones de Velázquez en su segundo viaje a Italia había sido contratar fresquistas para trabajar en la decoración del Alcázar. Las gestiones emprendidas con Agustín Metelli y Miguel Angel Colonna, fueron lentas y no se logró su venida a Madrid hasta 1658».

De las obras realizadas por estos fresquistas en el Alcázar de los Trastamaras, Austrias y Primer Borbón, no queda más que un vago recuerdo, porque perecieron en el incendio que destruyó este palacio en la Nochebuena de 1734, y en el que gran parte del tesoro

artístico español fue consumido por las llamas; pero, en cambio, su presencia en la Corte fue fecunda por su influencia en la generación de pintores madrileños de la escuela pictórica de Madrid del siglo XVII. Pintores de gran calidad con proyección museística en el mundo entero, fueron también excelentes fresquistas que dejaron su huella en la capital, cuya producción aún perdura, en parte, en bóvedas, paramentos y techos de iglesias y palacios. Entre estos fresquistas encontramos figuras tan destacadas como Claudio Coello, Francisco Ricci, Juan Carreño de Miranda y otros ilustres artistas.

Si del siglo XVII ascendemos al XVIII, vemos que aparte de los brillantes muralistas de El Escorial, había también importantes fresquistas españoles. En una brillantísima conferencia de José del Corral, dictada en el ciclo sobre Madrid en el siglo XVIII, divulga una actividad ignorada de Felipe de Castro, que ya conocíamos como escultor: la de escritor de arte, con «Una guía inédita del Madrid del XVIII», que es un magnífico inventario de los tesoros artísticos guardados en los templos del Madrid de la época. En ella Felipe Castro anota el conocimiento y reseña de centenares de cuadros y tallas de nuestros templos que adjetiva, rara vez enjuicia y en pocas polemiza. Al hacer la relación de las obras artísticas guardadas en la iglesia convento de las Descalzas Reales, se apasiona rebatiendo la creencia de que la pintura al temple había sido introducida en España por los fresquistas italianos que habían venido a decorar El Escorial, empleando las siguientes palabras: «En la Iglesia el Altar Mayor y Colaterales: assi Escultura, como pintura y Arquitectura: son demano del famoso Gaspar Becerra: el que haviendo venido de Roma, con grandes créditos de Pintor y Escultor, imitaron y siguieron su camino los mejores Escultores y Pintores de España: como lo dice Pacheco. Lib, 2, Cap, 9 fol. 242. Y no sólo enseñó a pintar al olio, cómo se ve en esta Yglesia; pero al fresco, que era en lo que más se había exercitado en Roma (como se lee en el Vasari) mucho antes que Pierino Tibaldi, viniese a pintar al Escorial: como se mira en el Real Palacio del Pardo; la cuadra de una de las torres, en donde se ve la Fábula de Medusa pintada a buen fresco; lo que hace sea falso cuanto dice el Conde Carlos Malvacia en su Historia de la Felsina Pitrica, que quiere, como el otro Tibaldi (o Peregrini, que es como se conoce en España), haya sido el primero que enseñó

a los españoles a pintar al fresco, cuya falsedad manifiestan sus obras primitivas de Ntro. Becerra, y de los otros españoles que no quisieron deberle esta gracia a Bolonia; sino a sus elevados talentos; después de haber estudiado en la capital de estas Artes, Roma».

Cita un poco larga, pero ampliamente esclarecedora de la introducción de la pintura al Fresco en España. En efecto, el buen Felipe de Castro tenía razón sobrada, porque, según Augusto L. Mayer, Felipe II encarga en 1562 las pinturas del techo del Palacio de El Pardo, que aún perduran, con historias de la vida de Perseo y también frescos para el antiguo Alcázar. En esa misma fecha de 1562 se fija el emplazamiento que había de tener el Monasterio, lo que supone que aún estaba muy lejos su decoración.

Gaspar Becerra había nacido en Baeza en 1520. En la estupenda biografía de Miguel Angel compuesta por Giovanni Papini, aparece, con elogio la obra de Becerra girando en torno al inmenso escultor florentino. Al escultor, pintor y arquitecto español, dedica Papini un capítulo de su obra, en la que aparece la anécdota hasta entonces inédita de que en 1559 se publica en Roma «L'Anatomia del corpo umano» del médico español Giovanni Valverde, que iba acompañada de muchos grabados en cobre, dibujados, precisamente, por Gaspar Becerra. En esta misma biografía de Miguel Angel, dedica Giovanni Papini un capítulo entero



Palacio Real. Antecámara de Gasparini. Apo-teosis de Hércules, por R. Mengs. Detalle: Venus, Cupido y las Tres Gracias.

a otro español: Alonso de Berruguete, el paisano de Jorge Manrique, el más alto escultor del renacimiento español y precursor del barroquismo exasperado.

Todas estas noticias corroboran la tradición fresquista de nuestra Villa, desarrollada, sin solución de continuidad, desde el año de 1562, en que estaba Madrid estrenando su capitalidad.

A modo de ensayo o avanzadilla de un estudio más completo y detallado de la riqueza atesorada en nuestra capital y provincia a lo largo de 417 años, que es toda una tradición y buena tradición, damos a continuación un resumen de murales, bóvedas y techos, y obras al fresco que jalonan y enjorran la provincia y capital de España.

SIGLO XVI

GASPAR BECERRA (1520-1570)

«Historia de Teseo», techo del palacio del Pardo, Madrid.

«Techos del Alcázar» (destruidos).

Trabajos en las Descalzas Reales.

PELEGRINO PELLEGRINI, «El Tibaldi» (1527-1596)

«La presentación en el templo», Claustro Bajo, Escorial.

«Los desposorios de la Virgen», ídem, ídem.



Salón del Trono del Palacio Real de Madrid. «Grandeza de la Monarquía española», por G. Tiepolo.



Palacio Real. Salón de Columnas: «El Nacimiento del Sol. Triunfo de Baco» (C. Giaquinto).

NICOLO GONELLE

«Techo de grutescos al fresco» en la Sacristía de El Escorial.

FRANCISCO DE URBINO

«Bóveda al fresco» de la Celda prioral baja de El Escorial.

MIGUEL DE BARROSO (1538-1590)

«Frescos en el claustro principal bajo» de El Escorial.

LUIS CARVAJAL (1534-1607)

«Frescos del Claustro Principal», Monasterio de El Escorial.

SIGLO XVII

JUAN CARREÑO DE MIRANDA (1614-1685)

«San Antonio en la Gloria», San Antonio de los Alemanes, Madrid.

FRANCISCO RICI (1608-1685)

«Cúpula de San Antonio de los Alemanes», San Antonio de los Alemanes, Madrid.

CARREÑO Y RICI

«Coronación de María», Bóveda de la capilla del Milagro de las Descalzas Reales, de Madrid.

CLAUDIO COELLO (1642-1693)

«Techo de la Casa Panadería de Madrid», con la colaboración de Donoso.

ANTONIO PALOMINO (1655-1726)

«Cúpulas, pechinas y paramentos de la capilla del Ayuntamiento de Madrid». «Salón de sesiones del Ayuntamiento de Madrid».

«Paramentos de la escalera principal», ídem.

«Aparición del Señor a la Magdalena», ídem.

«Bóveda y paramentos de la Biblioteca». Obra maestra de Tibaldi en El Escorial.

LUCA CAMBIASO, «EL LUQUETO» (1527-1585)

«La coronación de la Virgen», El Escorial.

«La Gloria», bóveda del Coro, ídem.

«La Anunciación», ídem.

ROMULO CINCINATO (1542-1606)

«San Lorenzo presenta al Prefecto de Roma una multitud de pobres», Coro, Escorial.

NICOLO GRANELLO
LAZZARO TABARONE
FABRIZIO CASTELLO Y
ORAZIO CAMBIASO; HIJO
DE LUCA

«La batalla de la Higuera». Todo un paramento de la Sala de las Batallas (55 x 7 m.), de El Escorial. «La Batalla de San Quintín», dos frescos de la misma sala.



Palacio Real. Saleta de Gasparini. «Apoteosis de Trajano». Detalle, por R. Mengs.

LUCAS JORDAN, LUCA GIORDAMO (1636-1705)

«La orden del Toisón de Oro y Trabajos de Hércules», techo del Casón, Madrid.

«La Anunciación a María», techo de las Descalzas Reales, Madrid.

«Vida de San Antonio y Reyes Santos», San Antonio de los Alemanes, Madrid.

«La Gloria», bóveda de la escalera principal de El Escorial.

«Asalto a San Quintín», ídem, ídem.

«Derrota del ejército francés y prisión del Condestable Montmorency», en El Escorial.

«Disposiciones del sitio de San Quintín», ídem, ídem.

«Los soldados presentan al duque de Saboya las banderas tomadas», ídem.

«El Misterio de la Encarnación», bóveda de la capilla del Relicario, ídem.

«Triunfo de la Iglesia Militante», El Escorial.

«Episodios de la Historia de David», antecoro de El Escorial.

«Juicio y flagelación de San Jerónimo», bóveda y pechinas, ídem.

«La Resurrección de los muertos», bóveda de la nave central, ídem.

VICENTE CARDUCHO (1576-1638)

«Heroínas del Antiguo Testamento», Palacio de El Pardo, Madrid.

EUGENIO CAXES (1577-1634)

«El Casto José», Palacio Real de El Pardo, Madrid.

SIGLO XVIII

JUAN BAUTISTA TIEPOLO (1696-1770) E HIJOS

«La gloria de España», Salón del Trono, Palacio Real, Madrid.

«Apoteosis de la Monarquía española», antecámara cuarto del Rey, ídem., Madrid.

«Triunfo de Eneas», Salón de Guardias, Palacio Real, Madrid.

«La conquista del bellocino de oro», Palacio Real, Madrid.

CORRADO GIAQUINTO (1703-1765)

«El Apóstol Santiago en la batalla de Clavijo», capilla del Palacio Real de Madrid.

«La Encarnación de la Virgen», cúpula de la Capilla del Palacio Real de Madrid.

«Alegoría de la Religión», tribuna del Coro de la Capilla del Palacio Real de Madrid.

«Triunfo de la Religión y de la Iglesia», bóveda de la escalera principal, Palacio Real de Madrid.

«Triunfo de España sobre el poder Sarraceno», Salón de Guardias, Palacio Real, Madrid.

«Hércules arrancando las Columnas», ídem., ídem., Madrid.

«Nacimiento del Sol», bóveda del Salón de Guardias, ídem., ídem., Madrid.

ANTONIO GONZALEZ VELAZQUEZ (1723-1793)

«El triunfo de la Monarquía en las cuatro partes del Mundo», Palacio Real, Madrid.

«Colón ante los Reyes Católicos», Comedor de gala, Palacio Real, Madrid.

«Apolo y Minerva premiando el talento», Saleta Reina Cristina, ídem.

«Pasajes de la vida de San Agustín», Encarnación, Madrid.

«Frescos», Iglesia de Santa Isabel, Madrid.

«Cúpula y Pechinas», Iglesia Pontificia de San Miguel, Madrid.

«Bóveda», de las Descalzas Reales, Madrid.

«Bóveda y Pechinas», de la Iglesia de Santa Bárbara, Madrid.

ANTONIO RAFAEL MENGES
(1728-1779)

«La apoteosis de Hércules», Saleta de Gasparini, Palacio Real, Madrid.

«La Aurora», Comedor de gala, Palacio Real, Madrid.

«La apoteosis de Trajano», Antecámara de Gasparini, Palacio Real, Madrid.

FRANCISCO BAYEU SUBIAS
(1734-1795)

«La rendición de Granada», Comedor de gala, Palacio Real, Madrid.

«La caída de los gigantes», Comedor diario, Palacio Real, Madrid.

«La Providencia presidiendo las virtudes y facultades del hombre», Palacio Real, Madrid.

«Hércules en el Olimpo», Salón de Espejos, Palacio Real, Madrid.

«Apolo protegiendo las Artes», Biblioteca, Palacio Real, Madrid.

«Las Ordenes de la Monarquía española», Dormitorio del Príncipe de Asturias, Palacio Real, Madrid.

«San Agustín ante la aparición de Jesús crucificado y la Virgen», M.º Encarnación, Madrid.

«Institución de la Orden de Carlos III», Casita del Príncipe, Palacio de El Pardo, Madrid.

«La majestad de la monarquía», Salón de Embajadores, Palacio de El Pardo, Madrid.

«Techo», del Oratorio del Palacio de El Pardo, Madrid.

«La Gloria del Cordero», bóveda del Palacio de Aranjuez.



Palacio Real. Salón del Trono. Detalle del techo por G. Tiepolo. (El poder y la grandeza de la Monarquía española.)

«Techo», de la Casita del Labrador, Aranjuez.

MARIANO SALVADOR MAELLA
(1739-1819)

«Hércules entre el Vicio y la Virtud», Salón de armas, Palacio Real, Madrid.

«El Tiempo descubriendo la Verdad», Antecámara de la Reina María Cristina, Palacio Real, Madrid.

«Apoteosis de Trajano», Comedor de los Príncipes de Asturias, ídem.

«Triunfo de la Virtud», Antigua Biblioteca, Palacio Real, Madrid.

«La Gloria», ídem., ídem., Madrid.

«La Historia y el Tiempo», ídem., ídem., Madrid.

«España acompañada de las cuatro partes del Mundo», Salón de Baile, Casa del Labrador, Aranjuez.

«La Agricultura y los cuatro elementos», Salón de billar, ídem., ídem.

«Las cuatro estaciones», Salón de la Reina María Luisa, ídem., ídem.

«La Justicia, La Abundancia, la Paz y las Bellas Artes», antecámara, Palacio de El Pardo, Madrid.

«Palas abatiendo los vicios», segunda antecámara, Palacio de El Pardo, Madrid.

«Protección de la Monarquía española de las Bellas Artes», Casita del Príncipe de El Pardo, Madrid.

«España coronada por la Paz», ídem., ídem.

«La Fe», Oratorio del Monasterio de El Escorial.

«Rapto de Ganimides», Sala de retratos de la Casita del Príncipe, El Escorial.

RAMON BAYEU (1746-1793)

«Apolo remunerando las Bellas Artes», Palacio de El Pardo, Madrid.

LUIS GONZALEZ VELAZQUEZ
(1715-1764)

«La Benignidad acompañando a las cuatro virtudes cardinales», Palacio Real, Madrid.

«Cúpula», de San Marcos, Madrid.

ZACARIAS GONZALEZ VELAZQUEZ, HIJO DE ANTONIO
(1763-1834)

«Frescos de la galería de estatuas de la Casa del Labrador», Aranjuez.

«Pinturas del dormitorio de la Reina», Palacio de Aranjuez.

«Sala quinta del Palacio de El Pardo», Madrid.

JACOBO AMICONI (1662-1752)

«Techo», del Salón de baile del Palacio de Aranjuez.



VICENTE GOMEZ (-1792)

«Sala de la Torre», techo de grutescos y composiciones, en óvalos, tarjetones, etc., El Escorial.

«Esparta protegiendo las Artes», grutescos, estilo pompeyano, Casita del Príncipe de El Escorial, Madrid.

«Techo estilo pompeyano», Saleta de sedas valencianas, Casita del Príncipe de El Pardo, Madrid.

«Techo de estilo pompeyano», gabinete de Fábulas, ídem, ídem.

«Neptuno en su carro y grutescos», Casita de abajo, El Escorial.

«Saloncito privado y anterretrete», ídem., ídem.

«Techo del pasillo del comedor», ídem., ídem.

MANUEL PEREZ (1753-1805)

«Techo de la sala azul o del Barquillero», Casita del Príncipe, El Escorial.

«Techo del gabinete de la Reina», ídem., ídem.

«Sala cuarta de Durero», Casita del Príncipe, El Escorial.

LUIS JAPPELLI

«Techo de la sala de Jappelli», Casita del Príncipe, El Escorial.

«Techo de la Casa del Labrador», de Aranjuez.

ROBERTO MICHEL (1720-1786)

«Techo de chinerías, de la sala de Gasparini», del Palacio Real, Madrid.

La relación no es completa, no puede serlo en el breve diseño de un artículo. Para completar este estudio previo, se necesitaría una más amplia investigación, en el que incluir breves biografías de los artistas, bibliografía, documentación, costes, fechas de realización y demás datos complementarios; pero creemos que la impresión de grandeza y riqueza que posee nuestra capital y su provincia en este aspecto de pintura mural, queda reflejada, particularmente la producción de los siglos XVI, XVII y XVIII.

No se detiene este impulso creativo en el siglo XIX, en los que encontramos techos magníficos, firmados por personalidades destacadas en pintura del momento. Sólo en la Iglesia de San Francisco el Grande, aparecen bóvedas pintadas por Casto Plasencia, Martínez Cubells, Jover, Domínguez, Menéndez Pidal, Forment, Muños Degrain, Moreno Carbonero, Carlos Luis Rivera, Contreras, Garnelo, etc. Los palacios reales de Madrid y su provincia, siguen enriqueciendo sus techos decorándolos con pinturas firmadas por Vicente López, Juan Rivera, Juan Gálvez.

Pinturas murales al óleo y al fresco, conservadas en Madrid de esta época, adquieren resonancia universal, bajo el genio del «poderoso visionario», de don Francisco de Goya Lucientes que, finalizando el siglo XVIII, deja en la cúpula, pechinas, intradoses, lunetos y paramentos de San Antonio de la Florida, la audacia ilimitada de sus hallazgos técnicos, acompañados de su creadora e inagotable fantasía. Cuando la capacidad admirativa hacia las obras goyescas nos parecía agotada, aún nos sorprende, con una realización sobrehumana en las paredes de la Quinta del Sordo, último mensaje del genio de Fuendetodos lanzado al mundo de las orillas del Manzanares.

Aquí terminamos este reportaje de los techos de Madrid, ensayo incompleto, índice para un trabajo más analítico y completo.

LA DEHESA DE LA VILLA Y LOS ESTUDIOS DE GENÉTICA DEL PROF. ZULUETA

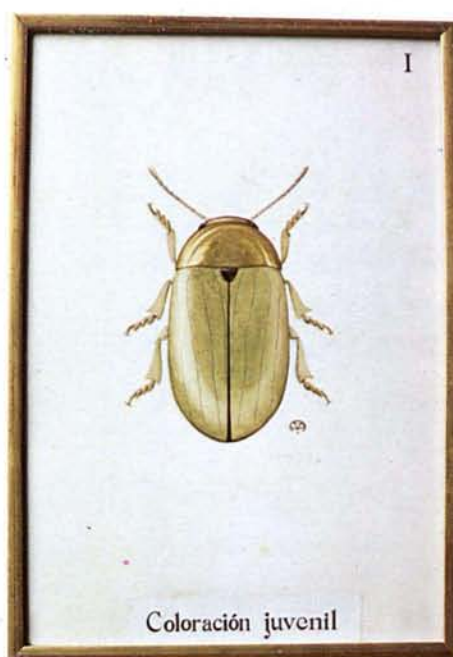
Por «PLINIO»

«**P**LINIO» exhuma recuerdos de su niñez. Son de los años 20. Los primeros recuerdos tienen como escenario la casa de la Calle Claudio Coello, donde vivió y murió Guillermo Fernández Shaw. Antonio de Zulueta —don Antonio— es primo de Guillermo. ¡Tan distintos! ¡Y tan parecidos! Dos caballeros. Sólo que uno escribe zarzuelas y el otro... Del otro es difícil explicar lo que hace: es naturalista, biólogo, genético... Por aquellas fechas anda enredado en traducir directamente «El origen de las Especies», de Darwin; y lo logra con tal rigor científico que en la edición, quizás última, de E.D.A.F., se dice que se ha tenido en cuenta «en especial» aquella traducción.

Si don Antonio viviese —nació en Barcelona en 1885 y murió en Madrid el 31 de enero de 1971— seguiría celebrando con íntimo gozo estas reediciones de aquella obra capital, con cuyo conocimiento de primera mano, seguido de fecundas experiencias, inició en nuestro país los estudios de genética. Porque Zulueta fue —y esto es importantísimo— el introductor en España de tal Ciencia.

Podrían ser las tres, las tres y media, las cuatro de la tarde, o más, de cualquier día asfixiante del Madrid veraniego de entonces.





El piso del naturalista era el último de la casa a la izquierda, debajo de las tejas y sin ascensor. No había entonces Ley de arrendamientos, y poco tiempo después le « echaron » — como se decía entonces — del piso y tuvo que refugiarse en Chamberí, donde nació el hermano más pequeño de « Plinio ».

La llegada de aquel « héroe » de la Ciencia al piso de Claudio Coello era impresionante. Por todo equipo el traje más viejo de que disponía, con zapatos de calle negros de última vida, suelta la corbata, el sombrero — de Zapater — en la nuca, y las gafas de miope en la mano, mientras las limpiaba de sudor, con el mismo pañuelo que se pasaba después por el cogote, para caer rendido y desmadejado en la mecedora de látigos del comedor donde Concha le atendía.

Poco a poco, de la mochila que don Antonio llevaba siempre al campo, y que compró en Alemania siendo estudiante, iban saliendo la servilleta de la merienda,



PHYTODECTA
VARIABILIS. — En esta página y en la siguiente, los diez tipos, pintados a la acuarela por Serapio Martínez, bajo la dirección del eminente naturalista, prof. Zulueta.



los papeles en que ésta había sido amorosamente envuelta por la mañana, porque aquel hombre superculturado jamás tiró un solo papel al suelo, ni aun en el campo, y por fin, aparecían los «tesoros» que «Plinio» y sus hermanos ya nacidos contemplaban ávidamente. La parte más llamativa de tales «tesoros» eran unas ramitas tiernas de fuerte olor rústico, sin hojas perceptibles, de un color entre verde y gris, que en aquella casa eran muy familiares: eran retama, simplemente retama de la Dehesa de la Villa. Todo lo más de la Casa de Campo o de Montarco.

¿Y el resto?

El resto del «tesoro» era encantador. Don Antonio lo manejaba con cariño evangélico. Eran unos insectitos, unos pequeños coleópteros, parecidos a las mariquitas, con las que todos hemos jugado de niños; pero que tenían la particularidad de que eran de distintos colores. Había hasta cuatro variedades distintas: con raya negra o sin ella; amarillos, rojos peculiarmente y algunos negros. Los jóvenes, según el naturalista, eran siempre verdes, y los niños llegamos a distinguir entre ellos las hembras de los machos. El impenitente paseante de la Dehesa de la Villa los había cogido en las retamas, tan abundantes en la finca, las cuales eran el alimento exclusivo de aquellas pequeñas maravillas del Creador, que familiarmente llamábamos goniocetenas, y que científicamente se conocen con el nombre de *Phytodecta variabilis*.

Y aquí se pregunta «Plinio»:

—¿Cabe algo más madrileño que todo esto?

—Un barcelonés que a los catorce o quince años con otros muchachos en la Ciudad Condal en 1889 la Institució Catalana d'Historia Natural, hoy plena de vida a los ochenta años de su fundación, que se instala en Madrid, en el madrileñísimo barrio de Salamanca, en la misma casa en que después viviría su primo, el autor de «Doña Francisquita»; que aquí en Madrid escribe la mejor y más perdurable traduc-

ción de Darwin; y que, cuando se propone emprender importantísimos trabajos experimentales de Biología, elige como material adecuado la casticísima *Phytodecta variabilis* de la Dehesa de la Villa, bien de propios del Ayuntamiento de Madrid.

Don Antonio es el vecino que mejor conoce todas las retamas del término municipal y de sus aledaños. Unas veces buscando insectitos para repoblar los «stocks» de que necesita disponer, otras para procurarse un tipo poco frecuente, y, en muchas ocasiones, en días tórridos del verano, para procurarles su alimento exclusivo, porque, tratada la Ciencia miserable y cicateramente, en muchas ocasiones no tuvo ni mozo de laboratorio a quien encargar tan sencillos menesteres.

Era muy penosa la llegada de don Antonio a la casa de la calle de Claudio Coello en estos días de verano; pero se reponía enseguida. Cambiado de ropa de arriba a abajo, con una camisa blanca impecable, muchas veces sin aguardar a otro día trasladaba sus «tesoros» al Laboratorio. Y aquí «Plinio» escribe «Laboratorio» con mayúscula y ruega que se respete tal grafía para denotar su veneración y respeto por el lugar donde, si «toda incomodidad tuvo su asiento», también fue donde durante miles de horas se albergaron las inquietudes, los desvelos y las sorprendentes intuiciones del naturalista.

Al referirse a tal local —si es que local puede llamarse— vuelve a apelar «Plinio» al madrileñismo de este modestísimo trabajo, cediendo la descripción al Profesor don Fernando Galán, discípulo y colaborador predilecto del Maestro, hoy Catedrático de Biología de la Universidad de Salamanca.

Galán trabajó muchos años en aquel Laboratorio, y lo describe así en un brillante ensayo, próximo a ser editado, sobre «El Profesor Antonio de Zulueta».

(continúa en la pág. 79)

EL CREADOR DE LA ESCUELA MUNICIPAL DE CERAMICA

Por Federico Carlos SAINZ DE ROBLES

EN la noche del domingo 9 de marzo de 1930 falleció en Madrid don Francisco Alcántara Jurado, nacido —1858— en la villa cordobesa de Pedro Abad. Estudió el Bachillerato en Córdoba. Y habiéndose trasladado a la capital de España se licenció en Derecho y en Filosofía y Letras por la Universidad Central, ampliando sus estudios con el peritaje agronómico en la Escuela de Ingenieros Agrónomos establecida en un muy bello paraje de La Moncloa, no muy lejos de la famosa residencia —casi idílica— de la duquesa Cayetana de Alba, musa y muy requebrada amiga de don Paco Goya, tanto con los pinceles como con el más apasionado verbo del genial artista.

Pero apenas terminó Francisco Alcántara sus estudios universitarios —acaso seguidos por sumisión a los deseos de sus padres— los abandonó, casi gozosamente, para dedicarse a lo que era su auténtica e irresistible y seductora vocación: el dibujo y la pintura, iniciándose por entonces en otra afición en la que llegaría a ser maestro insuperable: la crítica de arte, base magistral de la inmediata magistratura de la historia de la misma disciplina. Pronto adquirió justa fama con sus juicios —en materias artísticas— publicados en la prensa de Madrid, hasta el punto de que cuando en 1901 empezaron a organizarse las Escuelas Nacionales de Artes y Oficios Artísticos, a Francisco Alcántara le cupo el honor de ser uno de los Profesores más distinguidos. Y en 1911, siendo ministro de Instrucción Pública su gran amigo —también periodista ilustre— don Julio Burell, creó Alcántara la que había de ser su obra más admirable y ejemplar: la Escuela de Cerámica de Madrid, con la ambiciosa idea de que esta Escuela continuara la tradición matricense de la establecida en Madrid, por el ilustrado monarca don Carlos III, en la admirable Fábrica de Porcelana del Buen Retiro, heredera de la universal de Capi di Monte llegada de Nápoles con aquel monarca (que lo fue del Reino de las Dos Sicilias, y Fábrica demolida brutalmente por franceses e ingleses durante la guerra de la Independencia de 1808-1814).



Monumento a don Francisco Alcántara Jurado.

La Escuela de Cerámica de Madrid tuvo su primer modesto domicilio en un local cedido por el Ayuntamiento en la calle de Fernando el Católico, 12, y que perteneció al Asilo de San Bernardino, y expansionándose poco a poco hasta ocupar cuadras y cocheras aledañas. Pero si los locales eran modestos, los entusiasmos del fundador, don Francisco Alcántara y de sus primeros discípulos (su hijo don Jacinto, el gran ceramista cordobés don Enrique Guijo y el maestro de alfarería y hornos F. Franco, procedente de los talleres de Talavera de la Reina) y hasta por el entonces ya maestro ceramista segoviano don Daniel Zuloaga, se bastaron para dar vida a la gloriosa fundación de una de las más bellas y ricas manifestaciones artísticas. Y enseguida se sumó a este grupo otro artista insigne: don Carlos Moreno Graciani, que había de ser el tercer director de la Escuela, correspondiendo la segunda dirección a don Jacinto Alcántara.

Y el actual director de dicha Escuela, don Alfonso Maza Marín, nos da noticias que me parecen inmejorables, y por ello me permito recogerlas a continuación: que en esta Escuela se trabajó con entusiasmo inigualable desde 1914, iniciándose en esta fecha unos intensos cursos de verano no interrumpidos hasta hoy —con la excepción de los años de la guerra civil— y que consisten en poner a los alumnos frente al natural y enseñarles a conocer y amar a España, de la forma más real y práctica, que es el hacerles convivir durante un mes, aproximadamente, con los habitantes de los lugares escogidos, reflejando en el papel, lienzo o barro las costumbres y todo lo interesante de las diversas regiones. Esta formación humana y artística es la que contribuye en mayor medida a dar carácter propio y nacional a las piezas de cerámica que se realizaron tomando como base los estudios efectuados en dichos cursos. A los pocos años de funcionar el centro en los locales citados, y aprovechando la



Alcántara Jurado inaugura una exposición. La acompañan algunos de sus alumnos y miembros del Círculo de Bellas Artes.

circunstancia de que a finales de 1914 habían sido cedidos por el Estado al Ayuntamiento los terrenos llamados de «La Tinaja», próximos a la ermita de San Antonio de «La Florida», de tradición cerámica bien conocida, don Francisco Alcántara inicia gestiones para que el Municipio madrileño colabore en la tarea de resurgimiento del arte cerámico, logrando crear en 1920 la Escuela Municipal de Artes Industriales, cuyo nombre indica claramente el deseo de agrupar en ella distintas actividades artísticas y artesanas, y que el Ayuntamiento y el Ministerio de Instrucción Pública compartieran la responsabilidad y el mecenazgo de enseñanza de la cerámica en la capital. Su ilusión era que se reconstruyeran los antiguos caserones edificados en los terrenos mencionados y que se instalaran allí las dos Escuelas, delimitando el marco de su actuación en dos grados o niveles, quedando a cargo de la Escuela Municipal el primero, de enseñanzas básicas y conocimientos previos de grado elemental y medio, con algunas disciplinas de artes complemen-



Interior de la Escuela Municipal de Cerámica.

tarias, y de la Escuela Oficial el segundo, con enseñanzas de carácter superior en sus especialidades técnicas y artísticas».

Aclarando lo dicho magistralmente por don Alfonso Maza, recordaré, y también lo recuerda él, que la tradición ceramista de «La Moncloa» se debe a que en sus tierras, desde julio de 1877, se levantaron los talleres magistrales de tres magistrales ceramistas: Guillermo, Daniel y Germán Zuloaga, fundadores, en dicho lugar, de una Escuela de Artes Cerámicas y Fábrica de Lozas Finas, prosiguiendo así los deseos del rey don Fernando VII, a quien pareció afectarle mucho la destrucción brutal por las tropas francesas e inglesas, entre los años 1808 y 1812, de la soberbia Fábrica de Porcelanas del Buen Retiro y para continuar esta tradición cerámica creó la Real Fábrica de Loza y Porcelana de La Moncloa en terrenos próximos. Por este motivo, los terrenos de «La Moncloa» recobraron su crédito, pues que se recuerda que en dicho lugar hermosísimo de Madrid tuvo su palacete, emporio de porcelanas y pinturas admirables, la duquesa Cayetana de Alba, quien para cuanto se tratara de exquisiteces ar-

tísticas, sólo atendía los consejos inapelables de don Paco Goya. Fundada, como queda dicho, en 1920 la Escuela Municipal de Cerámica con auténtica autonomía, se le construyó el edificio, para entonces excelente, que precisaba, casi ladero a la grandiosa «Tinaja», y obra del gran arquitecto municipal don Luis Bellido, entre cuyas muchas obras cuenta la exquisita restauración de la llamada «Casa de Cisneros» (no del cardenal, sino de uno de sus sobrinos) en la Plaza de la Villa. No obstante, el mencionado inmueble, en sus primeros años de existencia, careció de la totalidad de su maquinaria, molinos, prensas, tornos, nuevos y mayores hornos y muflas. Y para subsanar tal carencia, don Francisco Alcántara, sin el menor desánimo, con un tesón siempre tenso y creciente, hubo de alternar la enseñanza de un arte en el que era él maestro insuperable con los trabajos puramente oficinescos.

«Mientras tanto, las Escuelas coordinadas del Estado y del Ayuntamiento adquirirían, de año en año, mayores prestigios, bien por sus enseñanzas, de nueva orientación que en aquella época podía considerarse como revolucionaria-coeducación,

estudio directo del natural, libre creación de su obra por el alumno, cursos de verano, etc., con las que estaban identificados los maestros Joaquín Sorolla, Ignacio Zuloaga, Muñoz Degraín, Menéndez Pidal, Ortega y Gasset, etc., o bien por las exhibiciones de la obra realizada en la Escuela o en los cursos de verano, que se exponía casi todos los años en locales espléndidos, como los del Círculo de Bellas Artes, en el patio de cristales del Municipio, en las Escuelas Aguirre, en los salones del Ministerio de Estado (hoy de Asuntos Exteriores)».

(A. Maza).

Entre los años 1920 y 1930 la fama artística de don Francisco Alcántara fue grande —dentro y fuera de España— y hasta popularísima en Madrid. Fama a la que habían contribuido su consagrada (nemine discrepante) personalidad artística y su admirada personalidad humana. Yo hablé —yo, aprendiz de escritor y más aprendiz de crítico de arte— con don Francisco Alcántara tres veces. La primera en el estudio de mi muy querido amigo Vázquez Díaz (situado en la calle de María de Molina, próximo a su desembocadura en el paseo de Francisco Silvela), una tarde del mes de

junio, creo que el año 1922, mientras don Francisco posaba para el soberbio retrato que le estaba haciendo el genial don Daniel; retrato que se conserva —creo— en la Escuela de Cerámica, presidiendo la escalera principal, antes de que ésta se parta en dos vertientes. Don Daniel y don Francisco eran leales sinceros amigos, admirábanse entre sí, y sus diálogos versaban siempre sobre sus respectivas dedicaciones artísticas. Yo, aquella tarde, de mudo testigo, aprendí muy curiosos entresijos de las artísticas actuaciones de muchos y excelentes representantes, aún vivos, de las muy variadas escuelas y tendencias tanto españolas como extranjeras.

La segunda vez que saludé a don Francisco Alcántara fue en la celeberrima Resi-

dencia de Estudiantes, en los altos del entonces Hipódromo de la Castellana y hoy Instituto «Ramiro de Maeztu». Residencia en la que se hospedaban cuantas celebridades extranjeras llegaban a Madrid (filósofos, poetas, novelistas, ensayistas, etc.) para explicar cursillos (siempre de concurrencia nutridísima y muy selecta), y también, por temporadas los más importantes literatos españoles de entonces: Unamuno, Juan Ramón Jiménez, Antonio y Manuel Machado, Pedro Salinas, Valle-Inclán, Federico de Onís, Ramón Menéndez Pidal, Sánchez Albornoz, Américo Castro, Bartolomé Cossío... De este último parecía ser amigo dilecto don Francisco Alcántara, y los dos, a mi juicio, con Azcárate y Giner, representaban plenipotenciariamente el se-

ñorio en el atuendo, en el cuidado de sus barbas patriarcales y en la alteza y alta graduación de sus pensamientos.

La tercera y última vez que coincidí con don Francisco Alcántara fue durante una conferencia que leyó —con el tema de bibliografía medieval— el secretario, o bibliotecario, del centro de Estudios Históricos (Almagro, 26), señor Sánchez Alonso.

Cierto que visité varias veces la Escuela Municipal de Cerámica, por irresistible curiosidad, aprovechando cada día 3 de mayo, cuando se celebraba en el inmediato Cementerio de los paisanos héroes del Dos de Mayo, asesinados por los franceses de Murat en aquel mismo montículo donde aún se levanta el monumento recordatorio de la hermosa efemérides. Y cierto que visité cuantas Exposiciones de Porcelanas se programaron en el Patio de Cristales del Ayuntamiento o en el Palacio de Cristal del Retiro. Pero en ninguna de aquellas ocasiones logré saludar al insigne maestro.

Un excelente crítico de su época, Ballesteros de Martos, se refirió a don Francisco Alcántara, en el diario madrileño *El Sol* (11 de marzo de 1930) en los siguientes términos: «Fue un excelente crítico de arte, que supo entender y comentar todos los estilos y todas las tendencias con sereno rigor y sereno criterio. Hombre dinámico, no podía quedar encerrada su actividad en la crítica. Se extendió también al profesorado, y en este campo dio asimismo constantes pruebas de su extraordinaria valía y de las meritisimas dotes que le adornaban. Como profesor de Historia del Arte, en la Escuela de Artes y Oficios de Madrid, supo ganarse la veneración de sus alumnos y la sincera estimación de sus compañeros... No se limitó el gran crítico y excelente profesor a la enseñanza menestral de la alfarería. A él lo que le importaba principalmente era la formación de los artistas. Viajes, conferencias, prácticas, ejemplos visuales, constante adoctrinamiento. Por eso no ha podido sorprender el rápido esplendor adquirido por la Escuela de Cerámica... Don Francisco Alcántara dio prestigio a la alta crítica de arte, enalteció el profesorado y fue feliz propulsor de un Centro de formación artística. Tiene ya bien ganado no sólo el respeto y el cariño de todos los españoles, y también la admiración y gratitud de todos los hombres de cultura».

En marzo de 1980 se cumple el cincuentenario de la muerte de don Francisco Alcántara. Y yo, uno de sus admiradores incondicionales, tengo por mucho honor recordar la fecha en esta magnífica revista *VILLA DE MADRID*, porque esta Villa tiene la honrosa obligación de estar agradecida gozosamente a la insuperable obra que don Francisco dejó fundada en la capital de España.



La Escuela Municipal de Cerámica de Madrid. Al fondo, «La Tinaja».



LOS MONASTERIOS DE LAS DESCALZAS REALES Y DE LA ENCARNACION EN EL AÑO 1626

Por José SIMON DIAZ

***E**S posible que a lo largo de los últimos cuatro siglos no haya habido en Madrid otros edificios más misteriosos e inaccesibles para los historiadores que los monasterios de las Descalzas Reales y de la Encarnación, hasta el punto de que la aparición en 1917 del libro de don Elías Tormo en que daba cuenta de su visita al primero de ellos con Orueta y Moreno Villa, más parecía el relato de la expedición a un país remoto que de la entrada en un recinto situado en el centro de la capital. Salvo para las personas*

reales que a veces se retiraban a sus aposentos con algunos criados, los mismos obstáculos existían para naturales y forasteros, por lo que son muy escasas las descripciones y noticias de ambos cenobios y ello presta singular interés a los apuntes de un seglar de grandes conocimientos, especialmente en materias artísticas, que pudo recorrerlos no una, sino varias veces, durante la primavera y el verano del año 1626.

Con el propósito de hallar una solución definitiva al pro-



Descalzas Reales, capilla de las Reliquias.

blema de la posesión de la Valtelina, que venía originando continuas guerras entre los ejércitos de Francia y de España en suelo italiano, el Papa Urbano VIII decidió enviar un legado a los monarcas de ambos reinos y logró que en un consistorio se encomendase tal misión a su sobrino y favorito el cardenal Francesco Barberini, de veintiocho años de edad, que primero se trasladó a París y luego a Madrid, con nutrido y selectísimo séquito, en que figuraban varios escritores (Cuneo, Doni, etc.), un futuro Papa, y en calidad de Copero «il cavaliere Cassiano del Pozzo», que en los dos viajes se cuidó de anotar, día por día, todas las incidencias desde las recepciones públicas y actos solemnes, hasta las audiencias, visitas y paseos, añadiendo sus observaciones personales sobre monumentos, costumbres y personas, de manera muy especial sobre todo lo de valor artístico.

Estos «Diarios» no estaban destinados a la publicidad, como lo acreditan las indiscreciones reseñadas, sino a servir de recordatorio a su señor, que los guardó en su magnífica biblioteca privada, con la cual pasaron más tarde a formar parte de la Vaticana. Del manuscrito del Viaje a España sólo se ha publicado la parte relativa a la visita al monasterio de El Escorial, por Enriqueta Harris y Gregorio de Andrés, con eruditas y abundantes anotaciones, como anejo al número 193 de Archivo Español de Arte, en 1972.

Mientras finalizamos la traducción y el estudio totales de la obra, iremos anticipando algunas de las muchas curiosas y útiles noticias de todo orden que contiene en una serie de artículos, varios ya en prensa.

LAS DESCALZAS REALES

En la tarde del 24 de mayo, hizo su entrada oficial y solemne en la Villa el Cardenal legado, dirigiéndose a la Casa del Tesoro, aneja al Real Alcázar, donde iba a alojarse hasta su marcha, setenta y ocho días después. A partir del siguiente, se dedicó a complimentar en sus habitaciones respectivas al rey Felipe IV, a la reina Isabel de Borbón y al Cardenal-Infante don Fernando de Austria, e inmediatamente después se dispuso a hacer otro tanto con la infanta Margarita de Austria, hija de la emperatriz María, que vivía en el convento de las Descalzas Reales con el nombre de Sor Margarita de la Cruz.

Para justipreciar los datos de Pozzo, basta con tener en cuenta que la más minuciosa de todas las relaciones impresas y manuscritas de estos hechos que han llegado a nosotros: el Discurso de la jornada que hizo a los Reynos de España el Illustrissimo y Reuerendissimo Señor Don Francisco Barberino Cardenal, titulo de S. Agueda, Legado à latere de N. muy S.P. Urbano VIII y su sobrino..., del doctor Juan Antonio de la Peña (Madrid, Luis Sánchez, 1626), sobre este punto se limita a decir:

«Fue al Real Conuento de las Descalças a visitar a la señora Infanta Sor Margarita de la Cruz, exemplo de verdaderas Religiosas... Consolóse mucho con la bendición del señor Legado, y su Illustrissima se edificó con tierna deuoción viendo tan raro exemplo delante de sus ojos». Pozzo empieza indicando que a las cinco de la tarde llegó a buscarles el conde de los Arcos y que a las seis se puso en marcha el cortejo, al que abría paso un español a caballo. Iba luego una carroza que ya habían utilizado en el viaje a Aranjuez y detrás la del Cardenal, de terciopelo verde con finísimas



El Monasterio de las Descalzas Reales en el Plano de Texeira.

guarniciones. Por cierto, que respecto a los ocupantes de la primera indica que sólo llevaba «gente de llave de oro», frase incomprensible si se ignora que la noche anterior el Cardenal había llamado a cuatro de sus numerosos acompañantes, para notificarles que el Rey había tenido la atención de enviarle seis llaves de oro, que deseaba entregarles a ellos (Tomaso Rinuccini, el prior Piccolomini, el caballero Richi y Pozzo, que la recibió en primer lugar), reservando las otras dos para los ausentes Filomarini y Calderini, este último alojado en un sitio lejano por padecer sarna.

El Cardenal, con vestido de tabí rojo a ondas y roquete, iba con el conde de los Arcos y los prelados de su séquito, uno de los cuales era monseñor Juan Bautista Panfilio, Patriarca de Antioquía, que dieciocho años después ascendería al solio pontificio con el nombre de Inocencio X, convirtiéndose en su más implacable enemigo. Por delante, habían enviado a los lacayos y pajes propios, que les esperaban delante del monasterio, lo mismo que un grupo de importantes señores que aquella mañana, por mediación del marqués de Auñón, habían conseguido el raro privilegio de penetrar en el monasterio, junto con el Cardenal.

Pasaron al claustro y de repente se encontraron con que, a mano izquierda, estaban todas las monjas ordenadamente puestas de rodillas, en hábito de la Observancia, con cordones y zapatos de cuerda, el rostro cubierto por un velo negro y un candelero de madera en las manos, y delante de ellas la Cruz y un relicario de cristal. Mientras iniciaban la subida a la galería superior, camino del coro, entonando el *Te Deum*, Pozzo empezó su acostumbrada revista, observando que las paredes estaban repletas de cuadros diversos, «entre los cuales vi una Conversión de San Agustín de mano del Antiuedto. della Grammca. que yo en Roma hice hacer para enviar de orden del Príncipe de Piamonte a dicha Infanta». Esta autorizada información explica la presencia aquí de una obra del pintor Antiveduto della Grammatica, nacido en Siena en 1571 y fallecido en Roma en ese mismo año de 1626, seguidor de Caravaggio, cuya obra conocida se encuentra en Roma, Nápoles y Lucca, preferentemente.

Mientras el Cardenal oraba arrodillado en el coro, en la iglesia músicos con instrumentos de viento y solistas entonaban diversas composiciones. Luego, todas las monjas y los señores que habían entrado desfilaron ante el Cardenal para besar su mano.

Después, la Priora les llevó a ver la hornacina del muro donde ya entonces se había depositado el féretro de la emperatriz María, a quien Pozzo, confundiéndola con su hermana la princesa Juana, denomina fundadora del monasterio. Recorrieron «no sé cuantos pequeños oratorios, que llaman Ermitas, bellísimos, adornados con pinturas y luces, que sirven a las monjas para hacer sus ejercicios espirituales, pudiendo —según la diversidad de misterios que se ven en ellos—, llevar el ánimo a la contemplación de las cosas divinas». Por fin, llegaron a las habitaciones de la Infanta, sitas sobre la escalera principal (distinta de la grandiosa de hoy, aún no construida), que eran: un pasillo que servía también de sala, un pequeño oratorio, la celda con una cama y una estancia grande con un Altar, toda adornada con cuadros, usada también como capilla. Sor Margarita, que estaba a la entrada de esta última sala rodeada de monjas, saludó al Cardenal «con toda humildad y gratísimo cumplimiento». Tenía entonces cincuenta y nueve años y uno antes había perdido la vista, al fracasar una operación de cataratas. Pozzo nos la describe: «envejecida, ciega y curvada, por lo que sólo se hallaba cómodamente sentada en el suelo». Preguntó por el Patriarca, a quien el Cardenal hizo llamar, así como a monseñor Santa Croce, y los tres prelados se retiraron a conversar con ella, que se sentó en



La Emperatriz Maria de Austria.

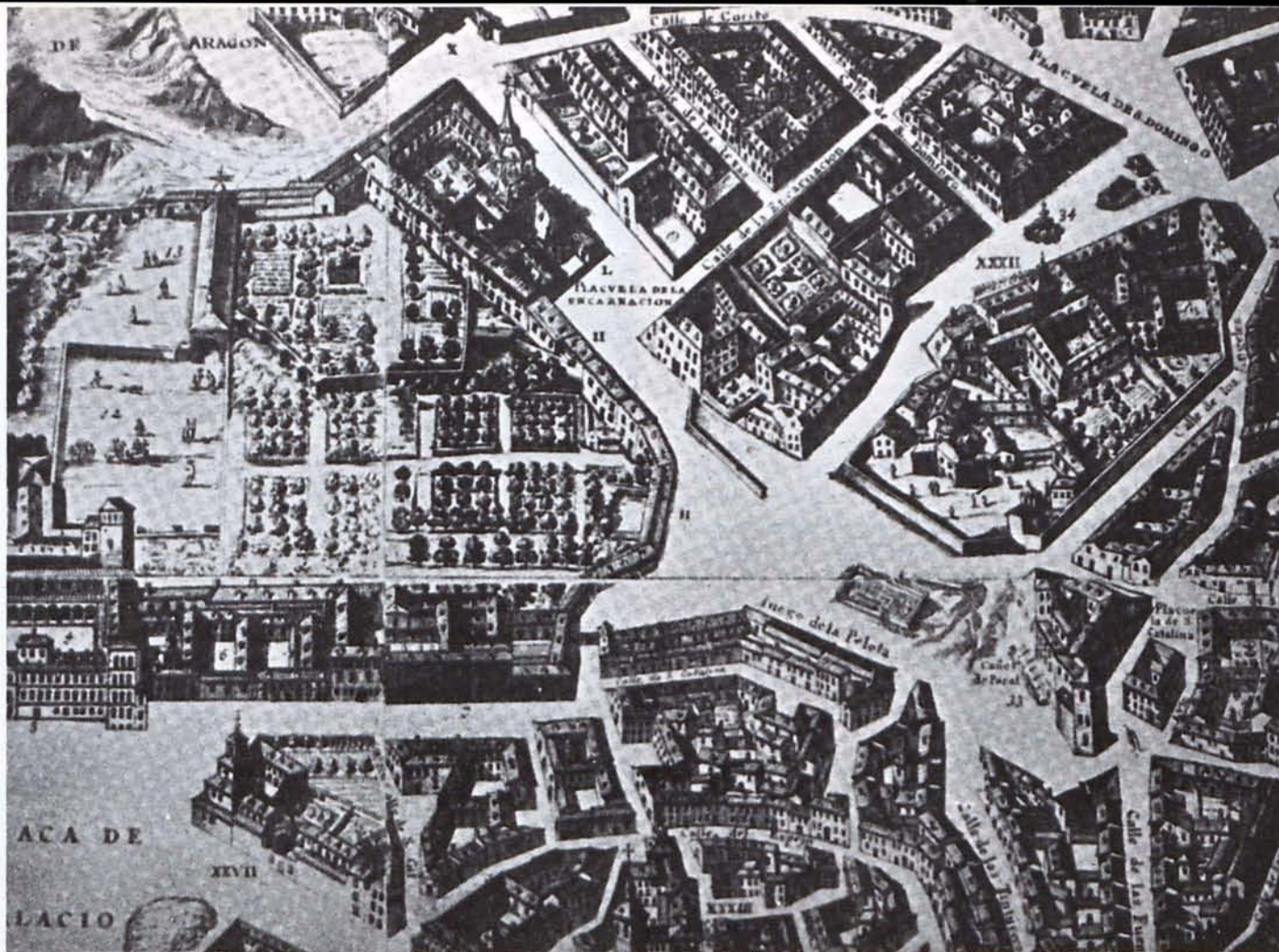
una almohada puesta en tierra, mientras el Legado ocupaba una silla no muy alta.

Pozzo no dice nada de la entrevista, pues como de ordinario se dedicó a examinar las estancias inmediatas, pero, en cambio, el confesor y biógrafo de la ilustre monja, fray Juan de Palma, en su *Vida de la Serenísima Infanta Sor Margarita de la Cruz...* (Madrid, Imprenta Real, 1636) reproduce y traduce el Breve de Urbano VIII, fechado en Roma el 30 de enero, que le fue entregado y seguramente leído, en que se hacen grandes ponderaciones de sus virtudes. Añade que, además, entre otros obsequios la trajo también de su parte un valioso relicario:

«Embió el Papa a su Alteza con el Cardenal su sobrino entre otras cosas, un Relicario hermosísimo, a modo de urna de cristal, muy rica, y artificiosamente guarnecido, con grandes indulgencias, que eran para la piedad de su Alteza los dones de mayor estimación.»

Este regalo iba a incrementar la ya copiosísima colección, que mientras tanto el Copero había estado examinando «en un oratorio, que llaman santuario», pues tanto la fundadora como la Infanta habían acopiado reliquias en gran número.

Al final, Sor Margarita hizo llamar a otras dos distinguidísimas religiosas (junto a las cuales, por cierto, está retratada en un lienzo): la hija natural del emperador Rodolfo II y la hija de la Infanta Princesa de Módena, para que besasen la mano del Cardenal, el cual, como sus compañeros, se despidió prometiendo volver de nuevo. A la salida, la Priora



En el plano de Texeira, el núm. 11 señala el pasadizo de la Encarnación.

les mostró el refectorio, al que únicamente estaba exenta de acudir la Infanta por su estado de salud, y desde lejos divisaron el jardín y varias fuentes.

Aquella tarde, se presentó en la Casa del Tesoro el Sr. Huerta, Secretario de Sor Margarita y del Estado de Milán, que era portador de diversos obsequios de su señora para el Cardenal, los cuales iban guardados en tres cofres: el primero, contenía diez pares de bolsillos de ámbar forrados de ormesí, doce pares de guantes, una caja «a la india» con vasos de loza de Portugal y de porcelana fina, una docena de escudillas y otros utensilios de la misma especie con adornos en oro, en el segundo iban cincuenta cajitas con pastillas aromáticas, un hostiario con fondo de marfil y diversas piedras raras y preciosas y el tercero guardaba rosarios, collares y objetos semejantes. Este emisario se había cruzado con el Sr. Minutolo que llevaba a la Infanta, de parte del Cardenal, una colección de cuadritos, agnusdei y rosarios.

La segunda visita la hicieron el seis de junio, sin ningún aparato, entrando por la puerta del convento, donde les recibió la Abadesa que les condujo directamente a las habitaciones de la Infanta, donde dijo misa el Cardenal, con acompañamiento de algunos músicos de la Capilla Real, que cantaron composiciones en español. Después, recorrieron todo el Monasterio, volvieron a despedirse de Sor Margarita y pasado el mediodía regresaron a la Casa del Tesoro.

El día 18 volvieron de nuevo, pero esta vez hallaron el claustro revestido con los tapices de las empresas de Carlos V en Levante, traídos de Palacio, pues por allí desfilaría la procesión del Corpus. El Cardenal, que iba con roquete y muceta, al descender de la carroza se dirigió directamente al Altar mayor, cuyas gradas cubrían riquísimas alfombras de

seda hechas a aguja. Todo cuanto había en él era de plata: las láminas labradas que recubrían el frontal, la cobertura de las cuatro gradas que sostenían candelabros y floreros y las dos pequeñas pirámides rematadas por un sol, que rodeaban la custodia. La casulla era de tafetán indiano y su adorno consistía en racimos de uva recamados de perlas y granates. En tan fastuoso escenario comenzó la Misa, que también iba a depararle a Pozzo sorpresas de orden litúrgico, ya que después de la elevación, apareció un sacerdote de la casa, con sobrepelliz, portando una ventarola o ventalle, redondo, hecho con plumas negras de avestruz, sujetas en el centro por «no sé qué imagen santa» recubierta con un cristal, con el que estuvo dando aire al oficiante hasta el final. La prueba de que no había visto antes cosa igual está en que para explicarlo tiene que recurrir a su erudición libresco, señalando que esto era conforme a un rito antiguo que menciona Durante en su *De ritib. Ecclesiae*. Después de dar la bendición, Barberini salió por una puertecita inmediata al altar y se retiró a una galería inmediata, desde donde oyó el sermón del jesuita P. Jerónimo de Florencia, a quien siempre escuchaba con admiración y agrado, lo mismo que a fray Hortensio Félix Paravicino.

Por último, se trasladó a la celda de la Infanta y después de conversar un rato con ella, emprendió el regreso a su hospedaje.

Al referir lo sucedido en la representación de los Autos sacramentales el día del Corpus (once de junio) en el convento de la Encarnación, tema del que se tratará más adelante, se añade que el de la Vida de San Francisco se repitió también en la iglesia del convento de las Descalzas, lo que originó algún inconveniente, porque como la reja del coro de las monjas está frente al altar mayor, donde se expone el

Santísimo Sacramento, la parte trasera de la escena quedaba de espaldas al mismo, por lo que los actores estaban en tal posición tanto al actuar como al cambiarse de vestidos. Añade que, además, se interpretaban las mismas canciones que en el exterior.

El 12 de julio, en compañía del marqués de Auñón, fue otra vez para decir Misa en el altar mayor. Después conversó con la monjas y estuvo algún tiempo en el claustro.

A la vuelta de El Escorial, el siete de julio por la tarde, se hizo una nueva vista en forma reservada.

En cambio, se quiso que la última, en visperas de la marcha, fuese pública y solemne, por lo que el cuatro de agosto por la tarde se organizó un cortejo, encabezado por el Cochero mayor a caballo, seguido de todos los pajes y lacayos, una carroza con cuatro gentilhombres, la de terciopelo verde con el Cardenal y los demás prelados, custodiados por el Prior Piccolomini a caballo y otras tres o cuatro más. Entraron en el monasterio por la puerta del Claustro y el marqués de Auñón mostró al Legado una lista de 25 ó 30 personas que la Infanta y la Priora deseaban fuesen autorizadas a entrar, entre las cuales se hallaban el duque niño de Villahermosa y dos de sus hermanos que tenían allí una hermana, un benedictino pariente de una sobrina del conde de Andrada y otros personajes. Concedida la licencia, fueron llamados uno a uno. Esta vez la Infanta no se movió del almohadón sobre el que estaba sentada, ni le acompañó como solía hacer en las anteriores entrevistas privadas. Los visitantes la hicieron reverencias y mostraban gran empeño en besar sus manos, pues la consideraban una gran sierva de Dios. Otro tanto hicieron todas las monjas

con el Cardenal, a quien la Infanta regaló una mitra bordada, un velo y un corporal, que aceptó reconocido.

LA ENCARNACION

La enorme ventaja de la proximidad, hizo que menudearan más las visitas al monasterio de la Encarnación, para las cuales no era preciso siquiera salir a la calle, sino que se iba por el pasadizo cubierto que le unía con la Casa del Tesoro, perfectamente señalado en el plano de Texeira.

El día 1 de abril, segundo de Pascua, el Cardenal se puso su traje de tabí rojo a ondas y su roquete y acompañado por el conde de los Arcos y sus familiares, fue allá por primera vez y después de decir Misa, anunció que concedía indulgencia plenaria a todos los asistentes. Luego, con sólo cinco de sus acompañantes (entre ellos, Pozzo) pasó al convento, donde también, al penetrar en el claustro encontraron a toda la comunidad arrodillada, con una Cruz y dos candelabros grandes al frente y asimismo la Priora exhibió una cruz de cristal «con no sé qué reliquia». Tras anotar algunos datos históricos sobre la fundación, señala que el claustro es de granito blanco y negro, piedra que le dijeron abundaba en las cercanías de Madrid. Califica de bellísima la vista que ofrecían sus galerías por la serie de cuadros que las adornaban, todos de la misma mano y medida, con marcos dorados, que versaban sobre los Misterios del Rosario, mientras que en las esquinas se hallaban retratos de Vírgenes milagrosas. En medio, había un jardincito con una fuente.



Les pasaron luego a una saleta cuadrada, adornada con pinturas de menor tamaño, con escenas de la vida del Señor, debidas en gran parte a una monja joven, sobrina de don Pedro de Toledo. De allí fueron al coro, donde se cantó un *Te Deum* y se descorrieron las cortinas de la verja que da frente al Altar mayor de la iglesia. Indica que entre los músicos que participaron en la Misa y en el *Te Deum* figuraban un eunuco y un bajo bastante bueno. Después de un besamanos, la Priora les acompañó por el resto del edificio, en que les llamó la atención la Sacristía, por sus altares adornados de cañutillo, con y sin perlas, y la Enfermería, muy alegre. Por una galería con cuadros de mártires, «copiados de los que se ven en Roma en Santo Stefano Rotondo», llegaron al denominado «Cuarto del Rey», en memoria de su constructor Felipe III. Al final, el Cardenal se sentó en una silla y las monjas en el suelo, sobre una alfombra de paja o juncos, pero como se había hecho muy tarde, hubieron de salir pronto por una puertecita que daba al pórtico de la iglesia, al citado pasadizo.

El día 11 de junio, festividad del Corpus Christi, el Cardenal ofició por la mañana en la iglesia de Santa María ante el Rey, los infantes, numerosos prelados, ministros, embajadores y nobles, y después presidió la procesión que llegó hasta Palacio, con tan devota compostura que todos los cronistas la comentan y Lope de Vega compuso una Canción para encomiarla.

Aquella tarde, volvieron a recorrer el Pasadizo, pues les habían participado que el Ayuntamiento había tenido la atención de desplazar hasta allí las compañías contratadas y dos carros con objeto de ofrecerles una representación de Autos sacramentales, sin que tuvieran que trasladarse a la Plaza Mayor, lugar donde aquel año se hicieron para el Concejo, los Consejos y el pueblo, en vez de en la Plaza de la Villa, por el peligro que ofrecían las Casas Consistoriales en ruinoso estado. Aunque no se detalla, es de suponer que el espectáculo se desarrolló en el atrio o en la plazuela de delante de la iglesia, y les inspiró el mayor interés a los forasteros, pues Pozzo dedica varias páginas a explicar la estructura de los tablados, los argumentos de las dos piezas (una de Lope de Vega y otra de Mira de Amescua, entre cuyos textos conocidos no existe ninguno que coincida por el tema con éstos), la riqueza de los vestidos y la habilidad de los actores, en especial de las mujeres, que tan pronto interpretaban personajes femeninos como aparecían vestidas de hombres, «en trajes honestos», los bailes con acompañamiento de guitarras y de castañuelas que intercalaban entre las piezas devotas y otros pormenores, habiéndose comenzado con una Loa, relativa al viaje del Cardenal, en que se relataba su entrada en Madrid y se ponderaban sus afectuosos primeros encuentros con Felipe IV.

A pesar de las varias horas que duró el espectáculo, hubo que proseguirlo al día siguiente con la representación de dos nuevos autos, uno sobre la peregrinación del Alma y otro alusivo al fracasado desembarco de los ingleses en Cádiz.

El domingo 14 de junio, fue acompañado por los prelados de su comitiva y Pozzo para celebrar Misa en el oratorio de las reliquias, después conversó algún tiempo con la Priora y volvió por el mismo camino.

Otro tanto hizo el día 17, pero se entretuvo luego para oír tras la celosía usada por el Rey el Sermón que en la Misa de Pontifical, oficiada por el Patriarca de las Indias, pronunció el P. Jerónimo de Florencia acerca del Santísimo Sacramento, que acabó pidiendo su ayuda para lograr la definición dogmática del misterio de la Inmaculada Concepción.

Volvió a sus habitaciones para comer y luego, detrás del Rey y su cortejo que habían utilizado el mismo camino, volvieron para presenciar la procesión de la Octava del Cor-

pus que iba a hacerse en la plazuela de la Encarnación, adornada con los tapices de los Actos de los Apóstoles; Barberini la contempló desde una ventana con celosía del propio pasadizo, mientras que las reinas de España y de Hungría estaban en las rejas principales que caen al pórtico de la iglesia. De este acto, por haberse desarrollado fuera de la clausura, da Peña detalladísima información, que coincide con la de Pozzo, de quien en cambio merecen destacarse las observaciones personales. Es curioso que algunos de los detalles que aquí describe minuciosamente eran repetición de otros del día del Corpus, pero al haber sido en aquél participante y en éste mero espectador, pudo ahora fijarse más en ellos. Ya entonces había hecho constar su extrañeza por los elementos grotescos que aparecían al comienzo del desfile, indicando: «A nosotros, venidos de Italia, donde no se usa, pareció extraña cosa ver una máquina que a modo de rueda hacía girar por el aire a ciertos mattaccini hechos de trapo y siete u ocho gigantes de cartón», así «como el gusto que el público mostraba».

La tal máquina era precisamente la gran innovación de aquel año, en que se estrenaba, y Peña la describe de la siguiente manera:

«Salió la procesión en la forma ordinaria, haciendo lugar el Paladion burlesco, con una nueva inuención que ha parecido bien: porque sobre una esfera de haros yua un arliquín con un açote, y luego asidos de la esfera otros quatro, y a tiempos se movía este artificio con tanta velocidad, que daua mucho gusto y ocasionaua risa en el vulgo».

Esta vez, salía en primer término la Tarasca, o, según él, un Dragón que estiraba y encogía el cuello y abría la boca, con el aditamento del tal «Paladion», colocado encima.

En un trabajo en prensa, en el **Homenaje de la Academia de San Dámaso a Monseñor Enrique Vicente y Tarancón**, dará a conocer próximamente don Antonio Matilla y Tascón, una lámina en color, que representa este conjunto, conservada con el protocolo referente a los gastos que ocasionó.

«Venían luego un enano y una enana, con una cabeza de cartón de forma desmesurada, la cual de vez en cuando alzaban para tomar respiro y algunas veces se la dejaban caer a la espalda, donde quedaba sujeta por no sé que lazos. Venían después seis figurones por parejas, hombre y mujer, una a la española, otra a la francesa y otra a lo moro, de dimensiones como dos hombres y medio, con altura, grandeza y vestidos proporcionados. Un solo hombre lleva cada uno de estos fantoches y su cabeza aparece por medio de los muslos de los mismos. De vez en cuando los apoyan en la pared y es cosa de gusto ver moverse aquella maquinaria, plegándose hasta caer en manos de uno que los recoge, mientras sale el que la llevaba, que luego ayuda a enderezarla aunque reduciéndola a la mitad o poco menos».

También llamaron su atención los trajes de los bailarines que venían después, acompañados con guitarras, laudes, violines y castañuelas. Seguían los Alabarderos y los caballeros de las Ordenes militares, y le extrañó la riqueza del estandarte que portaba el marqués de Villar, hijo del conde de Benavente, cuyo peso debía ser tal que cada dos o tres pasos tenía que detenerse e iba sudoroso.

Venían luego los Grandes de España, el Rey y los Infantes, el Nuncio y los Embajadores del Imperio, Francia y Venecia. Preguntó los motivos de la ausencia de los de Florencia y Saboya y le respondieron que no era costumbre que asistieran a estas funciones, y al consultar si la Reina participaba en alguna, dijéronle que sólo en las de la Candelaria y las de las Palmas, que se hacen en Palacio. También le extrañó que al llegar al Altar pusiesen cojines para arrodillarse al Rey y a los infantes, pero no al Cardenal Nuncio.

El 14 de julio, día de San Buenaventura, después de

comer, fueron de nuevo, y mientras el Cardenal conversaba con la Priora, Pozzo y dos compañeros suyos recorrieron el edificio con un guía excepcional: su propio constructor, el gran arquitecto Juan Gómez de Mora, que figuraba entre los españoles puestos al servicio del Legado, a quien poco después iba a acompañar en la visita al monasterio de El Escorial. De gran interés debieron ser las conversaciones entre el artista y el joven prelado, que antes de venir para España había dejado ya iniciadas las obras de su grandioso palacio romano, de conformidad con los diseños de Bernini y de Borromini, y que patrocinó numerosas construcciones y reformas a lo largo de su vida. Consecuencia de este trato, y quizá de un encargo, fue que el Cardenal se llevara el manuscrito original de la Relación de las cassas que tiene el Rey de España, cuyos catorce folios quizá escribió por estas fechas, pues están datados el 17 de julio, acompañando la valiosa colección de planos, monografía que Francisco Iñiguez Almech utilizó para su obra Casas reales y jardines de Felipe II y cuya edición íntegra prepara Virginia Tovar, como parte de sus valiosas investigaciones acerca de Gómez de Mora.

Dice que les mostró todo, y muy en especial, el refectorio, donde no habían estado las veces anteriores, que era un bello salón cuya cabecera adornaba una Cena pintada por Carducci. En el centro, sobre pedestal con escalones de mayólica, presidía un Cristo bastante grande. En las mesas de madera había servilletas, vinagreras de loza, jarras rojas de barro y tazas. De unas cajitas, las monjas que desearan mortificarse de esa forma, podían tomar ceniza y mezclarla con sus manjares. Al lado de la puerta había una Corona de Espinas y junto a ella y en otros lugares diversos instrumentos de penitencia, pues «en suma, son aquellas buenas vírgenes ejemplarísimas». El locutorio tenía siempre la reja cubierta por una cortina de tela negra gruesa y espesa y en el coro, detrás de los asientos, también se veían disciplinas. Recorrieron luego dos o tres jardines y allí encontraron al P. Florencia, que paseaba con otros dos o tres jesuitas.

Al marchar, las monjas obsequiaron al Cardenal con unas piezas de ropa blanca diversa, trabajada con hilo de pita finísimo.

El 11 de agosto, a punto ya de emprender la marcha, hicieron una última visita para despedirse.

En el primer encuentro, después del retorno de El Escorial, las monjas le tenían preparado un nuevo obsequio, aunque este aún más original pues le rogaron hiciera llegar a sus dos hermanas religiosas sendas cajitas recubiertas de caparazón de tortuga, con idéntico contenido: una serie de «motes» espirituales escritos en bellísimos caracteres, algunos objetos piadosos, como señales de talco miniadas para usar como en los libros de horas y diversos modelos de cilicios y de disciplinas, como cruces adornadas con púas de hierro.

Sin ningún aparato y con sólo la compañía de dos de los nobles pontificios, realizó nuevas visitas los días 23, 24 y 28 de julio y 8 y 11 de agosto.



El Papa Inocencio X, por Velázquez.

RESUMEN

El extracto de las escuetas notas de un diario íntimo, prueba como la impenetrable muralla que durante varios siglos aisló a las moradoras de estos dos conventos, cedió no una, sino varias veces, durante el año de 1626 ante el único poder capaz de atravesarla: el del representante personal del Sumo Pontífice, que iba acompañado de un servidor culto y minucioso cuyos apuntes hemos utilizado.

UNA LEYENDA SOBRE EL PALACIO REAL



Por José FRADEJAS LEBRERO

CON la llegada de los Borbones se transforma el concepto de construcciones ciudadanas madrileñas; el viejo Alcázar de los Austrias y las «casas principales» van a sufrir una mutación porque se piensa en grande y es preciso que las edificaciones estén a la altura de sus ideales y que susciten la admiración y emulación de sus vasallos. Por esta razón «el nuevo Palacio Real de Madrid constituye una de las empresas más serias acometidas por la nación española, pues algo más que una obra arquitectónica... es el símbolo parlante del espíritu de la monarquía absoluta».

Nada, pues, es de extrañar que haya nacido una leyenda en torno a uno de los ornamentos de las fachadas por cuanto se unen lo monumental-grandioso y el absolutismo que desea ser irrepetible para ser magnificado.

El adorno a que nos referimos son las cabezas y veneras talladas en los frontispicios de las ventanas del primer piso. Hay dos tipos de frontones: triangulares y curvos; éstos están adornados con veneras, aquéllos con cabezas, unas



femeninas y otras masculinas. Los 42 frontones fueron previstos inicialmente e iban a esculpirse en piedra de Tamañón, pero en 1744 se pensó que fueran de mármol de Urda y finalmente se hicieron de piedra de Colmenar. Se continuaron luego en la fachada de Sabatini en 1781 y vinieron a costar 1.020 reales cada cabeza. No hicieron muy buen efecto en los críticos de la época, pues Ponz dice «con más adornos de cabezas... de los que convendría para ser bellos».

Y, sin embargo, el pueblo madrileño, un siglo después de su construcción había creado en torno a las cabezas de varón —bien es cierto que simplificando y refiriéndose a una sola— de los frontones triangulares una leyenda que, procedente de Oriente, se había extendido por toda Europa y ya en el siglo XV se había identificado con otro de los más maravillosos palacios universales: los Alixares en la Alhambra.

Dejémonos de disquisiciones y vayamos a la narración tal y como aparece en la *Biblioteca de tradiciones populares*. Sevilla, 1884. Tomo II. Págs. 57-59.

Siendo yo chico, recuerdo haber oído muchas veces la siguiente leyenda, que como verdadera historia me referían, sentado en la plaza de Oriente, acerca del palacio real de Madrid:

—Un día, el rey de España quiso que le hicieran un palacio en que pudiera vivir dignamente, y al efecto mandó que viniese á la Corte, prometiéndole grandes sumas, el mejor arquitecto que se encontrara en el mundo. Respondiendo á su deseo, llegó á Madrid uno muy bueno y muy nombrado, á quien el rey encomendó la erección de su Alcázar. En seguida empezó la obra, que con gran contentamiento del rey acabó en breve plazo.

Ya estaba acabado de levantar el palacio, cuando el rey, á quien cada vez gustaba más, quiso tener la seguridad de que ningún otro soberano del mundo estaría tan bien alojado como él, y un día, próximo ya al en que iba á marcharse el arquitecto, le convidó á comer, y encerrándose con él en un cuarto le preguntó si podría hacer otro palacio como aquel que acababa de concluir; á lo que le contestó el arquitecto que sí. Entonces el rey le manifestó su empeño de que no hiciera otra obra como aquella, y el arquitecto, que estimaba su fama más que todo, se negó á darle la palabra que le exigía, á pesar de los grandes tesoros con que el soberano tentaba su codicia.

Viendo esto el rey, mandó que allí mismo aprisionasen al arquitecto, y le hizo sacar los ojos para que no pudiera dirigir ninguna otra obra, y cortar los brazos para que no pudiera trazar los planos, y además la lengua para que á nadie pudiera comunicar sus conocimientos. Pero le señaló

habitación en Palacio y grandes riquezas, y todos los días le tenía sentado á su mesa, donde le daban de comer los criados, porque él no podía coger la comida, y así estuvo viviendo de esa manera hasta que murió.

De trecho en trecho, y sobre los pequeños pilares que forman la cornisa que cierra la azotea del edificio, se ve el busto de un hombre que, naturalmente, y como todo busto, carece de brazos y de ojos: según el pueblo, es la efigie del arquitecto que dirigió las obras del alcázar, y la cual mandó poner allí el rey para honrarle, tanto en vida como en muerte.

Otra variante he oído, después, de esta leyenda, que, como digo más arriba, me fue narrada cuando tenía yo seis ó siete años. Según ella, en vista de la actitud del arquitecto, el rey le mandó matar acto continuo.

No parece muy á propósito el positivista y científico siglo XIX para crear una leyenda y, sin embargo, el concepto que presidió la creación del Palacio, su monumentalidad, la fama, que rápidamente adquirió, las imitaciones que suscitó en Europa, sin duda apoyaron la creación legendaria que iba unida a estos ideales.

La leyenda, inicialmente, se refiere a An Noman, rey anteislámico de Irak, que encargó a un arquitecto griego, Sinimar, la erección del maravilloso castillo de Janarnac. Admirado el rey de la magnífica obra, así como la vio concluida, hizo arrojar al arquitecto desde lo alto de los muros, para que no construyese otro semejante.

La leyenda oriental tomó sin duda dos caminos, uno europeo, y así la encontraremos en Francia, Rusia y Rumania; por ejemplo esta balada rumana:

«En Rumania, Radul Negru se hace edificar un célebre monasterio en Argis. Cuando las obras están ya terminadas, se presenta (el rey) un día y encuentra a Manoli y sus compañeros subidos en los andamios, y les pregunta si podrán hacer otro edificio como aquél. El pobre arquitecto contesta afirmativamente y el déspota hace cortar las cuerdas que sostienen los andamios y Manoli y sus compañeros caen al suelo desde una altura prodigiosa y se convierten en grandes piedras negras. En el sitio en que rebota el cuerpo de Manoli brota una fuente de agua amarga y salobre como lágrimas».

El otro camino, a través del norte de Africa, por medio de los árabes, se halla representado por el bellissimo Romance fronterizo de *Abenámar* en su versión quizá más antigua, incluido en el *Romancero* de Amberes, 1550, y que comienza «Por Guadalquivir arriba».

Este romance, como la balada rumana, sin duda tiene

unos puntos comunes: la grandeza de la obra, la maestría del constructor, el despótico poder del rey que los erige.

El romance español es un romance cuento y, sin duda, se apoya en hechos históricos, la entrada de don Juan II en la Vega de Granada en 1431, por la que obtiene parias de los Nazaríes (tres cargas de oro), y legendarios —como ocurre en las zonas fronterizas conflictivas, donde se interpenetran los saberes de las dos culturas en pugna—; no es de extrañar, pues, que se piense en una forma arábica de este romance que ha sido difundido, en una forma mixta o contaminada, por don Ramón Menéndez Pidal en su *Flor nueva de romances viejos*.

Al ir enumerando las maravillas que los deslumbrados ojos de los castellanos contemplan, dice la versión de 1550:

*los otros los Alixares labrados a maravilla
el moro que los labró cien doblas ganaba al día
y el día que no los labra de lo suyo las perdía
desde los tuvo labrados el rey le quitó la vida
porque no labre otros tales al rey de Andalucía.*

Don Pedro I, el Cruel o el Justiciero, era el rey de Andalucía en el siglo XIV, y que rivalizaba con los granadinos en la construcción del Alcázar sevillano, otra de las maravillas arquitectónicas —ésta mudéjar— de la España medieval andalusí.

Coinciden la versión rumana y romanceril en la muerte violenta del arquitecto; pero la rumana se continúa con un doble aspecto, el etiológico —convertidos en grandes piedras negras— que le une a otro tipo de leyendas como la *Danza maldita*, que suele identificarse con los cromlechs como el de Stonehenge y otros repartidos por toda la Europa céltica; y el nacimiento de una fuente salobre que dio lugar a leyendas nórdicas como «El manantial de la doncella», filmado por Bergman.

La leyenda madrileña quizá sea más cruel, porque no

mata en un instante, decapitando o defenestrando, al arquitecto, sino que le ciega, para que no pueda dirigir otra obra, le mutila los brazos, para que no pueda trazar otros planos; y le arranca la lengua, para que no pueda transmitir sus conocimientos. Y, sin embargo, le mantiene junto a sí, hasta su muerte, cuidándole con esmero y le consagra, para honrarle, la cabeza que adorna los frontones. Síntesis de crueldad extremada y piedad admirativa, muy del gusto popular.

Aspecto legendario este último también representado en España, aunque con diversas motivaciones:

Aparece en la Puerta del Obispo de la Catedral de Zamora, en la ventana de la derecha, una cabeza que se dice ser la de un ladrón que al huir fue condenado a convertirse en piedra, cerrándose sobre él la ventana y petrificándose: fuerzas sobrenaturales actuaron aquí. Aparece en otro sentido, y en relación con Don Pedro I, en la calle sevillana del Candilejo o de la Cabeza de Don Pedro, en la que este rey hizo justicia de sí mismo por un crimen cometido al ser perseguido e identificado por el alcaide Juan Pascual, el Montañés, que ha dado lugar a múltiples obras literarias como *El montañés Juan Pascual* de Hoz y Mota, o *Una antigualla en Sevilla* del Duque de Rivas; *El asistente de Sevilla* de Trueba y Cossío, o *La cabeza del rey Don Pedro* de Fernández y González.

Es curioso y característico que el pueblo madrileño haya creado esta leyenda asimilándola, en lo que a mí se me alcanza, a otras hispánicas: la perduración del hecho representada por la cabeza del protagonista. Tanto más cuando se mencionan variantes —para mí desconocidas— como la de que «le mandó matar acto continuo».

Es posible que tenga relación este tipo de leyenda con los montes de *La mujer muerta*, en tierras de Segovia y Sierra Bullones (Ceuta) o *La Peña de los enamorados* (Antequera), que ha sido racionalizada modernamente al esculpir la cara de algunos presidentes en el Monte Rushmore de Estados Unidos.



Lateral de la puerta del Obispo, de la Catedral de Zamora, con la cabeza petrificada del ladrón.



EL ALCAZAR DE MADRID, EN FRANCIA

Por Carlos MANZANARES

EN el antiguo París, a ambos lados del Sena, pero principalmente en la llamada «rive gauche», todavía exponen hoy su menguada mercancía los famosos «bouquinistes», o libreros de viejo. Aparecen los libros dentro de una especie de cajones metálicos adosados al muro de piedra de la ribera del río. Allí suelen recostarse plácidamente, tanto el parisiense como el turista, para admirar la bella perspectiva que le ofrece el corazón de la capital de Francia, la llamada isla «de la cité», con la Catedral a la derecha y el Palacio de Justicia al frente, del que destaca la aguja gó-

tica de San Luis, de la capilla inigualable por sus vidrieras.

En otros tiempos, los «bouquinistes» podían ofrecer al buscador de libros sorpresas interesantes. Esto hoy ya no es el caso, pues todo se ha comercializado de tal suerte que las bibliotecas se suelen vender enteras a las salas de ventas, que luego subastan las obras. Muy raro es que alguien ofrezca a un «bouquiniste» un libro valioso a un precio módico, porque el que más y el que menos se asesora previamente de lo que tiene, sobrevalorándolo con frecuencia, cegado por el espejismo

de los precios exorbitantes que van alcanzando las antigüedades.

De aquí que lo que ahora se encuentra en la ribera del Sena sea en gran parte obra nueva, como fondo de ediciones modernas y reproducciones de grabados. No citemos la profusión de obras más o menos pornográficas. Alguna vez, sin embargo, pueden encontrarse grabados originales curiosos, de viejos libros desgajados. El hallazgo fortuito de uno de esos grabados, del siglo XVII, es lo que da origen a esta pequeña crónica.

La lámina en cuestión llama lógicamente la atención a cualquier español que la contemple. En la parte superior de la misma aparece un palacio con la leyenda «Chateau de Madrid en France», y en la parte inferior, aunque ocupando mayor espacio, aparece otro palacio titulado «Chateau de Madrid en Espagne». Puede el grabador haber dejado alguna libertad a su fantasía al configurar los contornos de dichos palacios, pero el grabado obedece a un hecho real e irrefutable desde el punto de vista histórico. Es verdad que los dos palacios han existido, habiéndose borrado un tanto la relación entre ellos, porque ambos han desaparecido: primero, el Alcázar de Madrid, que consumió el fuego y que brindó a los primeros Borbones de España la posibilidad de edificar en su lugar el actual Palacio de Oriente; segundo, el «Chateau de Madrid», al borde de París, que destruyó la Revolución y que ya nunca fue reconstruido.

Pero tratemos de explicar el caso a base de los pocos elementos que nos ha legado la Historia. Al regreso de su cautiverio en Madrid, Francisco I se esforzó en el empeño de construir un gran palacio que llevase su sello específico y que sirviese de asiento a la corte de un gran reino. Este palacio se llamó Fontainebleau, tan visitado por el turismo. Pero conviene insistir en el deseo de Francisco I de crear algo propio, pues ya había reformado antes profundamente el castillo de Chambord, con cierta visión renacentista, aunque nunca llegó a considerarlo obra suya. Tampoco el castillo de Blois, que había sido la sede preferida de Luis XII. Por eso, sólo Fontainebleau, cambiando radicalmente su vieja estructura externa y volcando el Rey Francisco todo su entusiasmo en la decoración interna, lo consideraba como «mi casa». Pero al mismo tiempo que emprendió la gran obra de Fontainebleau, quién sabe si por una reminiscencia nostálgica o anecdótica de su cautiverio en la capital de España, allá por los años de 1528 ó 1529, mandó construir en París, dentro de lo que hoy es el «Bois de Boulogne», en la demarcación de Neuilly, el castillo que se llamó de Madrid, rodeado de un bosque rico en caza, lo mismo que

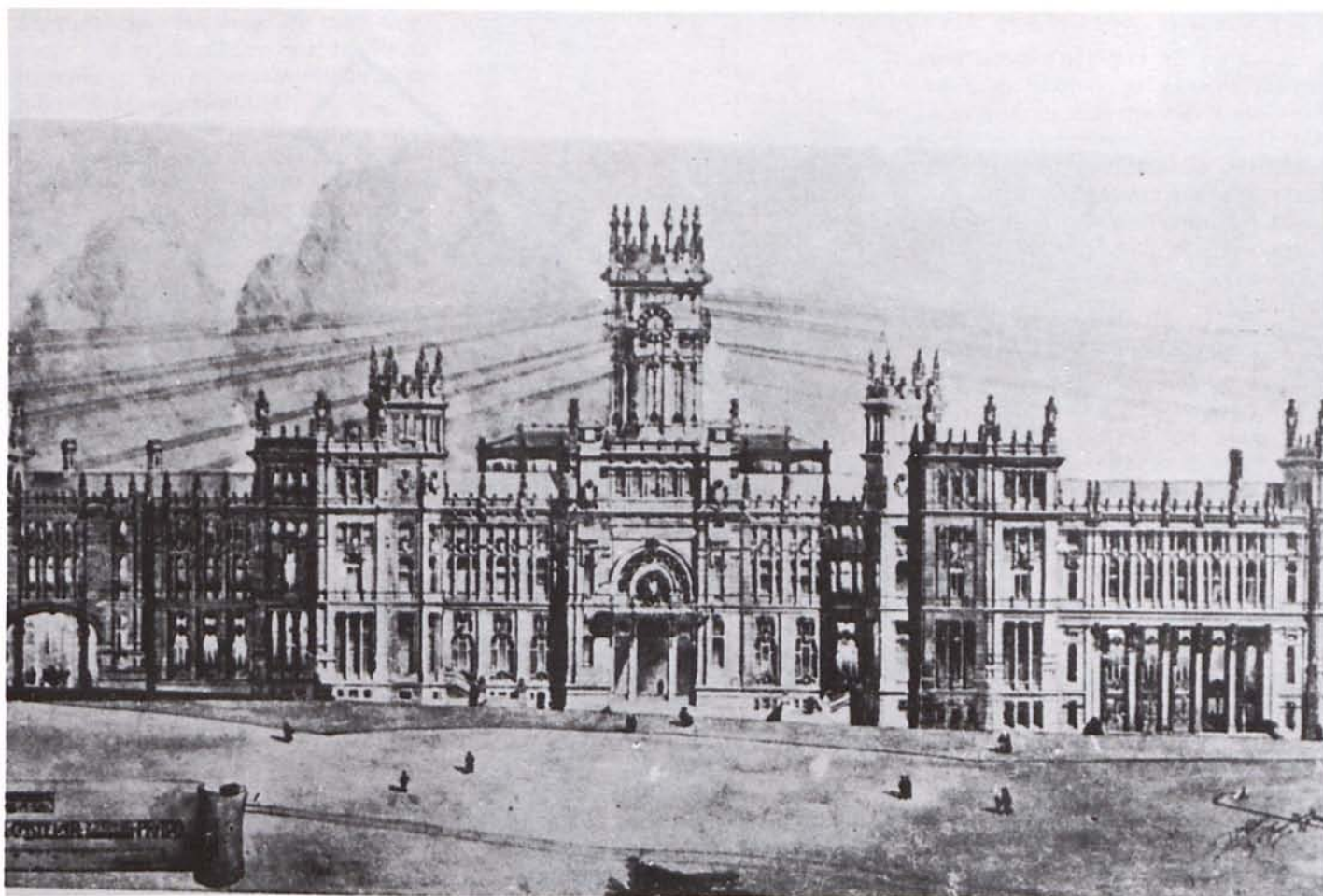
el regio Alcázar. Hay historiadores que aseguran que el verdadero nombre del castillo era «Chateau de Boulogne» y que los cortesanos, por evocación maliciosa, le dieron el sobrenombre de «Chateau de Madrid», pero lo cierto es que esta última denominación perduró y se encuentra en numerosas obras históricas.

León Manuel de Laborde, historiador de arte y arqueólogo francés de principios del siglo XIX y que en 1847 fue conservador del Museo de Antigüedades del Louvre, realizó unos felices intentos de reconstruir gráficamente el «Chateau de Madrid».

Es una pena que carezcamos de documentos fehacientes sobre la personalidad del arquitecto encargado de la construcción del «Chateau de Madrid» en Francia, aunque se cita a un tal Gadyer. Pero no cabe duda que, junto a la tradición francesa y al gusto italiano de la época, debió de influir asimismo el modelo del Alcázar madrileño, lo que nuestro grabado pone bien de manifiesto.

La ornamentación del conjunto estuvo encomendada al arquitecto italiano Jerónimo della Robbia, hijo del genial escultor Andrés della Robbia, tan famoso por sus barro cocidos y esmaltados. Hay quien asegura que Jerónimo della Robbia incluso fue el diseñador de los planos, en cuyo supuesto a Gadyer sólo restaría el papel de maestro de obras. Sea como fuere, está demostrado que Jerónimo della Robbia, que trabajó durante los primeros años de su vida en el taller de su padre, pasó en el año 1528 a Francia, llamado, como otros artistas italianos, por Francisco I, quien le puso al frente de los trabajos del «Chateau de Madrid». Este era un edificio amplio y bien trazado, a base de severas líneas renacentistas. Tenía cuatro pisos de altura, dos de ellos con galerías abiertas, al estilo italiano. Siguiendo la tradición familiar, Jerónimo della Robbia lo hizo decorar profusamente con medallones de barro cocido y con frisos. El Rey Francisco debió de facilitar al artista su labor cuando autorizó montar hornos especiales de cerámica en Suresnes.

La verdad es que la Corte de Francia habitó sólo esporádicamente el Chateau de Madrid, como residencia aneja a la capital del Reino. En tiempos de Luis XIV y Luis XV pasó a ser morada de algunos príncipes de sangre, como el Príncipe de Condé. Pero el edificio fue decayendo y, después de la Revolución, ya no volvió a reponerse de su estado ruinoso; antes bien, acabó por ser demolido, agregándose sus jardines al resto del «Bois de Boulogne». Quedan en éste hoy todavía, como perenne recuerdo, la «Route de Madrid» y la «Porte de Madrid».



EL PALACIO DE COMUNICACIONES EN LA ARQUITECTURA MADRILEÑA

No puede decirse que el Palacio de Comunicaciones sea desconocido ni urbana ni arquitectónicamente. Intentar ahora una nueva aproximación requiere, pues, una explicación previa. Analizando en general este tipo de monografías la obra en sí misma o, como mucho, ligada a la personalidad de su autor, queda casi siempre desatendida la relación de concurrencia histórica con su entorno. Por ello, aquí el propósito será presentar la arquitectura de Correos como un «centro de anudamiento» en que confluyan —solapándose y confundándose— las vicisitudes administrativas del servicio, las generales del sistema político y toda la dinámica ideológica y cultural en que se mueve Madrid a comienzos de siglo.

Por José Ramón ALONSO PEREIRA

HASTA el siglo XV —nos refiere Fernández de los Ríos (1)— apenas hay noticia de la organización de los Correos en España. Los

Reyes Católicos confiaron los de Andalucía a un magnate de su Corte, sucediéndose en este privilegio varios personajes que fueron propagando así el

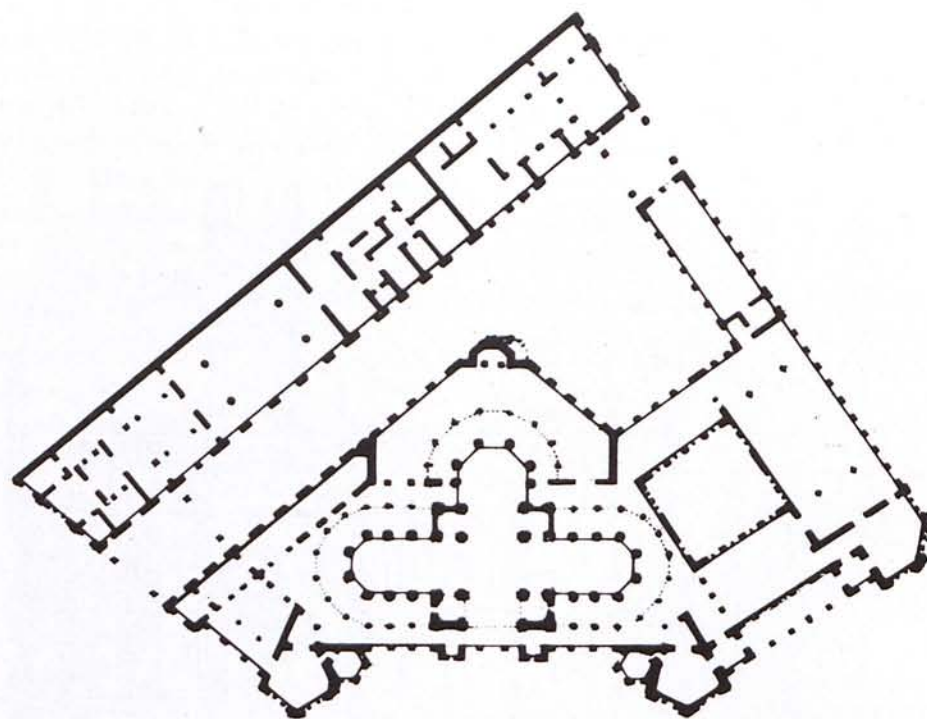
servicio postal por toda la Península previos contratos con la Corona. En 1706 se trató de que dependiera del Estado, y en 1736 se dio por primera

vez a luz una descripción general para escribir a todas las ciudades de España, villas y lugares más incógnitos de ella. Después comenzaron a ejercer la primitiva y omnímoda jurisdicción contenciosa del ramo de Correos y Postas los primeros Secretarios de Estado, y luego se creó un Tribunal superior que preparó la Ordenanza General de 1794...».

Entretanto, en 1759, había accedido al trono español el rey Carlos III, que venía dispuesto a revalidar en Madrid la reputación de gobernante ilustrado que había conquistado en Nápoles. Para ello y entre las medidas tomadas en los años iniciales de su reinado, se ocupó de la centralización administrativa de los servicios de Correos, ordenando la erección de un edificio destinado expresamente a ello y situándolo precisamente en la Puerta del Sol, por entonces ya considerada como el centro y corazón de Madrid.

En su calidad de arquitecto de la Villa, llegó a presentar planos para esta primera Casa de Correos el célebre Ventura Rodríguez, pero por distintos y no bien aclarados motivos (2) fueron preferidos los de Jacques Marquet, técnico francés que había venido inicialmente a Madrid como experto en asuntos de pavimentación urbana. Esta preferencia, aparte de dar lugar al conocido dicho «al arquitecto la piedra; la casa al empedrador», abriría involuntariamente el camino a las innumerables polémicas de tipo nacionalista y xenófobo a que tan íntimamente vendría unida la historia del Servicio de Correos.

Terminado el edificio en 1768, ese mismo año se instalaba en él la Casa de Correos. En sucesivas instancias la construcción sería ocupada no sólo por la Dirección de Correos y la administración del Correo de Madrid (o Correo Central), sino también por la Capitanía General, el Gobierno Militar y una guardia de prevención. Finalmente, en 1847 el Ministerio de la Gobernación se trasladó a ella desde el antiguo palacio de la calle Torija en el que estuvo en tiempos el Consejo de la Suprema Inquisición. Los servicios de Correos, viéndose obligados a desplazarse de la Puerta del Sol, tras una breve instalación provisional, se asentaron definitivamente en 1848 en el antiguo edificio de la Imprenta Nacional —previas algunas obras necesarias para ensanchar y facilitar el servicio de carruajes por la calle de la Paz (3)— que había sido construido medio siglo antes por los neoclasicistas Turrillo y Arnal tomando como modelo tipológico



0 50

PALACIO DE COMUNICACIONES
antonio palacios y j. otamendi

gico el de los palacios administrativos de la Curia romana, sobrio y severo.

Un nuevo problema se plantearía cuando ese mismo año de 1848, al organizarse en España el servicio de Telégrafos ópticos —y asimismo al establecerse más tarde las líneas del telégrafo eléctrico—, se estimó más conveniente políticamente la instalación de la estación central de ellos dentro del propio Ministerio de la Gobernación, deshaciendo así físicamente la unidad que administrativamente, sin embargo, se mantenía entre ambos correos, el antiguo y el nuevo correo virtual o «a distancia».

Próximos, pero separados; mal instalados ambos en locales extraños a su destino; inadaptados a los progresos técnicos del servicio introducidos en las últimas décadas, con el advenimiento de la Restauración se hizo evidente la necesidad de la reorganización tanto física como administrativa de sus servicios, y la dotación de una sede común diseñada al efecto.

En 1881, con la subida al Poder del partido liberal que encabezaba Sagasta, se tomó por primera vez conciencia del problema, encargándose al arquitecto y diputado de ese partido, Lorenzo Alvarez Capra —que ya en 1874 había levantado la Plaza de Toros de

Madrid junto con Emilio Rodríguez Ayuso— la redacción de un proyecto de Casa Central de Correos. Sin embargo, los liberales abandonaron el Gobierno al año siguiente, y con el cambio ministerial se cambió también el propósito, encomendándose ahora a Mariano Belmás como arquitecto que era del Ministerio, el proyecto y las obras de modificación y mejora del edificio existente. Con ello se suprimía —al menos temporalmente— la necesidad de una nueva edificación, y el proyecto de Capra servía sólo para tapizar las paredes nobles de la Dirección General.

Quince años después, las reformas introducidas por Belmás resultaban nuevamente insuficientes, y volvió a urgir la necesidad de afrontar decididamente la erección de un nuevo edificio proyectado y destinado de modo específico al Servicio de Correos.

Esta vez la iniciativa correspondería al partido conservador, cuyo Ministro de la Gobernación, Eduardo Dato, consiguió en octubre de 1899 la fijación dentro del esquilmado Presupuesto Nacional de los créditos necesarios para la construcción de un edificio con destino a Dirección General de Correos y Telégrafos, y administraciones centrales de ambos ramos con todas sus

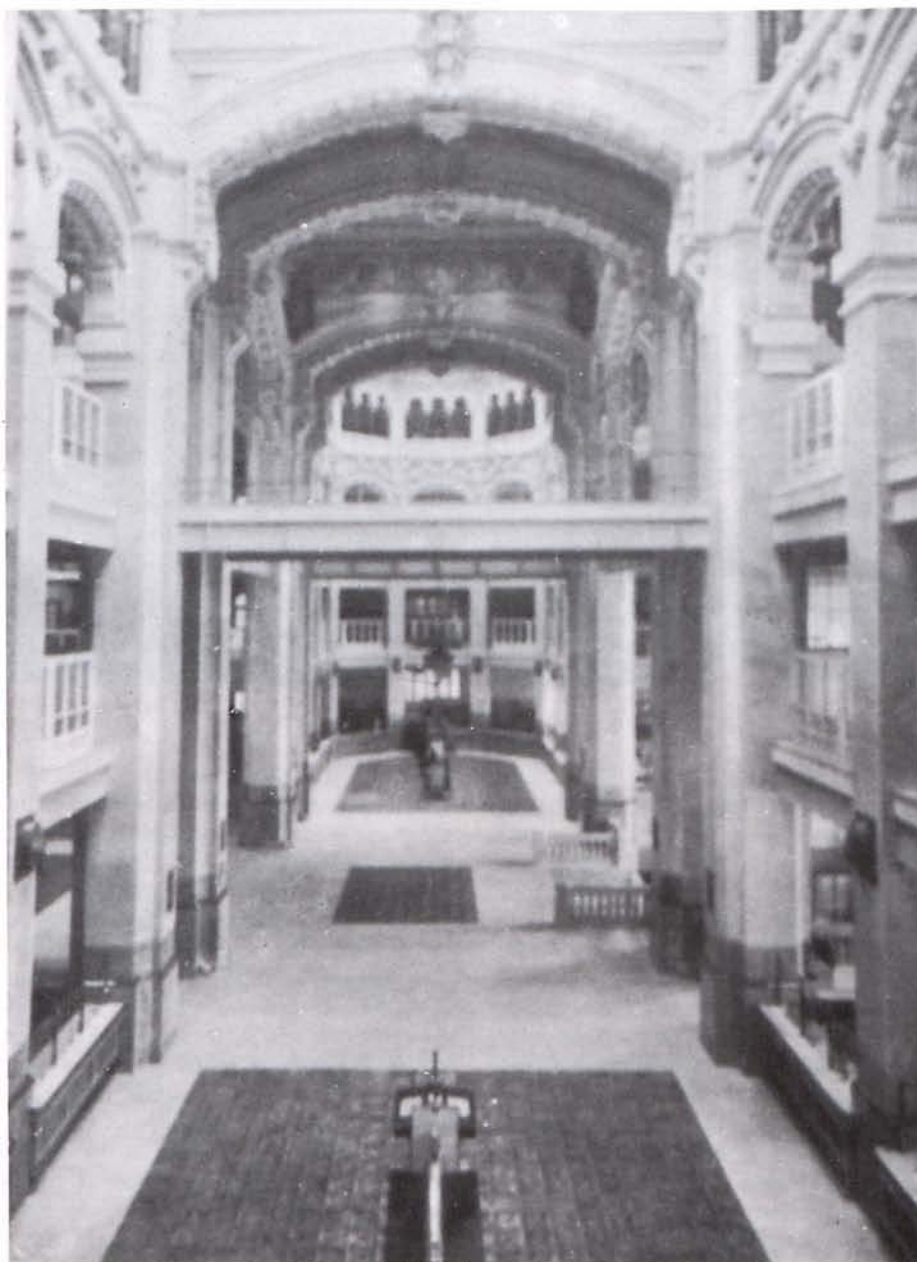
dependencias, las bases de cuyo Concurso serían firmadas por la Reina Regente en San Sebastián el día 24 de julio del año siguiente (4).

El edificio habría de construirse en la calle de Atocha, en el solar del antiguo Convento de la Trinidad que había ocupado hasta 1897 el Ministerio de Fomento. Sobre sus 6.164 metros cuadrados de superficie el Programa de Necesidades imponía un abigarramiento general entre los distintos servicios requeridos, pese a darse prioridad a los específicamente administrativos, en detrimento de los orientados a las atenciones públicas del servicio de Correos y Telégrafos.

Transcurrido el plazo de cuatro meses fijado, reunido el Jurado y fallado el Concurso, resultaron ganadores Joaquín Saldaña y Jesús Carrasco (5). Arquitectos ambos desde 1894, el equipo que formaban era ya conocido por haber obtenido sendas medallas en las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes de 1895 y 1897; y si bien tenían todavía una obra propia bastante reducida, venían suficientemente capacitados por su aprendizaje y colaboración con maestros de la talla de Juan Bautista Lázaro, Eugenio Jiménez Corera, o del propio Vicente Carrasco. Durante estos años habían destacado por la incorporación al panorama madrileño de un repertorio cosmopolita de formas nuevas —repertorio que en palabras de Cabello Lapiedra «...es moderno, es decir, no pertenece a ningún estilo determinado, siendo su tendencia el moderno barroquismo francés, o sea, la decadencia del arte arquitectónico» (6)— que introducirían decididamente en su victorioso proyecto de 1900.

Sin embargo, y en contra de lo que preveían las bases, el premio no trajo consigo la adjudicación de las obras. Ya durante el desarrollo del Concurso, pero sobre todo después de su fallo, algunos órganos de opinión habían atacado la inconveniencia urbana del emplazamiento propuesto, que viciaba el edificio desde su mismo origen. «Páguese el premio a los que acudieron al Concurso y búsquese otro sitio», llegaron a decir.

Estas alegaciones sirvieron al Gabinete liberal formado en marzo de 1901 para paralizar las actuaciones, encargando a Santiago Castellanos, Mariano Belmás y López Sallaberry el estudio de las posibilidades de readaptación del edificio de la Puerta del Sol a su primitivo destino, previo traslado de las oficinas ministeriales a otras dependencias. Lo complicado del procedimiento y las apremiantes reclamacio-



Gran nave del crucero en el vestíbulo central del público.

nes de los ganadores del Concurso hicieron que a comienzos de 1903 —vuelto al Poder el Partido Conservador de Silvela y Maura— le fueran finalmente encomendados a Jesús Carrasco los trabajos de desarrollo del proyecto necesarios para acometer su construcción. Pero tampoco esta vez lograrían dar comienzo las obras.

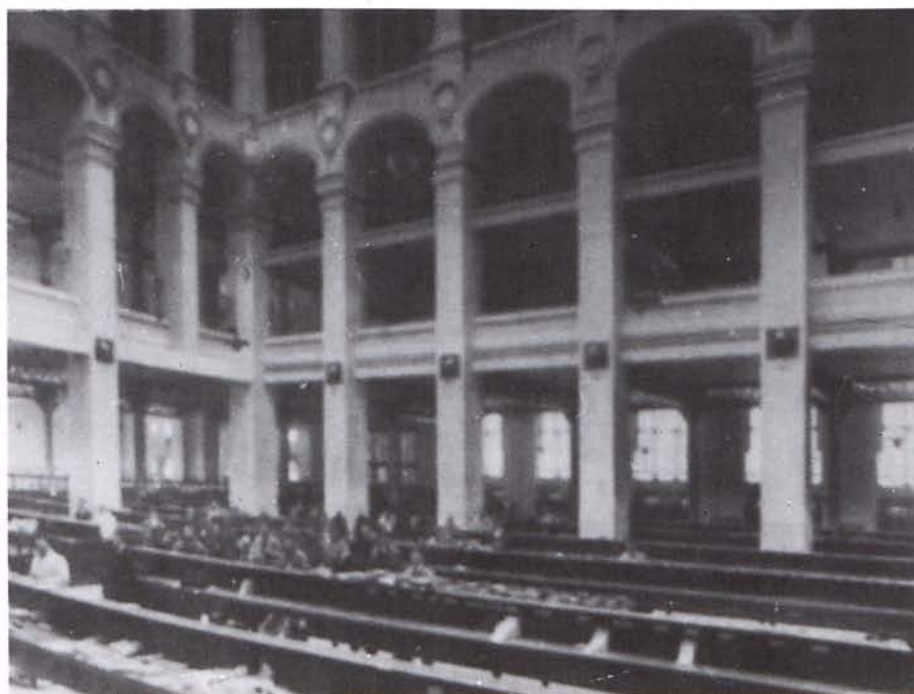
Las presiones sociales derivadas de los razonamientos técnicos que entendían francamente nefasta la ubicación —que si mala había sido para un órgano exclusivamente administrativo como Fomento, peor sería para un servicio con uso popular tan determinante— se redoblaron en los meses siguientes y fueron tan fuertes que hicieron suspender los trabajos de Carrasco en tanto

se encontraba un emplazamiento más adecuado.

Más adecuado sí, pero no menos conflictivo. Porque, como tantas otras veces, la idoneidad no llegó a conseguirse sino a costa del sacrificio público: en este caso, el de los Jardines del Buen Retiro.

Para ello las Cortes aprobaron el 17 de junio de 1904 una Ley por la que dicha Finca era enajenada y parcelada, destinándose parte de los solares resultantes a la edificación privada que vendría a financiar así —al menos parcialmente— la edificación pública programada.

De este modo, el 20 de agosto de ese año, Sánchez Guerra podía convocar el nuevo y ya definitivo Concurso,



Patio general de la Sección de Cartería Central.

en el que para un programa de necesidades sensiblemente igual al de cuatro años antes —mucho más minuciosamente detallado, eso sí— los 12.207 metros cuadrados que ahora se concedían, al doblar la superficie anterior, permitían organizar más holgadamente los diferentes servicios. No obstante, la reducción a la mitad del plazo de presentación de los trabajos dificultaba tan gravemente la participación de los concursantes que, junto con el conocimiento de las actuaciones anteriores, generó la fundada convicción de que pudieran existir «favoritos que, como se supone malévolamente, tienen ya más que planeado, a medio hacer su trabajo».

Por supuesto, la sospecha hacía referencia a Carrasco y Saldaña, quienes, pese a hacer dos años que no trabajaban conjuntamente, volvían a presentarse unidos a este nuevo Concurso. «Comprendemos —se dijo— que es justo el deseo de que sean estos arquitectos los favorecidos, indemnizándolos así de los perjuicios originados al no llevar a práctica un proyecto premiado del que eran autores; pero lo que no nos explicamos es por qué se anuncia un Concurso cuyo resultado está previsto».

Esta sensación, unida a la premura de tiempo, dio lugar a que uno de los certámenes públicos más importantes de la época —tanto por la categoría de su temática y la magnitud de la obra en sí, como por la trascendencia urbana de su emplazamiento— contase tan solo con tres propuestas concu-

rrentes, en dos de las cuales se notaba además la falta material de tiempo para concluir los trabajos (7). En estas circunstancias destacaban todavía más Saldaña y Carrasco que, aparte de las estudiadísimas fachadas y de las plantas reglamentarias, presentaban un corte longitudinal general y otro por la escalera principal, cuatro planos de detalles decorativos, y hasta un plano con el cálculo de la armadura del pasaje Montalbán-Alcalá.

Los hechos posteriores no sucedieron, sin embargo, de acuerdo con las previsiones lógicas. En contra de toda

especulación, la más incompleta de las propuestas presentadas, la menos ajustada a los patrones retóricos de este tipo de concursos, la correspondiente a los más jóvenes arquitectos, sería la elegida. El 23 de enero de 1905, Vadiello, como nuevo titular de Gobernación, firmó la Orden que adjudicaba el Premio al proyecto de Joaquín Otamendi y Antonio Palacios (8), asumiendo con ello el dictamen emitido por la Real Academia de Bellas Artes.

En él la resolución se basa en criterios predominantemente funcionales, por lo que, tras desecharse el proyecto presentado por Mario López Blanco y el ingeniero Montesinos, se rechaza el de Saldaña y Carrasco arguyendo que «se han pospuesto los servicios del público, a quien la construcción debe consagrarse, al establecimiento de una Dirección General con pretensiones de futuro Ministerio». Finalmente, al enfrentarse la Academia con el de Otamendi y Palacios no puede dejar de manifestar su admiración —«producto de una creación genial» lo llama—, y pese a encontrarlo «incompleto» y «perecedero y poco monumental en sus detalles decorativos» (¡!), y sin pronunciarse por el estilo ni por lo que subyace tras él, aconseja claramente su realización, otorgándole así el espaldarazo que lo consagra ante la opinión pública.

Verdaderamente, este proyecto «con las exaltaciones naturales de una creación en plena juventud —como escribió Fernández Shaw (9)—, es un hito en la arquitectura española», dentro de la cual surgía en un momento especialmente comprometido en el que, con



Pórtico y columnata de hurones en el Paseo del Prado.

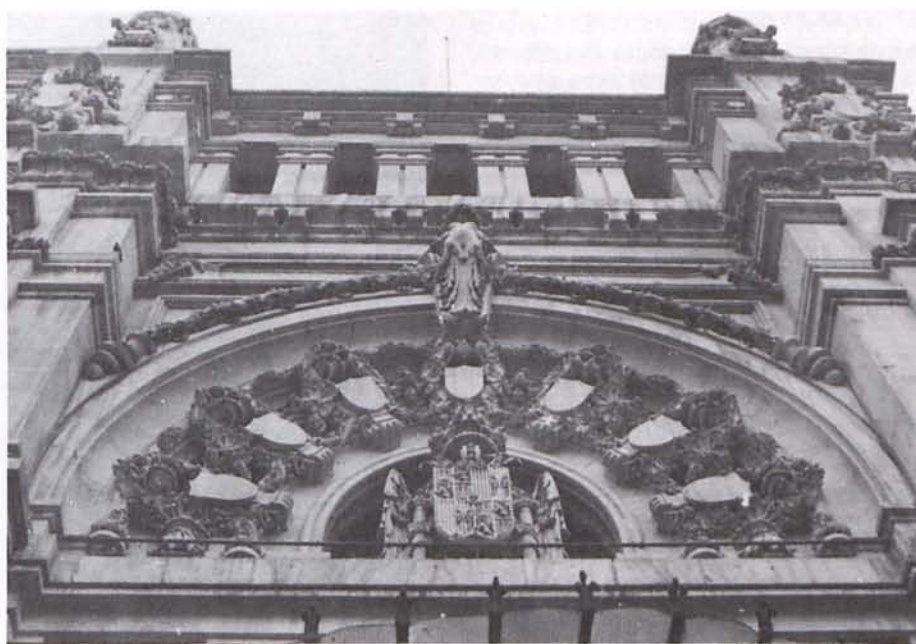
frase de Ortega «a primera vista nada ha cambiado, pero todo se ha vuelto de cartón y suena a falso».

El desastre colonial del 98, elevado a la categoría de Desastre Nacional, fue un auténtico revulsivo que venía a plantear un proceso revisionista en todas las estructuras nacionales y que, por supuesto, afectaba también a la Arquitectura.

Justamente en 1898, José Urioste proyectaba el Pabellón Nacional para la Exposición de París de 1900, en el estilo Plateresco propio del primer renacimiento español. Siendo reglamentario que cada país recordara en cuanto fuera posible lo más interesante de sus arquitecturas regionales o históricas, España ya había concurrido a las anteriores Exposiciones Universales con pabellones que indicaban de un modo tópico las particularidades más folklóricas de nuestra arquitectura. Pero en el pabellón de Urioste la significación es distinta, pues no se trataba tanto de expresar en él una imagen real pasada cuanto de invocar esa imagen para el presente, con una visión consciente o inconscientemente regeneracionista: en el momento en que el ser de España parece escaparse de entre las manos, Urioste —y con él toda una generación— se vuelve hacia el pasado en busca de una tradición que continuar, con clara voluntad análoga de enlazar con la etapa histórica en que España se reconoce a sí misma como nación, antes de proyectarse activamente hacia el mundo. Y así, y con independencia de la valoración intrínseca que pudiera merecer, el Pabellón de España adquiere de inmediato el valor de un verdadero manifiesto formal: el manifiesto de la Arquitectura de Regeneración en la España del Noventa y Ocho.

Al abordarse, pues, las perspectivas de regeneración arquitectónica desde la plataforma del reencuentro con la «veta brava del arte español» y definirse —como señala Unamuno— una oposición entre Modernismo y Eternismo, es claro que el proyecto de Palacios y Otamendi debe necesariamente inscribirse dentro de este último, pero como una versión enriquecedora y progresiva de él que en ningún caso limita su elección a la recuperación de un estilo del pasado, sino que asume y recoge las conquistas espaciales de la revolución industrial y los conceptos simbólicos de las arquitecturas centro-europeas coetáneas.

Precisamente el gran logro espacial de este proyecto consiste en trasponer la tipología de los Palacios de Exposiciones demiconónicos —las Catedrales del Progreso— a un organismo de



Arco triunfal de ingreso al Palacio.

servicio y administración pública. De este modo, el Palacio de Comunicaciones se constituye en un inmenso vacío arquitectónico de 50.000 metros cúbicos (10), en una inmensa catedral de piedra y hierro —Nuestra Señora de las Comunicaciones le llamaron pronto los chuscos— rodeada por cientos de oficinas que, como capillas absidales, la flanquean por todos sus lados.

Es sabido que Antonio Palacios trabajó antes de finalizar su carrera con Ricardo Velázquez; estos años no fueron desaprovechados, y ciertamente

el Palacio de Cristal del Retiro —«el mejor ejemplar de la arquitectura ferro-vítrea española»— está presente en la concepción de la Casa de Correos, como implícitamente reconocerá el mismo Palacios cuando la defina como «un inmenso fanal acristalado» (11). Porque ésta es, en efecto, su intención analógica por más que se exprese revestida de piedra. Esta voluntad lleva incluso a que el trazado del trébol de 1.200 metros cuadrados que conforma su planta coincida casi punto por punto —pilar con pilar— con aquél. La



Nuestra Señora de las Comunicaciones: composición general.

diferencia básica entre ambos es igualmente nítida: lo que en el Palacio de Cristal es ligereza e ingravidez, aquí se hace masa y fuerza, y lo que allí era transparencia, aquí cobra opacidad. Es más, a pesar de la común exhibición que se hace del hierro, poco tiene que ver la forma delicada y casi etérea del Pabellón del Retiro con esta nueva potencia que se complace en destacar la solidez de sus roblones, en competencia formal y expresiva con la tectónica de la piedra.

Distributivamente, el programa de necesidades del edificio «fue resuelto —como escribió Amezqueta (12)— de una manera hábil para compaginar un elemental y en ningún momento desdeñado funcionalismo con las exigencias



Inmenso fanal acristalado, rítmicamente modulado.



Libre interpretación del alfiz del s. XV en un acceso secundario.

estilísticas y representativas de la fachada (...), integrando perfectamente la monumentalidad simétricamente centralizada de la zona representativa de uso público con el desarrollo repetitivo, racionalmente tratado, de los locales de trabajo dispuestos con una flexibilidad casi total (...). La combinación de elementos repetidos y elementos variados en toda la fenestration del edificio es una prueba más de una seguridad y dominio del lenguaje realmente sorprendente».

Compositivamente, esta distribución es obligada a plegarse en el desarrollo de sus masas volumétricas para enfatizar en todo momento el cuerpo central. Así las torres que lo encuadran, a

la vez que puntos de referencia espacial, constituyen las bisagras que articulan el edificio, y su repetición formal, sutilmente modificada, en las demás esquinas genera nuevos elementos de unificación. Por último, la imagen general es acentuada verticalmente por una potente torre octogonal de 70 metros de altura —pensada como núcleo real y simbólico del edificio— provista de una instalación radiotelegráfica y de un reloj, centralizadores ambos durante muchos años del tiempo y de las comunicaciones nacionales. La conjunción de todo ello hace que un edificio extraordinariamente complejo y diferenciado en sus partes, resulte potentemente unitario en su conjunto.

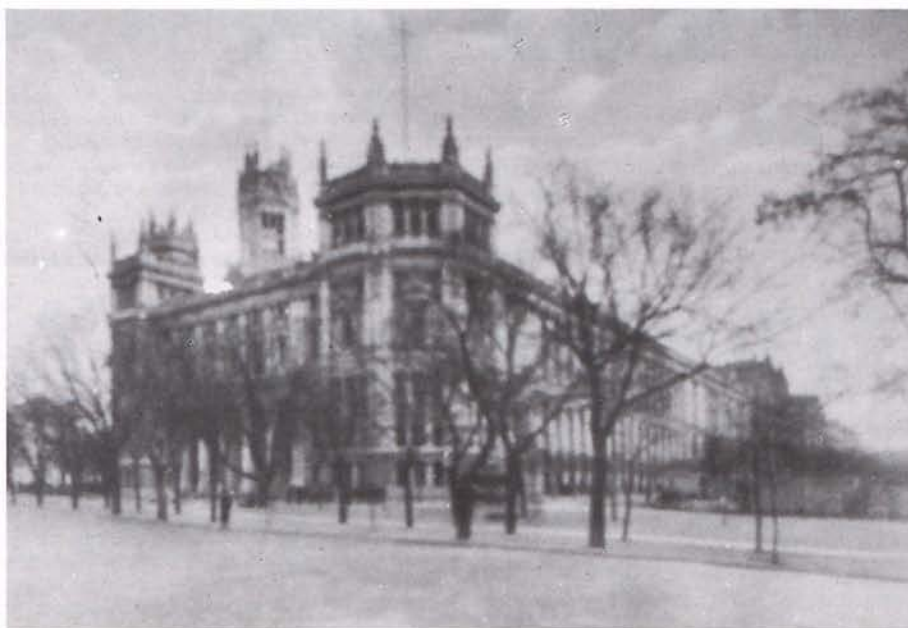
Va a ser, sin embargo, la cualidad tectónica antes señalada la que al desplegarse y aplicarse a todo el planteamiento figurativo del edificio, suponga de modo efectivo —y por encima de los planteamientos espaciales, compositivos o distributivos— una sacudida para el ambiente arquitectónico español en el que surge. Dentro de la problemática estrictamente estilística que acompaña al regeneracionismo arquitectónico, sus detalles estereométricos y ornamentales, clásicos y románticos, principales y accesorios —tomados tanto del plateresco nacional más conocido, como de la más contemporánea arquitectura centroeuropea de la Sezession e, incluso, de las fuentes más lejanas y eruditas de Persépolis— profusamente interpretados y mezclados y sin ningún tipo de rigor arqueologista, contribuyen a una más rica lectura del edificio, preparando el camino a su

más fácil difusión. «Era —como ya apuntó Amezqueta— una exposición de cómo unas evocaciones platerescas, y por tanto nacionalistas, podían aliarse con una inventiva formal y una libertad tectónica llevada a cualquier extremo (...), aunque haya que tener en cuenta que la evolución hacia una más intrínseca libertad lingüística que aparece germinalmente en este edificio quedase prácticamente inadvertida frente a sus originalidades ornamentales».

Por todo ello, la resonancia de este Proyecto y del significado que lo sus-



Riqueza plástica y estereométrica del edificio.



Visión en escorzo desde el Paseo del Prado.

tancia y trasciende, debía ser necesariamente extraordinaria. El momento estaba preparado para ello, y aunque para algunos parezca un revival más, para los mejores supone un verdadero alabonazo en el camino para la Regeneración Nacional: supone la versión arquitectónica de una voluntad compartida con otras esferas sociales y culturales correspondiente con el pensamiento «nacionalista» y «eternista» de la Generación del 98, desde Azorín a Unamuno, desde Zuloaga a Nonell, desde Albéniz a Granados...

Pero la dinámica política no dejará de seguir incidiendo sobre esta historia. Medio año después de fallado el Concurso, en junio de 1905, abandona el Gobierno el Partido Conservador y acceden a él los liberales; el cambio político afecta inmediatamente al proyecto de Casa de Correos, haciéndolo entrar en hibernación. Todo parecía señalar una vez más la paralización de lo actuado —en un repetido tejer y destejer la eterna tela de Penélope— cuando en enero de 1907, con la vuelta de los conservadores al Poder, se produce el impulso definitivo que va a traer definitivamente el Palacio de Comunicaciones a la realidad madrileña.

Con Antonio Maura y su programa nacional regeneracionista de «revolución desde arriba» entrará Ortuño al frente de las Comunicaciones, y a él —junto con el arquitecto Cabello Lapiedra como técnico— va a ir a partir de ahora unida la historia de Correos, pues no sólo va a dar el impulso definitivo al proyecto de Palacios y Otamendi —consiguiendo los créditos

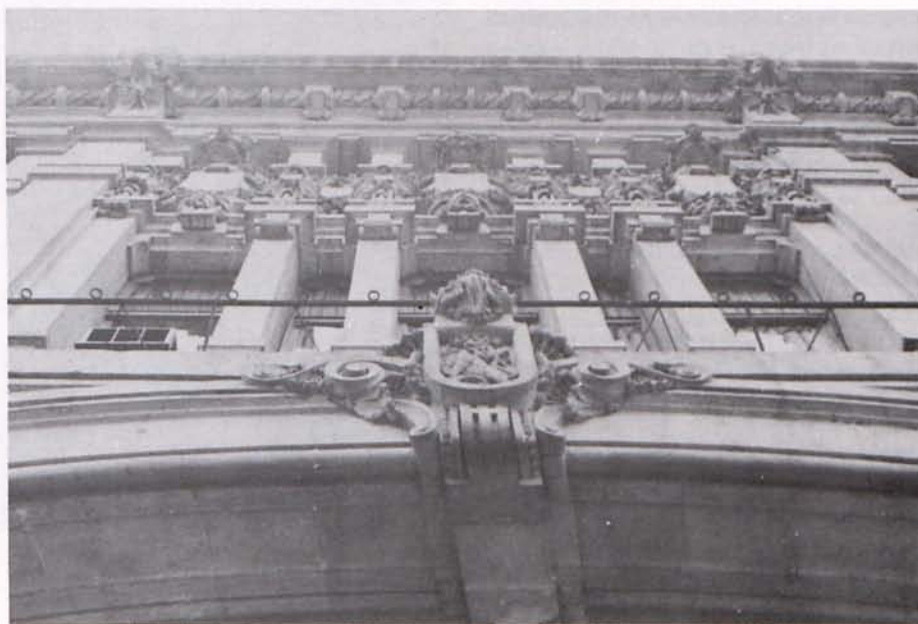
necesarios para poder comenzar las obras en otoño de 1907— sino que, trascendiendo esta actuación puntual, va a trazar un Plan general de construcción de nuevos edificios postales para toda España (13), que será aprobado por las Cortes en forma de Ley de Bases el 14 de julio de 1909, esto es, sólo tres meses antes de los sucesos de la Semana Trágica, y del apartamiento de Maura del Poder.

La reacción subsiguiente, protagonizada por el Gobierno de Moret, no sólo no desarrolló las Bases aprobadas, sino que dio al traste con las previsiones económicas del Plan. La docena de directores generales que se sucedieron

en Correos en los años siguientes poco o nada hicieron en ningún sentido, en tanto que las obras del Palacio de Comunicaciones continuaban muy lentamente entre el comentario popular y el análisis profesional y estudiantil.

Los acontecimientos de 1909 conllevaron un cambio de frente en un amplio sector social, hasta entonces sólo tangencialmente incorporado a los ideales regeneracionistas. Sin embargo, para cuando se produzca este cambio de frente se habrá verificado otra mutación fundamental en la estructuración histórica y en la significación de aquél, que en arquitectura se manifestará virulentamente por medio de recuperaciones de estilos y maneras pretéritas, de modo terco y obstinado. Así la componente histórica nacionalista que llevaba consigo la recurrencia del Regeneracionismo hacia las arquitecturas de un pasado «análogo» se convertirá en determinante y sustancial informador de los planteamientos conservadores de la segunda década del siglo (14).

La Sociedad Española de Amigos del Arte —constituida bajo los más altos patrocinios precisamente en 1909— va a ser el instrumento por el que las aspiraciones sociales conservadoras van a tomar cuerpo y, aprovechándose de la coyuntura histórica, acudir con fuerza al reto de los tiempos, ofreciendo su particular visión y estructura artística de ellos, con la intención de formular una ecuación histórica que podía concretarse en modelos y traducirse en formas. Y esta formulación conservadora del nacionalismo —el «Estilo Remordimiento»— es la que va a prender en el panorama



Cuerpo de enlace entre el Servicio de Correos y la Dirección General.

arquitectónico posterior a 1909-1911, superando los atisbos regeneracionistas anteriores.

Precisamente, en 1914 —vuelto Ortuño a la Dirección General y reorganizado por él definitivamente el Plan de Construcciones—, el movimiento de presión analizado conseguirá que al dictarse la Orden ministerial que regulaba los criterios a seguir en las nuevas edificaciones se aceptase e impusiese el «nuevo espíritu», obligando a las que se hubieren de edificar desde entonces —es decir, a todas excepto las de Madrid, Barcelona y Valencia— a sujetarse en su planeamiento y en sus detalles a la concepción conservadora del nacionalismo arquitectónico, claramente orientado ya en la dirección regionalista.

De su exacto cumplimiento vigilaría un Jurado en el que el peso efectivo era permanentemente ejercido por Cabello Lapiedra; junto a él Vicente Lampérez, Luis Bellido o Javier Luque, entre otros, que en modo alguno eran ajenos a sus concepciones estéticas, reforzaban y aquilataban su acción ejecutiva. Así —y a pesar de que «ante la bondad y excelentes cualidades de muchos de los proyectos presentados (a los respectivos concursos) no siempre ha sido posible hacer prevalecer aquel criterio artístico»— a lo largo de los años siguientes se aprovechó la estabilidad presupuestaria derivada de una coyuntura relativamente alcista para elevar toda una larga serie de Casas de Correos que, con mejor o peor acierto (15), propagarían por toda la geografía española la virtualidad de una disposi-

ción estético-administrativa que aspiraba a imponer también «desde arriba» el nacionalismo.

Sin embargo, el «tempo» histórico estaba indicando ya claramente un giro sustancial en el mundo. Los acontecimientos del verano de 1917 señalan —como de tantas otras cosas— el punto de inflexión del nacionalismo arquitectónico como suceso cultural con poética propia, sin que ello quiera decir que no continúe posteriormente el proceso de degeneración de sus formas, vaciadas ya de todo significado ideológico coherente. Como broche o remate final, el día 14 de marzo de 1919 los Reyes inauguraban oficialmente y con toda solemnidad el Palacio de Comunicaciones que, proyectado y comenzado con sendos Gobiernos mauristas, había sido concluido unos meses antes en pleno Gobierno de Salvación Nacional de Antonio Maura. Con todo ello se venía a cerrar simbólicamente una época, y la consunción del fenómeno cultural que llevaba consigo quedaba tácitamente certificada.

NOTAS

(1) Angel Fernández de los Ríos: «Guía de Madrid». Madrid, 1876, págs. 263 y ss.

(2) Pedro Navascués Palacio: «Jaime Marquet y la antigua Casa de Correos de Madrid», publicado en esta misma Revista, núm. 24/1967.

(3) Sobre estas vicisitudes y traslados, vid. nota 1.

(4) Datos tomados de distintos números de la revista «Gaceta de Obras Públicas», especial-

mente véase el núm. 36/1904, pág. 411; id. «Resumen de Arquitectura», núm. 10/1899.

(5) Es casi nula la bibliografía acerca de Saldaña y su generación. Véase mi estudio «Palacetes madrileños del Novecientos», publicado en esta misma Revista, núm. 64/1979.

(6) Cabello Lapiedra: «La exposición nacional de Bellas Artes», revista «Arquitectura y Construcción», núm. 9/1897.

(7) Vid. nota 4; véase también la revista «La Construcción Moderna» en sus números 2/1903, 16 y 21/1904 y 1/1905.

(8) Antonio Palacios (1874-1945) es, sin duda, una de las primeras figuras de la arquitectura española de nuestro siglo; a su vida y a su obra se hallan monográficamente dedicadas: «Revista Nacional de Arquitectura» núms. 47-48/1945, y «Arquitectura», núm. 106/1967, esta última con un estudio en profundidad de Adolfo González Amezqueta.

(9) Casto Fernández Shaw: Revista «Nacional de Arquitectura», cit., págs. 390 y ss.

(10) Todos los datos numéricos han sido tomados de la publicación editada por la Dirección General de Correos con motivo de la inauguración del edificio. A. Cobos: Heliotipia Artística Española, Madrid, 1919.

(11) Antonio Palacios: «Ante una moderna arquitectura», discurso leído ante el Instituto de España el día 6 de enero de 1940, editado por Ed. Magisterio Español, Madrid, 1945, páginas 16-17.

(12) González Amezqueta, rev. cit., páginas 14-15.

(13) Cabello Lapiedra: «Los nuevos edificios de Casas de Correos», revista «Arquitectura y Construcción», tomo III/1919, págs. 81 y ss.

(14) Sobre el tema del regeneracionismo y del nacionalismo en la arquitectura española, véase mi estudio «Luis María Cabello Lapiedra, arquitecto», en la revista «Estudios Pro Arte», en publicación.

(15) De estos concursos se obtuvieron muy dispares resultados, desde las célebres Casas de Correos de Bilbao, Málaga o León (de Zuazo, Anasagasti o Cárdenas, respectivamente), hasta las más folklóricas de Carlos Gato en Burgos o Yarnoz en Salamanca. Ninguna de ellas puede equipararse, sin embargo, en valor arquitectónico ni en significación al madrileño Palacio de Comunicaciones.

Andrés Saborit, ejemplo de concejal

Por BOROBÓ

DESDE que se formó la Conjunción republicano-socialista, el 7 de noviembre de 1909, ambos sectores políticos van juntos en las elecciones locales y legislativas, obteniendo cada vez mejores resultados. Hay ya, tras las elecciones de finales de ese año, socialistas en cuarenta ayuntamientos y dos diputaciones provinciales: la de Madrid y la de Vizcaya. Hemos visto en nuestro primer artículo sobre *Los socialistas en el Ayuntamiento de Madrid*, que Antonio García Quejido y Vicente Barrio, tras esas elecciones, sucedieron en el Concejo, el 1.º de enero de 1910, a Pablo Iglesias, Rafael García Ormaechea y Francisco Largo Caballero, que habían sido los tres primeros concejales del PSOE en la Corporación Municipal madrileña.

Fueron elegidos en Madrid, a finales de 1909, veinticinco concejales monárquicos y otros tantos de la Conjunción. Hubo una elección complementaria, el 15 de diciembre, en el distrito del Hospicio. El liberal Gaya derrotó al socialista Francisco Mora únicamente por cincuenta votos de más, bastante dudosos. Si hubiera ganado Mora, la Conjunción republicano-socialista hu-



biese obtenido la mayoría en el Ayuntamiento de la capital de la Monarquía.

Los datos referentes a 1915 estiman en sesenta y dos el número de conce-

jales socialistas en toda España, elevándose a ochenta y dos en 1917. Fue el año de la Huelga general revolucionaria, en que los cuatro dirigentes del Comité de Huelga, Julián Besteiro, Francisco Largo Caballero, Daniel Anguiano y Andrés Saborit Colomer habían sido condenados a cadena perpetua y recibidos en el Penal de Cartagena. «Casi con nuestro disgusto, sin preparación alguna —escribió Besteiro luego— los cuatro miembros del Comité de Huelga fuimos elegidos concejales por Madrid el 11 de noviembre de 1917. Aquello reveló una fuerza naciente, confirmada tres meses más tarde al triunfar como diputados a Cortes, por Madrid, Barcelona, Valencia y Oviedo, respectivamente».

Julián Besteiro había sido ya, en su tiempo de catedrático del Instituto de Toledo, concejal de aquel Municipio. Fuera elegido, en 1909, como miembro del partido republicano radical, pues todavía no era socialista. Al trasladarse a Madrid, una vez ganada la cátedra de Lógica en la Universidad Central, y afiliarse al PSOE, fue elegido, ya en 1913, concejal del Ayuntamiento madrileño. Su experiencia no resultó



Mercado «Tirso de Molina», cerca del Puente de Segovia, que se debe a la iniciativa de Saborit, cuando era Teniente de Alcalde de La Latina.

muy grata, pues desde el Penal de Cartagena, escribía (el 31-10-1917) así al escritor y político mallorquín Gabriel Alomar: «Mi verdadera condena empezó hace cuatro años, al pisar los umbrales del Municipio de Madrid. Allí han venido a concentrarse durante largos años todas las corrupciones del período que en la historia de España se llama la Restauración».

Hasta entonces, la actividad pública de Saborit había estado vinculada estrechamente, desde su adolescencia, a las organizaciones socialistas, tanto en la esfera sindical como en la política. Contaba quince años cuando ingresa en la Escuela de Aprendices Tipógrafos, fundada el año 1904, en el Centro de Sociedades Obreras de la calle de Relatores, 24, por Antonio García Quejido, presidente entonces de la

Asociación del Arte de Imprimir. Perteneció Saborit a la 1.^a promoción de la Escuela, junto a Cayetano Redondo, quien, al correr de los años, había de ser Alcalde de Madrid, durante la etapa del asedio en la Guerra de España. Aquella Escuela formaba parte de la Universidad Popular, en la cual daban lecciones jóvenes ateneístas, dentro de cursos nocturnos para enseñanza de obreros.

Ingresó al poco tiempo como era lógico, en las Juventudes Socialistas, que pronto llega a presidir. Representándolas asiste al IX Congreso del PSOE, celebrado en Madrid en octubre de 1912. Actúa también intensamente en la Federación Nacional de Tipógrafos y no tarda en ocupar puestos de máxima responsabilidad dentro de la UGT, así como en la Agrupación Socialista Madrileña. En el X Congreso del PSOE, reunido asimismo en Madrid, en 1915, se verificó la mayor renovación del personal directivo del PSOE, que había habido en los siete lustros transcurridos de su historia. Entran en el primer Comité Nacional elegido directamente por el Congreso, Besteiro, de vicepresidente, y Saborit, de vicesecretario. Pablo Iglesias, ya muy achacoso, seguía presidiendo el Partido, y Daniel Anguiano proseguía de Secretario-Tesorero. Ese Comité Nacional, en el cual figuraba también Largo Caballero, es el que afronta la dura prueba de la Huelga general revolucionaria.

Después de ella, Saborit pasó a ser secretario de actas, de la I Comisión Ejecutiva, elegida en el XI Congreso

LA TRAYECTORIA DE SABORIT

El caso de Saborit, que accedía entonces por vez primera a la Casa de la Villa, era bien distinto, a pesar de venir siendo, y nunca dejaría de serlo, el político socialista más identificado con las ideas y la acción de Besteiro. Siempre se sintió a gusto don Andrés Saborit en el Ayuntamiento. Tanto que declararía muchos años más tarde, en una conferencia de la que luego trataremos: «Si tengo que elegir entre diputado y concejal, concejal. Si tengo que elegir entre alcalde y concejal, concejal. Y aún siendo defensor de la política de la oposición, permitirme la vanidad de que os diga que no me disgustaría ser alcalde». No era vanagloria, pues fue el arquetipo de concejal socialista, el modelo que todavía ahora todos deben de contemplar como dechado de dedicación, interés y conocimiento, ante las cuestiones municipales.



Excursionistas del distrito de La Latina, acompañadas de sus profesores y del concejal Saborit, en la puerta del Palacio de Ríofrío.

(diciembre, 1918). Dejando de serlo durante el breve período en que el Comité Ejecutivo del PSOE estuvo dominado por los *terceristas*. Mas, en abril de 1921, volvió a la Ejecutiva con el puesto de Secretario-Tesorero, que mantuvo hasta el 5.º Congreso Extraordinario (julio, 1931), o sea mientras Julián Besteiro fue presidente del Partido.

GARCIA CORTES Y MANUEL CORDERO

A las elecciones municipales de febrero de 1920 presentó el PSOE candidaturas en 600 municipios. Fueron elegidos 578 concejales socialistas en 183 localidades. Aumentó considerablemente el electorado socialista en las zonas agrarias, pues salieron electos 83 concejales en Cáceres, 33 en Badajoz, 63 en Jaén, 41 en Córdoba. Pero se mejoraron las posiciones en Asturias y en Vizcaya, con 49 y 42 ediles respectivamente. Triunfaron las candidaturas socialistas en Bilbao, Gallarta, Sestao, La Arboleda... Rufino Laiseca fue el primer alcalde socialista de la capital de Vizcaya. La mayoría del Ayuntamiento de Mieres continuó siendo socialista y Llaneza su alcalde. Con el apoyo de los republicanos, Morales Robles fue el primer alcalde socialista de Jaén.

Por vez primera estuvo presente el Partido en todos los distritos de Madrid, sin ninguna alianza con los republicanos, pues se había roto la Conjunción republicano-socialista. Salieron elegidos siete concejales: el cochero Eduardo Alvarez, los periodistas Mariano García Cortés, Luis Araquistain y Antonio López Baeza, el panadero Manuel Cordero y los tipógrafos Andrés Saborit y Ramón Lamonedá.

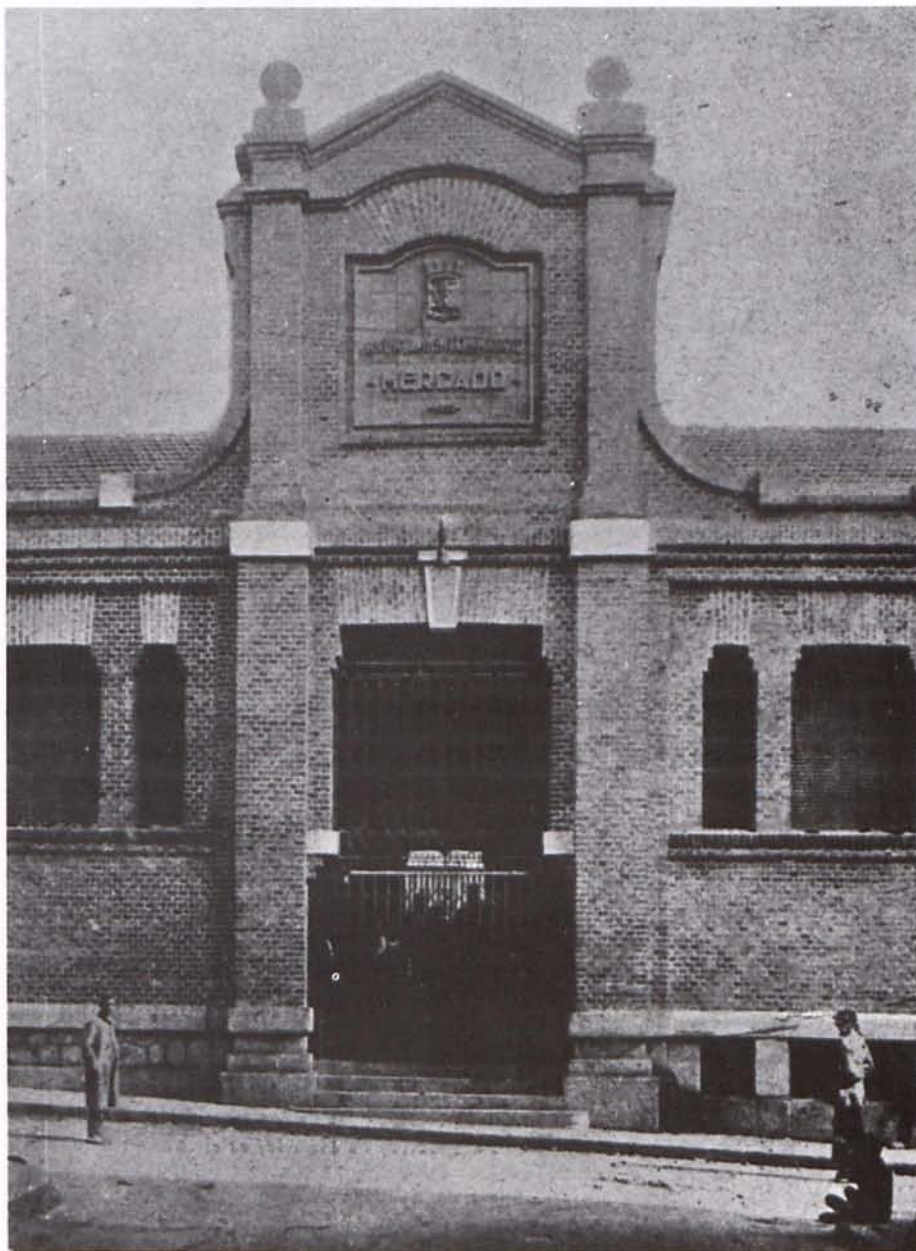
Entonces se desarrolla la enconada lucha interna en el PSOE, a consecuencia de la Revolución Rusa, entre los que deseaban que el Partido se integrara en la III Internacional y los que trataban de que continuaran perteneciendo a la Internacional Socialista. Con el pintoresco resultado dentro de la minoría del PSOE en el Ayuntamiento de Madrid «que de los cinco o seis elegidos se nos marcharon con los comunistas y con Romanones la mitad. Uno de ellos, un hombre muy conocido en aquella época, García Cortés, que fue nada menos que director del periódico (*El Socialista*) y secretario del Partido Socialista, y otro López Baeza», como señaló Saborit en la mencionada conferencia.

Valga añadir que don Mariano Gar-

cía Cortés había sido uno de los más decididos partidarios de la incorporación del PSOE al *Komintern*. Pero, inmediatamente después, dando una larga cambiada, pasó del Partido Comunista al liberal, que capitaneaba el traviesto Conde, siendo concejal romanista hasta que la Dictadura de Primo de Rivera disolvió a las corporaciones elegidas democráticamente. Siete años después, volvió a ser, como veremos, concejal durante la *Dictablanda* de Berenguer. Don Mariano era hombre de muy buen apetito y de jocundo carácter. Alternó su tarea edilicia con la de cronista municipal que ejerció hasta los últimos años de su larga existencia, llegando a ser considerado como el mayor experto en los problemas de la Villa, en el tiempo en que Saborit no

podía hacerle sombra, pues se hallaba en el exilio.

Ausentes los socialistas de los sillones edilicios en los años de la Dictadura del Marqués de Estella, seguían atentamente, sin embargo, desde su periódico los temas municipales. Un cronista de entonces (Antonio Alvarez Solís, padre del primer director de «Interviú»), recuerda en su *Anecdotario*, que «hacían cuando yo la información en el Ayuntamiento de Madrid, Mariano García Cortés para *El Imparcial* y Manuel Cordero para *El Socialista*, entre otros. Cordero usaba entonces unas barbas imponentes, vestía siempre traje de pana, llevaba invariablemente un bastón colgado del antebrazo izquierdo y por aquellos pasillos de las Casas Consistoriales y en el Pa-



Puerta principal del mercado «Tirso de Molina».



El Segundo Teniente de Alcalde, Alonso Puerta, coloca sobre el féretro que contiene los restos mortales de Saborit la faja y venera de Concejal. (Foto Juan González.)

tio de Cristales voceaba y discutía más que todos los concejales juntos. Era hombre de escasa o nula formación, pero de positivas luces naturales».

Manuel Cordero, hombre de asombrosa capacidad de trabajo, que le permitía atender a múltiples responsabilidades en la vida pública, había sido ya concejal —cosa que aquí se hizo constar— y volvió a serlo, elegido en las históricas elecciones municipales del 12 de abril de 1931 que acabaron con el Reinado de Alfonso XIII.

EL AYUNTAMIENTO DE LA DICTABLANDA

Caída la Dictadura de Primo de Rivera, el Gobierno del general don Dámaso Berenguer decidió que las Corporaciones Municipales quedasen constituidas, a partes iguales, por antiguos concejales y por los mayores contribuyentes de cada Ayuntamiento. Volvieron entonces, merced a esa fór-

mula, varios socialistas a la Casa de la Villa; entre ellos, Andrés Saborit, quien en un discurso en la Casa del Pueblo, pronunciado un mes antes de las mencionadas elecciones del 12 de abril, consideraba el hecho:

«Entramos en el Ayuntamiento —decía— hace ahora un año, y al entrar en aquella casa nos encontramos los servicios en peor situación que los habíamos dejado en 1923. ¿Qué finalidad podríamos llevar Araquistain, Gómez Latorre, Álvarez Herrero y yo? Haced un recuento de apellidos y no encontraréis ningún pariente nuestro enchufado en aquella casa.» Seguía presente en Saborit, discípulo predilecto de Pablo Iglesias, la preocupación del *Abuelo* por no hacer uso de las credenciales que permitían a los ediles colocar en el Ayuntamiento a sus parientes y paniaguados.

Pero no se redujo a la manifestación de su puritanismo administrativo, la tarea de Saborit en aquel cabildo de transición. Fue revisando la actuación

municipal durante el septenario de designación digital de los concejales y entrenándose para ejercer la autoridad municipal de modo más directo en el bienio próximo.

Prueba de ello se halla en su folleto titulado: *Los socialistas en el Ayuntamiento. Contra el convenio de tranvías* (Imprenta Municipal. Madrid, junio, 1930), que comienza con la siguiente exposición a la Comisión Municipal Permanente: «Designado el que suscribe, en unión de los señores García Cortes y Sánchez Bayton, bajo la presidencia, como Alcalde, del señor Marqués de Hoyos, para intervenir en la aplicación del convenio acordado en 8 de noviembre de 1926, entre la Sociedad Madrileña de Tranvías y el Ayuntamiento de esta capital, cree de su deber exponer por escrito el juicio que le merece dicho convenio, así como las observaciones que considera indispensable hacer a la política que en este aspecto desarrollaron los Ayuntamientos de la Dictadura».

El juicio de Saborit sobre el convenio de tranvías es claramente negativo y da idea de la seriedad y hondura con que abordaba los complicados asuntos municipales.

ALCALDES DE LA REPUBLICA

Se acerca el momento estelar de Andrés Saborit. Restablecida la Conjunción republicano-socialista, con el Pacto de San Sebastián, se forman candidaturas conjuntas de una y otra militancia, para las elecciones municipales convocadas por el Gobierno del Almirante Aznar, en el que ocupaba la cartera de Gobernación el citado Marqués de Hoyos, hasta entonces Alcalde de Madrid. Son designados candidatos para las concejalías madrileñas, los republicanos y los socialistas más importantes, residentes en la Villa y Corte. Así Besteiro, Largo Caballero, Saborit, etc., figuran en la candidatura republicano-socialista. Más, al triunfar ésta decisivamente, casi todos los nuevos concejales han de encargarse de los principales puestos del Gobierno de la flamante República.

Entre los que se reservan para regir el Ayuntamiento, destaca junto al nuevo Alcalde republicano, Pedro Rico, la personalidad de Andrés Saborit. A quien no se encomendó, en aquella histórica ocasión, la presidencia del Ayuntamiento, porque se consideró que no era conveniente entregar la Alcaldía de la capital de España, en los primeros momentos del nuevo régimen, a un militante socialista. Si bien, tras la obesa estampa de Pedro Rico, siempre ocupado en recepciones y actos públicos, quien encabezaba de veras la actividad municipal, era Saborit, como primer teniente alcalde, titular de la tenencia de alcaldía del distrito de La Latina, en el cual tan popular y querido era.

Desempeñó la Alcaldía, en efecto, durante los momentos iniciales de la República. Lo recuerda en su lección dada en la Escuela Socialista de Verano, sobre *Intervención Socialista en los Ayuntamientos*: «... Cuando yo era, interinamente, el primer alcalde del régimen, al bajar a despedir al que hasta entonces fue alcalde de la Monarquía, señor Ruiz Jiménez...»

Ejemplo de cortesía el dado por Saborit al descender las gradas de la casa de la Villa con el ex-ministro romanista, padre del actual político don Joaquín Ruiz Jiménez, quien ya había sido alcalde antes de la Dictadura, y lo volvió a ser durante los últimos meses



Remigio Cabello y Saborit, al pie del Reichstag en Berlín.

del Reinado de don Alfonso, sucediendo al Marqués de Hoyos.

EL SILENCIO DE SABORIT Y LA MEMORIA DE MUIÑO

Comenzó en ese instante Saborit, al frente de la minoría socialista en la Corporación madrileña, una labor edilicia tan interesante que ha merecido la atención de la *Fundación Friedrich Ebert*, desde el momento en que ésta inició su actuación en España. Promovió un estudio, realizado por un equipo de universitarios de la Facultad de Derecho, que becados por la Fundación, se encargaron de investigar el amplio tema. Fruto de ese trabajo ha sido el volumen *La acción municipal socialista en Madrid (bienio republicano, 1931-1933)*, obra de José Manuel Flores y Joaquín García Murillo.

Las dificultades que encontraron para la recolección de datos fueron, en algunos aspectos, insuperables. Empezando por el propio Saborit, principal fuente personal —por cuanto fue el máximo ejecutor de la política municipal socialista en Madrid— y documental —puesto que tenía en su poder numerosos documentos de la época, de gran importancia, algunos de primera mano—. Sin embargo, no les fue factible a los autores contar con la cooperación del viejo político e historiador socialista, suponemos que por excesiva modestia del interesado.

Tampoco pudieron contar con el testimonio directo de Manuel Muiño, singular colaborador de don Andrés, en la actuación municipal de aquel período republicano. Muiño «falleció cuando, al poco de comenzar el plazo de realización del trabajo, gestionábamos una entrevista con él», indicaban los atribulados autores. Pudieron utilizar, sin embargo —aunque no consta en su obra que lo hicieran—, el curioso informe del propio Manuel Muiño Arroyo, Concejal Delegado de Vías y Obras, acerca de lo que han hecho los socialistas para mejorar los servicios y la situación de obreros y empleados. Titulado *Memoria sobre la labor realizada por el primer Ayuntamiento de la segunda República Española*.

Muiño, persona simpatiquísima, visitaba cada mañana alguna de las muchas obras que entonces se estaban haciendo, bajo su impulso, para mejorar la Villa y mitigar el paro al mismo tiempo. Le acompañaba siempre, como informador para dar cuenta puntual de lo que se hacía, un jovencísimo redactor de *El Socialista*, según el mismo Muiño nos contó poco antes de morir. Aquel redactor, cuya figura en pequeñísimo tamaño puede apreciarse, en dos de las fotografías que ilustran la *Memoria* de Muiño, era Santiago Carrillo.

LAS FUENTES Y EL ESQUEMA

Flores y Murillo, ante la falta de testimonios personales, acudieron a las reseñas aparecidas en las publicaciones socialistas de la época, de las que sólo les cupo encontrar, y con dificultades e incompleto, *El Socialista*. Fue lástima que no buscaran en la Hemeroteca Municipal (con la signatura 433/4) la colección completa de la revista *Tiempos nuevos*, dirigida por Saborit y Muiño, durante el bienio 1934-36 (llamado negro), que siguió a aquél en que habían ejercido la autoridad municipal. Revista de singular interés urbanístico, da cuenta con profusión de planos y fotografías, de las novedades que los concejales socialistas tanto contribuyeron a introducir en la estructura urbana de Madrid y en los servicios vitales de la Villa.

En cambio, los autores del opúsculo patrocinado por la Fundación Ebert ahondaron en los datos seleccionados en el diario que había dirigido Saborit (inmediatamente después de la muerte de Pablo Iglesias), acudiendo a los archivos y actas municipales. «Irresoluble problema —afirman—. Muchos de

los documentos municipales de la época fueron quemados durante la postguerra; los documentos restantes permanecen mezclados con los demás que están sin clasificar desde el 1900. Lo que difícilmente se encuentran dan menos detalles que las reseñas de *El Socialista*.

No obstante las graves dificultades que obstaculizaron la labor de José Manuel Flores y Joaquín García Murillo, los jóvenes investigadores, pudieron reunir muchísimos datos que evidencian la fructífera tarea inspirada y promovida por Andrés Saborit y ejecutada, en buena parte, por Manuel Muíño. Sintetizándolo en un esquema que ha sido recogido, al pie de la letra, en la nota oficial dada por Gabinete de Prensa del Ayuntamiento de Madrid, el 29 de enero de 1980, con motivo del homenaje póstumo tributado, en la Plaza de la Villa, a don Andrés Saborit Colomer. Ningún resumen mejor podría hacerse de tal actividad y, por ello, también lo reproducimos como apéndice a este artículo.

LA LECCION DEL GRAN EDIL

Toda la impar experiencia de Andrés Saborit como edil obrero, fue volcada en la lección, repetidamente citada aquí, en la Escuela Socialista de Verano, durante el primer bienio de la República, y que fue editado años más tarde por la Secretaría de Propaganda del PSOE en Francia (Pau), mayo, 1945. Se trata de una lección que no ha perdido la menor actualidad. Debía ser reeditado este folleto, titulado, como ya dijimos, *Intervención socialista en los Ayuntamientos*, no sólo para enseñanza de los concejales de su Partido y de su Municipio, sino para cualesquiera otros de distintas organizaciones y de diversas localidades.

Resplandece en la lección estival el buen sentido, el tino, la moderación de Saborit, enteramente de vuelta de cualquier tipo de demagogia. Podrían elegirse muchas frases magistrales —sí, de maestro— en su discurso. Demos, como final de este largo artículo, escrito el mismo día del entierro del gran edil, unos párrafos elegidos al azar:

«Como no tengamos en los pueblos españoles, modestamente, buenos alcaldes y buenos concejales, aunque en la cumbre tuviéramos la gloria del mundo, si nos falta esa base en las localidades pequeñas y medianas de España, esa gloria se hunde en el descrédito más extraordinario, con un daño irreparable para los ideales socialistas.»

«No podemos nosotros, socialistas,

pertenecientes a oficios manuales, hacer una especie de galardón de nuestra incultura, de que somos obreros auténticos, de que despreciamos a los teóricos. No; eso en cierta época primitiva del movimiento obrero era disculpable; hoy no. Hoy hay que llevar a esos sitios hombres con preparación y esa preparación, lo repito, cuesta dinero.»

«En la Constitución está garantizada la autonomía municipal; pero yo digo que no os fiéis, porque la autonomía municipal, para ser una realidad, necesita en España dos cosas: independencia económica de los Ayuntamientos y una educación política austera.»

Saborit hablaba como un libro abierto.

APENDICE

Esquema de la actuación de Saborit, al frente de la minoría socialista, en el primer Ayuntamiento de la República:

a) Oficina de Urbanismo, proyectos de extrarradio y ensanche. Existió un plan exclusivamente socialista de ordenación del extrarradio, así como un proyecto de ordenación regional que abarcaba desde la sierra de Guadarrama hasta el río Jarama, proyecto que puede considerarse como revolucionario para la época.

b) Ordenación de espacios libres en Madrid, especialmente, regulación y apertura de la Casa de Campo, realizada casi en su totalidad a instancias de los socialistas.

c) Política de municipalización de servicios, bien total o en consorcio con empresas privadas (por ejemplo, la industria del pan).

d) Ordenación del abastecimiento de Madrid, regulando el sistema de mercados, con intervención y control del Ayuntamiento en los mismos, con una correspondiente regulación de precios de artículos de primera necesidad.

e) Política de enseñanza. Como dato indicativo, a finales del 31 se habían inaugurado más de 200 escuelas en Madrid.

f) Control del Ayuntamiento sobre el sistema de transportes, tanto a nivel tranviario como respecto al Metro, al que se intentó restar autonomía en el funcionamiento y construcción de nuevas líneas, que debían ser aprobadas y proyectadas por el Municipio. (Por ejemplo, la actual línea en construcción, Quevedo-Ciudad Universitaria, fue propuesta formalmente por la minoría socialista en agosto del 31).

g) Proposición de ley (iniciativa de Saborit) sobre sanidad urbana a nivel nacional, uno de cuyos artículos obligaba a los Ayuntamientos a efectuar una clasificación de la totalidad de los inmuebles existentes, en función de varias categorías calificadoras de su estado sanitario, así como la previsión de graves sanciones penales para los propietarios o constructores que no se ajustasen a las ordenanzas municipales

que debían desarrollar el articulado de la ley.

j) Reforma de la Hacienda local, tanto a nivel de aumento y modificaciones de los arbitrios municipales, como en lo que respecta a procedimientos presupuestarios. Dato muy importante a este respecto es una proposición de ley, a iniciativa de Saborit, donde, creemos que por primera vez, se gravaba fortísimamente la plusvalía del suelo, sometida a constantes alzas, en función de la especulación naciente en aquel momento.

k) Construcción de casas baratas, utilizando las posibilidades que ofrecía la Constitución del 31 respecto a expropiación e incautación sin previo pago.

l) Intervención socialista en un amplio movimiento popular, que se produjo con objeto de reformar la legislación de alquileres vigente, que determinaba una posición jurídica prepotente por parte del arrendador.

m) Reorganización interna de los servicios municipales, basada tanto en la eficacia (iniciativa de Saborit) como en una mayor democratización interna y cara al exterior (a título indicativo: se obligó a las tenencias de alcaldía a establecer tablones en el exterior con relación de servicios, horarios, procedimientos, etc., y, asimismo, se preparó una revista de servicios municipales, con objeto de una permanente información ciudadana; otro dato a resaltar es la propuesta socialista de profesionalizar el cargo de concejal, con incompatibilidad de otros puestos y retribuciones, intentando tecnificar al máximo la función).

n) Obras públicas en general, pavimentación, alumbrado, reforma de calles, alcantarillado, etc., labor matizada por uno de los mayores problemas que gravitaba sobre el Ayuntamiento: el paro.

(Fotografías publicadas en «Tiempos Nuevos».)

LA ANTIGUA INCLUSA Y BARTOLOME HURTADO

Por José Luis BARRIO MOYA

LA discutida decisión de Felipe II de trasladar la Corte desde Toledo a Madrid en 1561, planteó a la nueva capital una gran cantidad de problemas de todo tipo. Madrid, aunque había sido una villa de cierta importancia durante la Edad Media, no podía compararse con otras ciudades castellanas, como Toledo, Burgos y Segovia, que habían desarrollado una importante infraestructura urbana motivada por su destacado papel político y económico. Con la llegada de la Corte a Madrid llegaron también la nobleza, las órdenes religiosas, los embajadores, los Consejos y la bu-

rocracia. La población aumentó de manera espectacular y surgieron problemas de abastecimiento y de vivienda, que tardaron mucho tiempo en solucionarse. Madrid se convirtió en una ciudad bulliciosa y abigarrada, en la que pululaba un ejército de pícaros y menesterosos. La falta de hospitales para atender a los enfermos hizo que la Iglesia fundara algunos centros asistenciales que junto a los que existían de antiguo, como el desaparecido Hospital de la Latina, pudieran atender al cada vez mayor número de pobres y necesitados.

El origen de la Inclusa madrileña

hay que buscarlo en una pequeña cofradía que bajo la advocación de Nuestra Señora de la Soledad y de las Angustias se estableció, en el año 1567, en el convento de Mínimos de la Victoria, cuya comunidad cedió, generosamente una capilla de su iglesia para tal fin. Esta cofradía estuvo formada, en su principio, por un grupo de nobles y algunos frailes, y su primera acción fue la fundación de un pequeño Asilo donde pudieran recogerse aquellos enfermos convalecientes que al salir de los hospitales no tenían donde refugiarse, y «a los clérigos extranjeros que siendo pobres, y es-



La Puerta del Sol en el siglo XVII, según el Plano de De Wit.

tando enfermos no tenían donde curarse» (1).

El día 23 de septiembre de 1567 la cofradía celebró su primera junta general en la que se aprobaron los estatutos por los que se regiría la fundación. El Asilo y los gastos que ocasionaba eran sufragados por las cuotas de los cofrades y por algunas limosnas del rey y del ayuntamiento.

Felipe II regaló a la cofradía una imagen de la Virgen de la Paz rodeada de ángeles y con un niño a sus pies, que un soldado había traído de la ciudad holandesa de Enkhuissen. La imagen muy pronto fue objeto de una especial veneración por parte del pueblo de Madrid, que castellanizó su nombre en Inclusa. La devoción popular a la Virgen de la Inclusa hizo que la cofradía recibiera muchas limosnas de los feligreses, lo que aumentó extraordinariamente los recursos de la misma. Decidieron los cofrades ampliar su acción benéfica y, en la junta de mayo de 1572, aprobaron como nueva misión el recoger y cuidar a los numerosos niños recién nacidos que se abandonaban en calles, portales, escaleras, ventanas y pórticos de iglesias. Para ello el 1 de marzo de 1586, el Hospital de Niños Expósitos de la Inclusa, nombre por el que fue conocida la cofradía, quedó incorporada al Hospital General. Tal decisión fue negativa para la Inclusa, ya que las dificultades para asistir a enfermos tan diferentes en una misma casa fueron muchas. Ante tan confusa situación, el 23 de abril de 1587 los niños expósitos fueron trasladados a una casa sita en la Puerta del Sol, entre las calles de Preciados y del Carmen. Allí se recogía no sólo a los niños abandonados en las calles, sino también a los recién nacidos en los hospitales de la Pasión y los Desamparados, así como los depositados en el Refugio. Fue tan grande el número de niños que diariamente entraban en la Inclusa que pronto la casa se quedó pequeña y hubo necesidad de ampliarla, adquiriendo la cofradía varias edificaciones contiguas. Los nuevos y numerosos gatos motivaron que la Inclusa quedara sin fondos, por lo que tuvo que dirigir un memorial al rey Felipe III, en febrero de 1615, dándole a conocer la precaria situación por la que pasaba el Hospital. El rey, por una cédula de marzo de 1616, concedió una renta anual de 10.000 ducados sobre la sexta parte de las casas de Madrid. Con la ayuda mejoró la situación económica, aunque no se resolvió totalmente el

problema, ya que «en 1620 había mil y trescientos niños, y se gastan cada año 18.000 y mas ducados, y es milagro que no teniendo de rentas mas de diez mil, la caridad de los buenos suple lo que falta al gasto» (2).

En 1651 la primitiva cofradía de Nuestra Señora de la Soledad y de las Angustias se extinguió, tras haber sostenido un complicado pleito con el Hospital de la Inclusa, que resultó favorable a este último. A partir de entonces el Hospital se colocó bajo la advocación de Nuestra Señora de la Caridad y de San José, y con este título figura en el plano de Texeira de 1656, aunque siempre fue conocido por «la Inclusa». La desaparición de la cofradía hizo que el Hospital tuviera que crear una administración propia que estuvo formada por «un Administrador, un Rector, un Contador, un Tesorero y un Oficial de Libros» (3). La nueva administración tuvo que hacer frente de inmediato al acuciante problema de la falta de espacio para acoger al cada vez mayor número de niños abandonados. Las casas que formaban el conjunto de la Inclusa eran pequeñas y carecían de las condiciones necesarias para cumplir con su misión. Para resolver esta dificultad de una vez para siempre los administradores decidieron levantar un hospital de nueva planta en el mismo lugar de la Puerta del Sol, y recurrieron a un joven arquitecto que ya debía gozar de un cierto renombre: Bartolomé Hurtado. Este dato fue ya dado a conocer por Virginia Tovar de manera muy escueta, en su libro sobre los arquitectos madrileños de la segunda mitad del siglo XVII, donde dice simplemente que Bartolomé Hurtado «declara haber hecho la obra de la Inclusa» (4). Hoy, sin embargo, podemos ofrecer la documentación completa sobre la obra, con sus condiciones y detalles.

El contrato para la nueva edificación se hizo ante el escribano Alonso González de Coca en los términos siguientes:

«En la villa de Madrid a primer día del mes de abril de mil y seiscientos y cinquenta y quatro años ante mi el escribano y testigos parecieron presentes el licenciado D. Andrés de la gandarra presbitero administrativo del hospital Real de niños espositos de N.ª Sr.ª de la ynclusa desta corte de la una parte y de la otra Bartolome Hurtado maestro de obras Vecino desta dha. villa y el susodho. = dijo que por quanto por mandado y de orden de los sres. de la Junta de ospitales

Reales y en especial de los sres. Don Antonio de Contreras cavallero de la orden de calatrava del cons.º de Camara de Su Magd. protector de ellos, D. Miguel de Salamanca cavallero de la orden de Santiago del cons.º de Hacienda y D. Francisco Sardeneta y Mendoza de la mesma orden Regdor. desta villa ajusto los precios y Condiciones con que se a de Hacer la obra de dho. Hospital y de ellos dio memoria a los dhos. sres. y aviendola bisto mandaron que el suso dho. otorgase escriptura en la conformidad avajo y por declarado y poniendolo en efeto desde luego se obligo Hazer la dha. obra con las condiziones y en la forma sigte.

— *Cada pie cubico de mamposteria de piedra de Caramanchel y la haz de afuera en lo que se ve de la fachada de pedernal con buena mezcla de cal y arena a precio de treinta y ocho mrs.*

— *Cada pie cubico de albañileria con buena mezcla de cal y ladrillo colorado con la parte de afuera y rosado por la de dentro a precio de cinquenta mrs. dandole el ladrillo al dho. Bartolome Hurtado en la obra mitad rossado y mitad colorado a precio cada millar de diez ducados y que sea conforme tiene echa escript.ª de contento con la perssona que se lo de.*

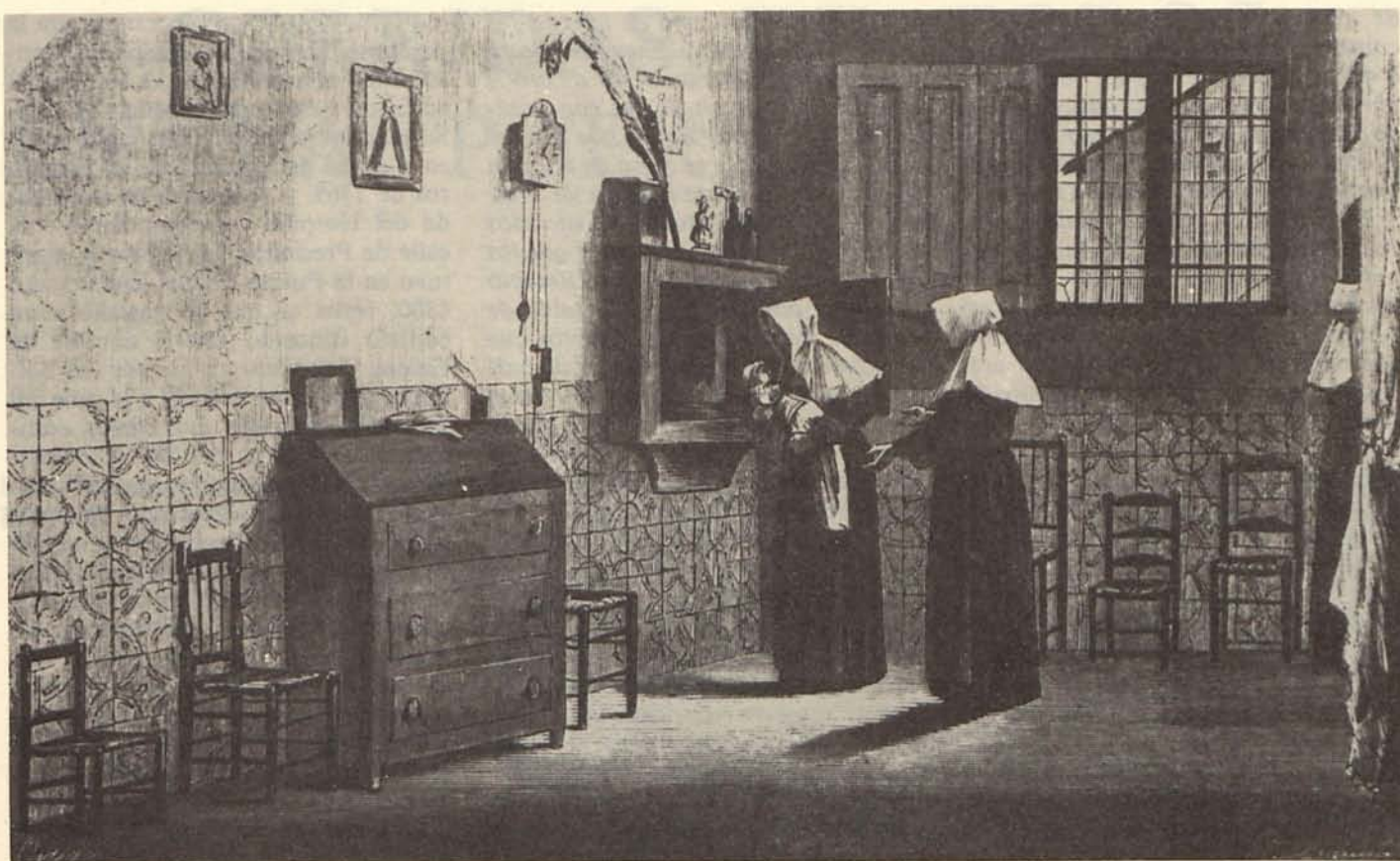
— *Cada pie cubico de ventana donde se ofrecieren en la obra pagandose los por los marcos de los circulos o espejos del postrer cuerpo de la fachada.*

— *Por el engorro que tiene para fabricarlos a precio de sesenta mrs.*

— *Cada pie de vigas de tercia y quarta puesta en obra de carreras y de pie derechos ençapatados y labrados como mejor convenga para buena obra a precio de once Rs. y dandole la madera en la obra a sesenta y ocho mrs.*

— *Cada pie de carrera o pies derechos de quarta y sesma como se ofreciera labrarla para buena obra por precio de dos rreales y catorce mrs. y que se le diese la madera en la obra por precio de treinta y seis mrs. y an de ser las dhas. carreras de tercia y quarta y sesma de larga de veinte y seis pies y de altura delante quanto largas se pidieren.*

— *Que asentare cada biga de quarta y sesma al largo y como conbiniese al ancho que esta la obra comenzada labrandola de bovedilla y forjándola de yeso negro dada de llana raspada rematandola de yeso negro a precio de quarenta y seis reales y dandole la biga en la obra haciendo todo lo nezess.º para que quede en perfeccion de yeso negro a precio de Diez y ocho reales cada una.*



La célebre «Sala del torno».

— Cada pie de biga de quarta y sesma (que su largo a de ser veinte y quatro a veinte y cinco pies) puesto en armadura de los tejados echos su jarrete y picadera y como mejor convenga para su buena obra perdidos los clavos y todo lo necess.^o asta ponerla en perfecion para el efeto que sirviere a precio de sesenta y seis mrs. y asi se le diere la viga en la obra a precio de beinte mrs.

— Que asentare cada teja de la rivera o San martin bien enrripiada con el lomo lleno de varro y rematado de yeso cavalletes y espaldares a precio de diez mrs. y si se enlecharen de cal que assi conbiene para ser buena obra porque se pone mas fuerte y no crian yerva a precio de once mrs.

— Cada pie de tabique que llaman Madrid donde cargan los suelos quadrados y armaduras del grueso y conforme a los que estan en la obra nueva de forja a precio de cinquenta y un mrs.

— Cada pie de tabique de madera de a ocho o de a diez doblado en forja a precio de treinta y dos mrs.

— Cada pie de ventana o postigo mezclado de obra de madrid con tableros de nogal y fijado por precio de siete reales y quartillo.

— Que asentara cascos de puerta o

bentana chica o grande por precio de seis Rs. y tres quartillos perdidos los clavos y lo nezess.^o para asentarlos.

— Cada tapia de cinquenta pies cuadrados de blanqueo de buen yeso blanco tendido con llana y lavado con paño delgado a precio de quatro Rs.

— Cada ladrillo o mocexon raspado y cortado y asentado con buena mezcla de cal por precio de diez y siete mrs.

A los quales dhos. precios el dho. Bartolome Hurtado se obliga de hazer la dha. obra del dho. ospital y no reclamar contra ellos por ninguna causa ni rrazon que aya y con las dhas. condiziones que el suso dho. dio en la dha. memoria las quales avien-dolas bisto se ajustasen en la manera siguiente.

— es condizion que a de dar toda la dha. obra acavada sin que falte cosa alguna de ella en toda forma para el dia ocho del mes de diziembre que viene deste presente año de seiscientos y cinquenta y quatro y no haziendolo pagara todos los daños Costes y gastos que se siguiesen al dho. ospital por lo qual consiente y se le pueda apremiar a la paga y para la liquidacion de todo lo que montase a de ser vasntante la declaracion simple del dho. administrador y le releva al dho. ospital de

otra prueba ni justificazion aunque de derecho se requiere.

— es condizion que se le an de dar al dho. Bartolome Hurtado los desposjos que se quitasen de los aposentos y casas donde se ubiere de fabricar por la costa y en recompensa por lo que el suso dho. a de gastar en derribarlo y despejarlo de tierra y brozas y abrir cajas y despexar la tierra.

— es condizion que para que el dho. Bartolome Hurtado pueda empezar a prebenir materiales se le an de dar y pagar por quenta de lo que montare la dha. obra cien mill y quinientos rreales en moneda de vellon y toda la madera y ladrillo que fuese pidiendo.

— que las demas cantidades que montare toda la dha. obra de manos y materiales en la manera referida se le a de yr pagando al dho. Bartolome Hurtado conforme lo que tubiere hecho y fabricado en dia haciendo tanteo de ello y de los materiales que hubiere puestos que an de passar de cien ducados sin que la paga se le pueda poner otro ningun ympedimento.

— que la dha. obra a de corresponder a la firma y traza de la planta que esta echa para diferentes divissiones y en anchos altos y gruesos tambien a

de corresponder a la nueva obra empezada y en lo que toca a la fachada a de ser conforme al papel de arçado que para ello esta echo que siendolos de pressentes se podra afirmar para que el dho. Bartolome Hurtado se gobierne por las dhas. trazas» (5).

El contrato arriba citado comprometía a Bartolomé Hurtado a terminar la obra en el plazo previsto del 8 de diciembre de 1654, y para así cumplirlo se obligaba con «una casa que tiene en esta villa en que al presente bive en la calle de don phelipe de Acuña junto a la yglesia de San Yldefonso».

La edificación de la Inclusa debió avanzar rápidamente como se ve en la tasación de lo construido que, por orden del administrador del Hospital, hizo fray Lorenzo de San Nicolás el 24 de julio de 1654, «desde la pared medianera en el dho. ospital de don gaspar tello hasta veinte y tres pies y tres quartas de largo y por la parte del patio asta un traço que queda señalado en el tabique medianero desde el qual se a de conocer la obra que al presente se esta haciendo en el dho, ospital que començo este presente año» (6).

El largo informe del fraile arquitecto da una detallada relación de lo construido en tan poco espacio de tiempo y constituye una muestra expresiva del interés que se tenía por dar fin a la obra y que, sin prueba documental podemos afirmar que se terminó en la fecha establecida en el contrato.

Una vez finalizada la construcción se pensó en dotar a la capilla del Hospital de un retablo y así «en la villa de Madrid a catorce de mayo de mill y seiscientos y sesenta y tres años ante el escribano y testigos parecieron presentes de la una parte Joan de Ocaña, Maestro ensamblador, y de la otra Pedro de Bargas sn.º de Su Magd. y perpetuo de la probision y bureo de sus Reales casas y ambos vecinos de esta dha. villa = Y Dixerón sean conbenidos y concertado en que el dho. Joan de Ocaña a de acer Un Retablo para la Ymagen de nuestra señora de la soledad que esta en el ospital Real de los niños expositos de San Joseph desta Corte en la conformidad del Dibuxo y traça echo por el dho. Joan de Ocaña y firmado de su nombre y del dho. Pedro de Bargas Y en la manera siguiente —que a de ser todo de madera y dorado y con dos imaxenes de bulto la una de san antonio abbad y la otra de San Blas obispo de escultura Y con sus peanas y de mano de Correas, escultor de esta Corte, encarnadas y

pintadas sin oro esceto en las cenefas de los mantos (entre líneas con otra letra tachado: “que an de ser de oro”) y vestiduras que an de ser con guarnición de oro molido = que los pedestales del alto de la Mesa de altar an de ser finxidos sobre madera de Marmol de San Pablo y todos los vaciados finxidos de Marmol de Zegui e que los vaciados del Pedestal del dho. Retablo an de hir pintados sobre la tabla de mano de franc.º xines Los santos que se pidieran Por el dho. Pedro de bargas = que la parte donde esta en el dho. dibuxo el espiritu santo a de ser lo mismo que el de la traza (tachado “a de estar un Padre Eterno de escultura mirando a Nuestra Señora”) = y en la puerta del sagrario y custodia a de hir un eçe omo = que las pinturas y santos de escultura y todo lo que fuere Pintado a de estar dado de barniz de forma que no se tome con la umedad de la calle = Y en la dha. conformidad y conforme a la dha. traza el dho. Joan de Ocaña se obliga de dar y entregar el dho. Retablo sentado y acavado en toda forma y a satisfacción de personas peritas para el dia fin de setiembre que biene de este presente año y por precio de quatro mill y quatrocientos Reales de Vellon que el dho. Pedro de Bargas se obliga de dar y pagar» (7).

Los artistas que intervinieron en la realización del retablo, debieron ser importantes en la época, aunque en la actualidad no se conozcan obras de su mano. Gracias a las investigaciones de Mercedes de Agulló, sabemos que Juan de Ocaña fue un conocido retablista autor, entre otros, de los de la iglesia de Santa Isabel de Madrid del de la iglesia del Hospital de Afuera en Toledo; en cuanto a Manuel Correa o Correas, fue el autor de las estatuas orantes en alabastro de don Juan de Solórzano y de su esposa, doña Clara Paniagua, en el convento del Caballero de Gracia, en Madrid (8).

El edificio del Hospital de la Inclusa fue un destartado caserón, de apariencia vulgar. Construido con materiales pobres: ladrillo, madera, yeso, y pedernal para la fachada, tenía un aire funcional apropiado para la misión que tenía que cumplir, y así se ve en la maqueta de Madrid, de León Gil Palacio que se conserva en el Museo Municipal y en grabados del siglo XIX anteriores a su derribo, donde se puede apreciar una sobria edificación con planta baja y cuatro pisos de balcones, cuya única ornamentación eran unos frontones triangulares sobre los balcones del segundo piso. La capilla tampoco debía ser una gran cosa, co-

mo testimonia Ponz (9), aunque era la parte más artística del Hospital. Se encontraba empotrada en el bloque del edificio y carecía de fachada a la calle. Su planta era rectangular, como se ve en el plano de Espinosa de los Monteros de 1769, y se hallaba en la fachada del Hospital correspondiente a la calle de Preciados. La Inclusa se mantuvo en la Puerta del Sol hasta el año 1800, fecha en que se trasladó a un edificio conocido con el nombre de Galera Vieja, sito en la calle del Soldado, para pasar después a la calle del Mesón de Paredes. Los viejos edificios de la Puerta del Sol se convirtieron, tras el abandono de los niños expósitos y sus cuidadores, en casas particulares y en tiendas, y la capilla en almacén. Este abigarrado conjunto de casas estrechaban las importantes calles de Preciados, del Carmen, de Alcalá y de la Montera, por lo que «en 1854 y años siguientes se derribaron para el ensanche de la Puerta del Sol» (10). Del retablo y demás obras de arte de la capilla se ignora su paradero.

A pesar de la falta de méritos artísticos, la conservación del Hospital de la Inclusa nos hubiera dado alguna luz sobre los comienzos como arquitecto de Bartolomé Hurtado, cuya personalidad como tal se ha acrecentado enormemente al conocer su intervención en el convento del Sacramento de Madrid (11). Nacido en Parla en 1628, fue tal vez la Inclusa la primera obra importante que realizó cuando sólo contaba 26 años de edad. Este trabajo le sirvió, sin duda, de experiencia para obras de mayor envergadura que le dieron renombre para afianzarse en la Corte y le valieron el ser nombrado aparejador de las obras reales el 22 de junio de 1662 (12).

J. L. M. B.

NOTAS

- (1) Pascual MADDOZ: «Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España». Tomo X. Madrid, 1847, 875.
- (2) Gil GONZÁLEZ DAVILA: «Teatro de las grandezas de la villa de Madrid». Madrid, 1623, 47.
- (3) Paula de DEMERSON: «La Real Inclusa de Madrid a finales del siglo XVIII». Anales del Instituto de Estudios Madrileños. Tomo VIII. Madrid, 1972, 262.
- (4) Virginia TOVAR MARTÍN: «Arquitectos madrileños de la segunda mitad del siglo XVII». Madrid, 1975, 264.
- (5) A.H.P. Prot. 9574, fol. 25-27.
- (6) A.H.P. Prof. 9574, fol. 65-66.
- (7) A.H.P. Prof. 9574, fol. 50-51.
- (8) Mercedes AGULLO Y COBO: «Documentos sobre escultores, entalladores y ensambladores de los siglos XVI al XVIII». Valladolid 1978.
- (9) Antonio PONZ: «Viaje de España». Tomo V. Madrid, 1793, 240.
- (10) Ramón de MESONERO ROMANOS: «El antiguo Madrid». Madrid, 1861, 107.
- (11) Virginia TOVAR MARTÍN: «Bartolomé Hurtado, aparejador mayor de Obras Reales, en el monasterio del Sacramento de Madrid». Villa de Madrid, XII. Madrid, 1975, 25.
- (12) José María de AZCARATE: «Datos para las biografías de los arquitectos de la corte de Felipe IV». Revista de la Universidad de Madrid, 542.

CORRIDAS DE TOROS EN LA PUERTA DEL SOL

Por Francisco
LOPEZ IZQUIERDO

DICEN que hubo un tiempo en que la Puerta del Sol fue límite de la Villa. En la actual plaza, ombligo de España, kilómetro cero del sistema radial de nuestras carreteras, sólo queda el nombre de aquella puerta rematada por un Sol, extremo de la urbe por el Este, porque Madrid nació más al Oeste, formándose como célula en el recinto fortificado del Alcázar.

Fue extendiéndose la antigua Villa como mancha de aceite hacia Oriente, siendo centros de ella las plazas de la Paja, de la Villa o de San Salvador, del Arrabal y más tarde la del Sol.

Y aunque en nuestros días no es Sol geométricamente el centro de la ya gran mancha de aceite, sí lo es teóricamente y, como hemos dicho, ombligo de Madrid y de España y kilómetro cero de la rosa de los vientos.

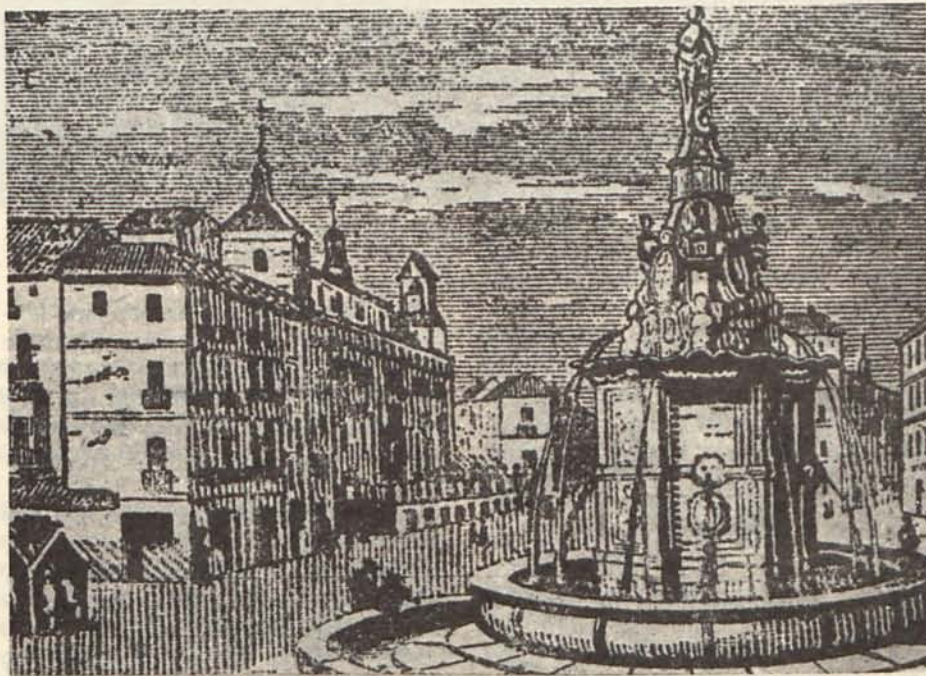
¿Quién pensaría que en la famosa plaza se dieron —como en otros muchos lugares madrileños— corridas de toros?

Pues sí; se dieron.

Y vamos a demostrarlo.

La primera vez que en tal lugar se corrieron, según nuestras noticias, fue en agosto de 1619, recién inaugurada con toros la flamante Plaza Mayor.

En los libros de Acuerdos del Ayuntamiento madrileño, en su sesión de lunes 19 de agosto del citado 1619, se lee:



La Puerta del Sol en el siglo XVII.

«Petición de los Mayordomos de la Cofradía de Ntra. Sra. de la Soledad sobre correr toros en la puerta del Sol.

En este Ayuntamiento se leyó una petición de los diputados de la cofradía de nuestra señora de la Soledad en que dicen que tienen licencia de S. S.^a Ilma. del Señor Arzobispo de Burgos, Presidente de Castilla para correr toros en la Puerta del Sol para la fiesta que han de hacer de la bendita imagen; que suplica a la Villa se haga merced y limosna de darles las bocacalles para ayuda a la costa que han de tener en la dicha fiesta, y oído por ella y tratado sobre lo contenido en dicha petición, se acordó que se le den a la dicha cofradía de limosna para ayuda a la costa que ha de tener en la dicha fiesta todas las bocacalles que hay en la plaza de la Puerta del Sol, reservando para ver la Villa la fiesta las dos bocacalles de San Luis y el Carmen, y los señores Luis de Valdés y Gaspar de Avila dispongan y acomoden la plaza de forma que esté bien y la hagan desocupar para la fiesta, y esta limosna que se hace a la cofradía sea por esta vez y no más.»

En los documentos y libros de Acuerdos no hallo la confirmación de que estos toros se corrieran en la, como entonces se llamaba, plazuela de la Puerta del Sol. El escrito que he copiado tiene el mismo valor que un cartel de las corridas modernas en el sentido de que anuncian una corrida, pero no certifican que se haya celebrado. No obstante, me inclino a creer que, dado el fervor religioso de estas cofradías y la inmensa afición del pueblo madrileño a las corridas, había de suceder algo «muy gordo» para que aquello con tanto trabajo e ilusión preparado no se llevara a efecto.

El Marqués de Piedras Albas afirma en su obra, página 186, que estos toros se dieron en 28 de agosto, y aunque me parece muy poco tiempo entre el 19 y el 28 para desocupar la plaza de puestos de venta y alzar los tablados, está dentro de lo posible, pues en la Plaza Mayor, cuando se disponía de escaso tiempo, se trabajaba de noche y hasta los domingos después de Misa.

De cómo se toreaba en aquel tiempo nos dará alguna idea una obra publicada en Madrid aquel mismo año, pero escrita en Indias, por el gobernador Bernardo Vargas Machuca, natural de Simancas. Se titula «Teórica y ejercicios de la jineta».

Señala Vargas Machuca que el caballero toreador ha de usar borceguí blanco, correspondiendo al jaez del caballo y que el traje más galán «ha de ser calza con media entera y capa terciada; y asimismo, la ropilla, huyendo de coletos y ropillas de falda corta. La gorra con sus plumas parece bien, y cuanto más galán se pusiese, tanto mejor parecerá. Y lo propio en el aderezo del caballo, de jaez, cuerdas, cabezadas moriscas y bozal de campanillas».

En cuanto al caballo para torear con rejón había de tener las propiedades siguientes: «Que sea sosegado, por la grita y bullicio de la gente; presto a la espuela...; determinado para acometer, porque con temor del toro no dispase; alentado para que no falte al mejor tiempo; sujeto a la rienda y que haga sobre los pies para revolver, partir y tener a sus tiempos firme el rostro.»

Y que «el caballero de su parte ponga buen ánimo y conocimiento, con reportación y desenvoltura...»

Describe después cómo ha de ser el rejón y de qué medidas y trata de los lacayos que han de ayudar al caballero y servir los rejones.

En cuanto a la suerte de rejón propiamente dicha, la describe así:

«...Y puesta la mano en su punto dará la herida conforme determinare, o acometiéndolo o esperando, que son los tres modos de posturas que hay: acometiendo rostro a rostro, y otra esperando al estribo, y otra saliendo a ancas vueltas...»

Tras otras consideraciones, trata también de la espada cómo ha de ser y usarse en ciertos casos desde la cabalgadura, del desjarrete por parte de los lacayos, y del uso que debía hacerse de la espada cuando el caballero cayese del caballo, valiéndose de su propia capa para hurtar el cuerpo. Señala a continuación cómo había de torear con la vara y menciona como independientes de los lacayos auxiliares del caballero a los toreadores de a pie.

Todavía trata de cómo «el más célebre y bizarro ejercicio de la jineta es dar lanzada a un toro», aunque ya iba cayendo en desuso y se imponía el rejoneo, cosa que ciertos caballeros toreadores y tratadistas se resistían a reconocer.

Por último narra el desgraciado lance que en Santa Fe de Indias (Santa Fe de Bogotá) aconteció a un caballero llamado Juan de Olmos con un toro que había quedado medio moribundo cuando ya en la plaza se jugaban las cañas.

Pero si de aquella fiesta de 1619 no puedo afirmar rotundamente que se celebrara, sí lo podemos hacer, en cambio, de otra que años adelante se dio en la misma plazuela.

Varios textos de los acuerdos del Ayuntamiento de 1640 y 1641 tratan de ella, y un cronista, Pellicer, les presta su atención en varias páginas de sus «Avisos...». Pero me permitiré no copiar los textos conservados en el Archivo de Villa porque nada añadirían a la crónica somera de esta historia, salvo la densidad de su retórica. Sí, en cambio, voy a reproducir un documento de subido interés, por cuanto trata del repartimiento de ventanas en la Plaza Mayor, y para que se vea la importancia que tienen las alusiones sobre problemas para alzar tablados, habilitar balcones y repartirlos entre personal de Palacio, Consejos, Tribunales, Embajadores, Ayuntamiento, etc. Y las contrariedades que suponía para muchas personas al considerarse rebajadas si la «localidad» no correspondía a su categoría.

El documento, que yo sepa inédito, es un informe, y está firmado nada menos que por Juan Gómez de Mora. Y es del año anterior al en que se dieron los toros en la Puerta del Sol, de que trataremos adelante.

Hélo aquí:

«Al seruido de Su Magestad conuiene que Juan Gómez de Mora diga aquí como se ha hecho el repartimiento de las ventanas para las fiestas de toros de la plaça mayor desta Villa, quando ha auidoq Mayordomo Mayor y como se hacia quando no le auia y quien assistia con el Mayordomo Mayor a acer el repartimiento y donde le hacia y despues quien le executa; de todo esto informe con la mayor claridad que se pueda. De la posada a 6 de mayo de 1640.

El Duque de Castro

Quando se zelebraron las grandes fiestas el año de 1605 en la ciudad de Valladolid al nacimiento del Rey nuestro señor, que Dios guarde, se repartieron las ventanas de la Plaça por Francisco de Mora, aposentador de Palacio, Maestro y traçador mayor de las obras reales, como consta de los repartimientos escritos de su mano, resueltos con Su Magestad, que aya gloria, que están con los demás papeles deste jenero.

Antes de labrar la plaça de Madrid açian el repartimiento de sus bentanas los Alcaldes de Corte, tanbién ay papeles de aber hecho alguno Francisco de Mora, entonçes tubo este repartimiento mucha facilidad en açersse por la gran cantidad de bentanas que abía, que por no estar por orden no se guardó preçedencia ninguna fuera de los Consejos y Tribunales como pareçe de sus repartimientos.

Y abiéndose labrado de nuevo la plaça Mayor desta Corte las primeras fiéstas que hubo fueron en ausençia de Su Magestad que está en el cielo, estando en Lisboa y se hiço el repartimiento de los Conssejos y otras personas que se allaban en la Corte por el licenciado Gregorio López Madera, Alcalde que lo era de Corte, con parecer de Juan Gómez de Mora, que hiço las traças y relaciones y el pressidente del Conssejo lo ynbió a Su Magestad y con su respuesta se executó por entonçes.

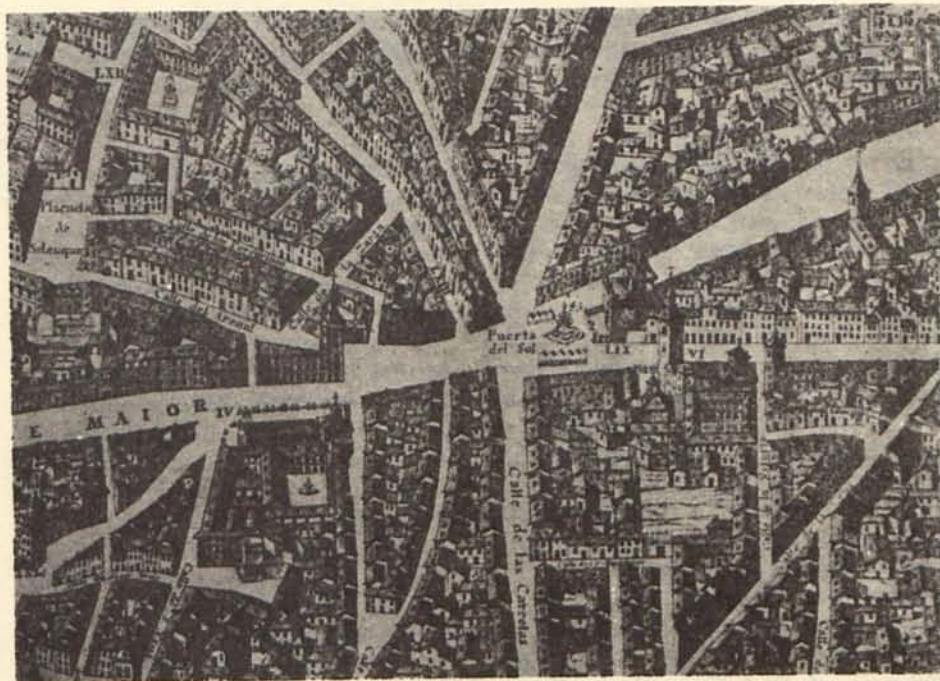
En la primera fiesta que hubo estando Su Magestad, que está en el cielo, en esta Corte quisso acer por su Persona este repartimiento porque conssideró que las bentanas eran en primero, 2.º y 3.º suelo 336 y los prentensores muchos y lo acomodó todo como conbenía mandando que Juan Gómez de Mora le trujesse los repartimientos antiguos que abían hecho los Alcaldes en la plaça bieja, con que reconoçió ser conbeniente poner el repartimiento en buena forma, porque halló que los Alcaldes abían acomoda-

do en ellos mejor a muchas perssonas que no eran criados suyos y mandó que Juan Gómez de Mora hiciesse una lista de todos los conssejos grandes consejeros de estado, jentiles hombres de su Cámara, Mayordomos de la Prinçessa y criados del Príncipe, ayu- das de Cámara y de todas las persso- nas que por su oficio y ocupación se les debía acomodar y considerando to- do hiço el primer repartimiento y an- tes de mandarle ejecutar le remitió al pressidente del Conssejo para que diesse su parecer que como era el pri- mero tubo mucho que açer hasta dar lugar conbeniente a los Conssejos, en- bajadores y grandes.

En las fiestas que se siguieron hasta el año de 626 se remitió a los Alcaldes hiciessen el repartimiento en que se re- conoció los ynconbenientes y dudas que se ofrecian el acerlo ellos por la poca noticia que tenían de las anti- güedades de los oficios y preçedencias de tanto numero de criados y mi- nistros que los mismos Alcaldes pi- dieron se tomasse otro camino para acer y acertar estos repartimientos y se acordó que se hiciesse vna junta en cassa del Presidente Don Francisco de Contreras y se allassen en ella el Con- de los Arcos, Mayordomo de Su Ma- gestad, Alcalde de Corte más antiguo, Secretario del Presidente, Juan Gó- mez de Mora, el escribano que abia de açer las boletas.

En ella se consideró mucho para ajustar nuebamente los lugares que abían de tener las personas de puesto y oficios, Consejos y sus ministros en que se hicieron diferentes traças para ajustar lo que conbenía para la ynteli- gencia que se abía de tener por estar ya dibertida y alterada la traça que se abía seguido y mandada ejecutar por Su Magestad por la mudança que abían causado los nuebos ministros y otras perssonas, y se reconoció ser forzosso açerse cada bez de nuebo porque se tanteasse la jente que se allasse mas o menos, y se acordó que los lugares de los grandes se acomoda- ssen por suertes porque no hubiesse queja porque en el primer reparti- miento que Su Magestad que está en el cielo hiço lo pusso y repartió con su mano y la junta no se atrebió a esto por las quejas que se podrían dar.

Esta forma se fué guardando hasta la benida del Duque de Alba que co- mo Mayordomo mayor dijo que le pertenecía haçer este repartimiento y el Presidente que lo era en aquel tien- po pretendió que se abían de açer en su cassa como hasta alli; bistas las pretensiones de ambos Su Magestad, Dios le guarde, resolvió tocarle al Du-



La Puerta del Sol en el plano de Teixeira (1656) en que se aprecia la fuente ante el Buen Suceso.

que de Alba y se balió en esta oca- sion del Marqués de Torres, Mayor- domo semanero para acerle por ser tan recien benido.

Bolbió el Duque de Alba a Italia. Pretendieron los Mayordomos sema- neros que les tocaba açer este reparti- miento por ausencia del Duque y assí se hicieron algunos en que se allo en- conbeniente porque cada Mayordomo que le tocaba lo quería alterar a su modo en su semana.

Esto duró hasta que bolbió el Du- que de Alba que lo hiço después como cosa que le tocaba y los que se hi- cieron estando en Madrid fueron en su aposento o en su cassa poniendo los grandes por suertes, en lo demas se hiba mandando o alterando confor- me a las personas que se allaban en es- ta Corte. A este repartimiento se alla- ba su secretario y Juan Gómez de Mo- ra con las traças, papeles y relaciones y hecho y acabado se firmaba por Juan Gómez de Mora y le remitía el Duque de Alba con papel suyo al Al- calde más antiguo para que lo execu- tase y si en el medio tiempo que el re- partimiento estaba hecho se ofrecia al- guna duda que añadir, quitar o poner, se acudía de parte del Alcalde al Du- que de Alba y si la duda era conside- rable el Duque daba cuenta a Su Ma- gestad y se resolvía lo conbeniente y el alcalde executaba por mano del escri- bano que hacía las boletas y las rubri- caba el Alcalde.

Todo esto constará de los papeles cuyos originales están en poder de

Truseque escribano más antiguo de probincia.

Faltando de Madrid el Duque de Alba se tornó acer el repartimiento en cassa del Pressidente de Castilla con el Mayordomo más antiguo de Su Ma- gestad, Alcalde, Escribano y traçador.

Este repartimiento que parece de poca ymportancia es de mucha consi- deración por ser acto publico y que cada uno quiere que se le guarde lugar y preminencia y quando se acertó me- jor esto fue en tiempo del Duque de Alba.

El acer los repartimientos el Mayor- domo mayor de Su Magestad tiene muchas conbeniencias a su Real serbi- cio pues con su mano, dignidad y ofi- cio se acude mejor a esto y a resolver las dudas dando a Su Magestad quen- ta bocalmente de las cossas que con- bienen, porque el Presidente y el Al- calde no lo pueden acer esto por sus oficios ni con la práctica que conbiene para la brebedad del tiempo en que se açe y ejecuta.

Esto es señor lo que se me ofrece en lo que V.S. me manda por el papel que fue serbido de remitirme. Madrid y Mayo 7 de 1640.

Joan Gómez de Mora (1)»

La corrida de que he hablado en primer lugar se dio a los finales del reinado de Felipe III y la que nos va a

(1) Archivo General de Palacio, leg. 673 (8). Sec. Administrativa.

ocupar ahora, muy avanzado el del IV Felipe y cuando los acontecimientos, tanto privados del rey como los nacionales, comenzaban a ser desoladores.

El toreo había hecho progresos. El rejón, comenzado a usarse en tiempos de Felipe II, alcanzó plenitud en los de su nieto. La lanza, que venía utilizándose desde la Edad Media, en el reinado de Felipe IV ya apenas se veía en los cosos. El toreo a pie, de origen medieval, en el largo reinado del rey poeta y galán, se asentaría de modo que medio siglo después, es decir, a los principios del XVIII, se convertiría en la casi exclusiva manera de torear, y los toreros de a pie acabarían usufructuando el espectáculo, celebrándose éste de modo periódico, y no como antes, sólo por fiesta.

Una obrita, «Reglas para torear y para poderlo errar», de don Juan de Valencia, el del Infante, descendiente de Alfonso X el Sabio, de la casa de los mariscales de Zamora, toreador él, y ganaderos de reses bravas los de su alcurnia, nos va a orientar sobre cómo era el toreo en la época de esta segunda corrida celebrada en la Puerta del Sol.

Permanecía esta obra manuscrita en la Biblioteca Nacional hasta que fue publicada en Madrid el año 1947, y en ella don Juan de Valencia dice se debe excusar al torear la pérdida de alhaja de tanta estima como es un buen caballo, describiendo a seguido cómo ha de ser el equino ideal para estos lances. Expresa que no se ha de torear solamente «por ser acto de caballeros», sino «porque los arrastre la inclinación» y que «el poeta y el toreador nacen y no se hacen». Y también que «ha de saber torear a pie el que lo hiciese a caballo, porque se le pueden ofrecer casos en que haberlo menester, pena de quedar mal...», porque «no hay en este ejercicio otra ocasión en que yo entienda que imita las veras, sino ésta de matar un caballero a cuchilladas a pie un toro bravo, que a caballo es lo mismo que obrarlo desde una tapia a costa de los ijares del caballo, que es el que lo pone todo. Y si los peones hicieran con igualdad lo que les veo obrar alguna vez, más hacen que nosotros...»

Confiesa don Juan de Valencia vivir desde hacía veinte años en Madrid: desde los catorce de su edad. Y como la obra la firmó en nuestra capital a 26 de octubre de 1639, bien pudo presenciar la anterior corrida de 1619 en

la Puerta del Sol y la de 1641, pues refiriéndose a Madrid, los jesuitas en sus «Cartas...» le mencionan en mayo de 1642, denominándole «el toreador».

Sabemos que el del Infante toreó en la Plaza Mayor de Madrid el lunes 12 de agosto de 1647 y que lo debía de hacer con notable frecuencia, pues asevera haberlo hecho en ocasiones todos los días de una semana.

Armados andamios o tablados y repartidas las ventanas a aquellas entidades y personas que conviniera, se corrieron los toros en la Puerta del Sol el miércoles 2 de octubre de 1641. El motivo, la traslación de la imagen de Ntra. Sra. del Buen Suceso al nuevo tabernáculo en el Altar Mayor del Hospital de la Corte, vulgo Buen Suceso que, como sabrá cualquier madrileño medianamente leído estaba en Sol y entre Carrera de San Jerónimo y Alcalá.

Por cierto que la plazuela de la Puerta del Sol entonces —según puede apreciarse en el Plano de Teixeira de 1656— era nada más que la conjunción algo ensanchada de cuatro calles que confluían en ella: Alcalá, Carrera de San Jerónimo, Mayor y Arenal. Algo así de lo que sucede con Antón Martín, que no es más que un leve ensanchamiento.

En la Puerta del Sol había una fuente, ante el Buen Suceso, que todavía duraba en el XIX: la que, si no estamos equivocados, se halla actualmente en los jardines de Barceló, tras el antiguo Hospicio y ahora Museo y Biblioteca Municipales.

Veamos, pues, lo que decía Pellicer en sus «Avisos...» acerca de la corrida en la Puerta del Sol aquel año de 1641:

«El jueves a 19 de éste [septiembre] fue aquí día de gran solemnidad en la traslación de Ntra. Sra. del Buen Suceso al nuevo Tabernáculo que en el Altar Mayor del Hospital de la Corte la han labrado, que es la obra de más primor que hoy se conoce de su género. La noche antes hubo luminarias públicas y máscara no mala que hicieron los calceteros... El sábado se celebrará el certamen y habrá toros en la Puerta del Sol antes.»

Y continúa:

«Hase continuado la fiesta de la traslación de Ntra. Sra. del Buen Su-

ceso; y mañana miércoles [2 de octubre] se corren toros delante del Hospital de Corte, en la Plazuela que llaman de la Puerta del Sol. Hase desembarazado de los cajones y vendedores, y se han hecho hermosos andamios y tablados. Gobernará la fiesta la Villa; no lo ven los Consejos en forma, por excusar las propinas y gastos. Su Majestad se dice asistirá de rebozo en un balcón que para ello está dispuesto.»

Y, por último, escribe:

«Corriéronse los toros en la Puerta del Sol, en honor de la traslación de Ntra. Sra. del Buen Suceso: hubo cañas, que jugaron Alguaciles y Escribanos y otros oficiales de las tiendas circunvecinas; fueron fiestas razonables. Su Majestad con la Reina y Damas estuvo aquella tarde en la Casa Profesa, donde estaba descubierto el Santísimo Sacramento, por desmentir acaso la voz que corría de que veía de secreto la fiesta. Al acabarse los toros bajaba el Sr. D. Julián, hijo del Sr. Conde Duque [de Olivares], con el Sr. Conde de Grajal D. Jerónimo de Vera, caballero de Calatrava, que le asiste, y el Secretario D. Bartolomé de Legarda cuyo huésped es; y acertaron a bajar por las mismas escaleras los Sres. D. Alonso Gaetano, Duque de Lorenzana, D. Carlos Gaetano su hermano, y D. Felipe Orifice de Mendoza, Conde de Castrollano; dijeron estos, sin conocer a D. Jerónimo de Vera, algunas palabras sobre que bajase aprisa por ser el tránsito estrecho. En llegando a la calle sacó la espada el Vera, y el Sr. D. Julián con los de su séquito, contra los de Lorenzana, sin conocerse; hubo unas buenas cuchilladas, que se apaciguaron en sabiendo unos y otros quién[es] eran.»

Si el curioso lector desea conocer mejor y completar el cuadro que Pellicer inicia con el lance de aquellos linajudos caballeros, no tiene más que echarse a los ojos una obra que por aquellos días se publicara y que destacó a Madrid como pudiera hacerse con un puchero: «El diablo cojuelo», del gran Luis Vélez de Guevara, estudiando conocedor de la Villa y Corte y de sus grandezas y miserias.

F. L. I.

APUNTES PARA UN CATALOGO DE LAPIDAS MADRILEÑAS

Por Juan SAMPELAYO

XXVI

I. Real Convento de la Encarnación. Plaza de la Encarnación, n.º 1. Este Convento fue fundado por la Reina Doña Margarita de Austria, y en cuanto a su historia remitimos al lector al «Viage de España», de Pons, tomo V, que trata de Madrid. Madrid 1756, y a «Las Iglesias de Madrid», Elías Tormo. Instituto de España. Madrid 1972.

II y III. En la puerta de entrada y sobre el dintel, se encuentra una inscripción latina que reproducimos fotográficamente.

D.O.M.
ECLESIAM INCARNATIONIS DOMINI
REGIA PIETATE ERECTAM
AB ANNO MDCXVI
SOLEMNE RITO CONSEGRAVIT
D. A. INQUISIT GENER
IN CAL SEPTEMBER AN MDCCLXVII
CLEMENTE XII S.P/
CAROLO III REGE CATHOLICO

IV. No existe en el presente caso acto en torno a la inauguración de ella y es de suponer se grabó en la ocasión de la restauración.

* * *

I. Casa de Velázquez. Ciudad Universitaria. Residencia cultural francesa



para becarios de Arte y Literatura franceses y también españoles.

II. La lápida que estudiamos es de iniciativa del a la sazón —marzo 1979— Director de la Casa, Mr. François Che-

valier, para conmemorar el 50 aniversario de la fundación de la misma.

III. La lápida vertical y de mármol en idioma francés lleva la leyenda que se transcribe y que reza así:

**EN SOUVENIR DE L'INAUGURATION DE LA
 CASA DE VELAZQUEZ
 PAR SA MAJESTE LE ROI ALPHONSE XIII
 EN PRESENCE DE SA MAJESTE LA REINE MARIE CHRISTINE
 LE 20 NOVEMBRE 1928
 CETTE PLAQUE COMMEMORANT LE CINQUANTIEME
 ANNIVERSAIRE D'UNE INSTITUTION
 CONSACREE AUX SCIENCES ET AUX ARTS, ET PORTANT
 TEMOIGNAGE DE LA COOPERATION CULTURELLE
 ENTRE L'ESPAGNE ET LA FRANCE
 A ETE INAUGUREE
 LE 15 MARS 1979
 PAR SA MAJESTE LE REINE SOPHIE
 EN PRESENCE DE MADAME VALERY GISCARD D'ESTAING,
 EPOUSE DU PRESIDENT DE LA REPUBLIQUE FRANCAISE,
 ET DE MADAME ALICE SAUNIER-SEITE,
 MINISTRE DES UNIVERSITES,
 MONSIEUR EMMANUEL DE MARGERIE
 ETANT AMBASSADEUR DE FRANCE
 ET MONSIEUR FRANCOIS CHEVALIER
 DIRECTEUR DE LA CASA DE VELAZQUEZ**

IV. La inauguración de la lápida tuvo lugar en un acto solemne celebrado en la mañana del jueves 15 de marzo de 1979, en un acto celebrado en la Casa de Velázquez y con la presencia de S.M. la Reina Sofía de España y la esposa del Presidente de la República Francesa, Madame Valery Giscard d'Estaing, el Ministro de Universidades Francesas, Madame Alice Saunier-Seite, el Ministro de Educación y Ciencia de España, Sr. Caverio Lataillade, Director del Patrimonio Artístico, Sr. Verderra Tulls, Embajador de Francia en España, Mr. de la Margerie, y los Srs. Weiller y Bondeville, Vicepresidente y Secretario General, respectivamente, de la Academia de Bellas Artes de París, miembros de la Embajada de Francia, Mr. Jambou, de la Casa de Velázquez, residentes de ésta y destacadas personalidades del mundo artístico y literario.

Descubierta la lápida por S.M. la Reina Sofía, la Ministro de las Universidades Francesas, Madame Alice Saunier-Seite, pronunció en francés el siguiente parlamento:

«Majestad. Señora.

Henri Bergson y Charles Widor, miembros del Instituto de Francia en misión en Madrid durante la Primera Guerra mundial, habían deseado que jóvenes artistas franceses pasaran algún tiempo en España para su mejor formación. Para dar realidad a este proyecto, el rey Alfonso XIII ofreció inmediatamente a Francia un terreno de propiedad regia situado en pleno corazón de la Ciudad Universitaria. Pierre Paris, fundador de la Escuela de

Altos Estudios Hispánicos en 1913, se apasionó por el proyecto y a él se consagró de manera absoluta. Y el Instituto de Francia no dejó de ejercer una tutela efectiva.

El 22 de mayo de 1919, el rey Alfonso XIII puso la primera piedra en presencia de la familia real y de altas personalidades de España y Francia. El arquitecto Giraud abrirá el patio sobre ese bello paisaje de la Sierra de Guadarrama tan amado por Velázquez. El rey de España presidirá la inauguración en noviembre de 1928.

Incendiada en los primeros días de la guerra en 1936, la Casa se replegó a Francia y más tarde a Marruecos. La reconstrucción después de la guerra bajo la dirección del arquitecto Haffner no se terminó hasta 1958.

El fundador de la Casa, Pierre Paris, hombre de fe y de acción, eminente arqueólogo en las excavaciones romanas de Belo, sabía qué formación irremplazable ofrecía España a los jóvenes artistas franceses.

Directores eminentes le sucedieron: François Dumas, en 1931. Maurice Legendre, gran hispanista que se honraba con la amistad de Miguel de Unamuno; Paul Guinard, historiador del arte español, prematuramente desaparecido en 1977; Henri Terrasse, que organizó la Casa, reconstruyó la biblioteca y publicó los «Melanges»; en fin, tras la interinidad de Didier Ozanam en 1967, François Chevalier, antiguo miembro de la Casa y americanista que lleva en su puesto doce años.

La Casa se ha transformado en una gran casa. Hoy acoge a 17 becarios en

su Sección artística, 18 en la Sección científica. En ella trabajan 75 personas, de ellas 40 de nacionalidad francesa. Sus locales ocupan una superficie de siete mil metros cuadrados. Su presupuesto anual rebasa los ocho millones de francos.

Su biblioteca reúne setenta mil volúmenes amén de periódicos, fotografías aéreas, mapas y los fondos particulares de libros raros del XVI al XIX legados por el Marqués de Saltillo y don Ignacio Olegue.

La Casa de Velázquez se adapta a la evolución del mundo y de España, creando nuevas formaciones de investigaciones; laboratorios de arqueología, publicaciones, sección de cine y un Secretariado General para los artistas. Hoy, como hace cincuenta años, la Casa de Velázquez es un homenaje permanente de Francia al genio español, una prueba viva de amistad entre nuestros dos países y, como hace cincuenta años, el objeto solícito de los Jefes de Estado de España y de Francia, que nos ofrecen la presencia prestigiosa y sonriente de Su Majestad la Reina Sofía y de Madame Valery Giscard d'Estaing.»

Grandes aplausos acogieron estas palabras.

* * *

I. Mahou. Alfredo. Madrid. Industrial. Concejal. Plaza situada en la calle de Juan Bravo esquina a Claudio Coello.

II. Lápida azul con escudo de Madrid, reza: «Plaza de Alfredo Mahou».

III. La misma fue otorgada por el Municipio madrileño en recuerdo a Mahou en sus tareas concejiles.

IV. La placa-lápida fue descubierta por el a la sazón Alcalde accidental de Madrid, don Luis María Huete, en la mañana del 26 de marzo de 1979. Estuvieron asimismo presentes el Delegado de Relaciones Sociales del Ayuntamiento y el en aquel tiempo, Presidente de la Junta Municipal del Distrito de Salamanca —en él se halla enclavada la plaza Don Ezequiel Puig Maestro Amado—, así como el Vicepresidente de la Mutua Automovilística Madrileña, miembros de ésta y de la Cámara de Comercio, familiares del señor Mahoy y numerosos amigos y público en general.

En primer término hizo uso de la palabra el Vicepresidente de la Mutua Automovilística Madrileña, don Alberto de Comenge y Gerpe, quien comenzó dando gracias al Alcalde por haber dado a la plaza el nombre de Alfredo



Mahou, que fuera Presidente de la Mutua a la que llevó, afirmó, a cotas muy altas que han permitido poder ceder los terrenos que hoy forman la plaza y contribuido al ornato y ajardinamiento de la misma, al Excmo. Ayuntamiento de Madrid, en nuestro deseo de colaborar con él, como hicimos, creando el aparcamiento subterráneo de la calle de Almagro, contribuyendo así a ayudar en parte, aunque sea mínima, al problema de estacionamiento de coches.

Alfredo Mahou —siguió diciendo— fue conocidísimo industrial, de cuya persona emanaba una gran simpatía y sencillez, que le ayudó durante su vida, que culminó con la Presidencia de la Mutua; que formada por un grupo de amigos para hacer un autoseguro de los coches de su propiedad, hoy constituye la segunda Compañía de Seguros de España.

Terminó diciendo que agradecía al Alcalde su presencia en la inauguración de la plaza, que realza el acto y le da la importancia que para nosotros tiene.

Numerosos aplausos de los allí reunidos acogieron las palabras del señor Comenge.

A continuación, hizo uso de la palabra el Alcalde accidental, don Luis María Huete, quien puso de relieve la importante labor que don Alfredo Mahou había realizado en el Ayuntamiento en sus días que fuera concejal de aquella Corporación.

Con gran emoción en un breve parlamento, doña Virginia Mahou de Herrera, hija del finado, dio las gracias a todos por este recuerdo a su padre y por la presencia en el acto. Numerosos aplausos acogieron sus palabras y los

presentes la renovaron su amistad y afecto hacia su padre.

* * *

I. Torrijos. José María. Madrid 1791-Málaga 1831. Militar.

II. En la casa n.º 74 y posteriormente n.º 52, de la calle de Preciados, se encontraba la lápida dedicada al ilustre militar. La casa fue derribada no hace muchos años y no se sabe el paradero de la lápida recordatoria.

III. La lápida de referencia estaba coronada por un busto de Torrijos y la leyenda de la misma decía así: «Aquí nació el general don José María Torrijos, defendió la independencia y la libertad de la Patria y murió el 11 de diciembre de 1831, arcabuceado en Málaga por haber intentado restablecer con las armas la Constitución».

IV. No hay dato alguno en cuanto al descubrimiento de aquélla, como tampoco, como ya decimos, en lo que se refiere a su desaparición.

* * *

I. Isabel la Católica. Madrigal de las Altas Torres (Ávila) 1451-Medina del Campo (Valladolid) 1504. Reina de Castilla.

II. En el monumento escultórico a Isabel la Católica, el Cardenal Mendoza y Don Gonzalo de Córdoba, que se encuentra situado en unos jardincillos del Hipódromo —Paseo de la Castellana— en su parte final y pertenecientes podemos decir, los mismos, a la Escuela de Ingenieros Industriales, hay una lápida —como tal puede considerarse —por cuya razón no dudamos de traerla aquí—. El monumento formado por las tres figuras, va la reina a caballo y a cada lado el Cardenal y el Gran Capitán. El mismo se erigió a instancias del Ayuntamiento madrileño del 1881 para cumplir los regios deseos de Alfonso XII, expresados en una Real Orden al Ministro de Estado, Marqués de la Vega de Armijo.

El monumento fue realizado por el escultor don Manuel Oms.

En el frontis del pedestal —también de Oms— figura la lápida.

III. La leyenda de ésta reza así: «A Isabel la Católica, bajo cuya glorioso reinado se realizaron la Unidad nacional y el descubrimiento de las Américas. El pueblo de Madrid, 1883».

IV. La inauguración de este monumento, y por tanto de su lápida, tuvo



lugar a muy primera hora de la tarde —dos y media— del 30 de noviembre de 1883. Apuntemos la hora como un cambio de costumbres en el vivir de la ciudad. En un principio el monumento estuvo situado —y así inaugurado, en el centro del Paseo de la Castellana—. Aquel día lo cubrían, según cita Rincón, grandes cortinas rojo y gualdas, y en torno se levantaba un jardincillo y una tribuna a la que daban guardia de honor los Maceros del Ayuntamiento. Dos batallones con bandera y música rindieron los honores al Rey Alfonso, las Reinas Isabel y Cristina, las Infantas Doña Isabel y Doña Eulalia y al Príncipe Federico Guillermo de Alemania. Asistieron en el decir de Eusebio Martínez de Velasco, en «La Ilustración —15-XII-1883—, numerosas personalidades y público.

El Alcalde interino, señor Martínez Brau, en breve parlamento, exaltó la figura de la Reina. A continuación, pronunció otras también de gran patriotismo hacia la soberana, el rey Alfonso XII, quien a los sonos de la marcha real y acallados los aplausos a sus palabras descubrió las cortinas que tapaban el monumento.

AGUSTIN MILLARES CARLO



Por Carmen RUBIO PARDOS

LA noticia del fallecimiento del eminente paleógrafo don Agustín Millares Carlos nos lleva a realizar este trabajo como homenaje al hombre que durante muchos años fue Archivero del Ayuntamiento de Madrid.

Nacido en Las Palmas de Gran Canaria a fines del siglo XIX, su abuelo materno había sido un inquieto comerciante de San Remo que acabó estableciéndose en Las Palmas. El abuelo paterno, don Agustín Millares Torres, fue músico e historiador de las Islas Canarias. Su padre, que cultivó en unión de su hermano Luis el teatro y la novela, era notario y tenía a su cargo el Archivo de Protocolos de la ciudad de Las Palmas y decía Millares «que allí fue donde él empezó a enfrentarse con los papeles», tomaba apuntes sobre abreviaturas que encontraba en los Protocolos, y así descubrió una ciencia, la Paleografía, que despertó su afición y le llevó a ser el primer paleógrafo de España.

Realizó sus estudios de bachillerato en el Colegio de San Agustín de dicha ciudad, donde estudiaron ilustres figuras canarias como Benito Pérez Galdós y Fernando León y Castillo.

En Madrid estudia la carrera de Filoso-

fía y Letras, en el Caserón de San Bernardo, obteniendo los premios extraordinarios de la licenciatura y del doctorado, así como el premio Rivadeneyra. Fueron sus maestros don Cayo Ortega Mayor, profesor de bibliología, don Ramón Menéndez Pidal, a cuyo lado trabajó después en el Centro de Estudios Históricos, y don Américo Castro. Siendo estudiante colaboró en una revista llamada «Filosofía y Letras», que dirigía su compañero Cayetano Alcázar, futuro y malogrado catedrático de Historia Moderna y Contemporánea de España en la Universidad Central.

En 1918, recién graduado, obtuvo por oposición la cátedra de latín del Ateneo de Madrid. Por espacio de 20 años impartió con gran entusiasmo sus cursos de gramática y traducción y que hoy todavía, muchos de sus ilustres discípulos recuerdan con emoción y cariño. Poco después fue nombrado profesor auxiliar de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, y enseguida ganó por oposición la cátedra de Paleografía de la Universidad de Granada.

Nueva oposición le llevó a desempeñar el cargo de Archivero Municipal, o como entonces se llamaba: Conservador del Archivo, y aquí en este Archivo de Villa rea-



lizó una inmensa tarea, dando a conocer muchos de los importantes fondos que en él se custodian; con ello seguirá la tradición iniciada en el siglo XVII por los eminentes paleógrafos que tuvo el Ayuntamiento de Madrid: don Alfonso de Castro Villasante, que transcribió los cinco primeros tomos de los Libros de Actas y varios tomos de Indices de dichos Libros, así como varios libros de cédulas y provisiones, don Diego Saenz Manso, que realizó unos «prontuarios de papeles» que revelan gran conocimiento de los negocios del antiguo Municipio, don Manuel Ramírez de Arellano, que formó un catálogo de privilegios y reales cédulas y, sobre todo, don Facundo de Porras Huidobro, que en 1822 presentó al Ayuntamiento una memoria de reorganización del Archivo, en el que agrupaba los papeles en secciones y legajos. Sistema tan perfecto que es el que se sigue actualmente. Por último recordaremos a don Timoteo Domingo Palacios, que consiguió saliera a la luz una gran parte de los más importantes Documentos Reales del Archivo de Villa.

Don Agustín Millares Carlo, además de

continuar dando a conocer los Documentos Reales, publicó una edición con comentarios paleográficos del Fuero de Madrid de 1202 y sacó a la luz el primer tomo de los «Libros de Acuerdos del Concejo Madrileño». Siendo fundador de la «Revista de la Biblioteca Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid», que adquirió pronto un gran prestigio por las importantes firmas que con él colaboraron.

En 1923 se trasladó a la Argentina para dirigir durante un año el Instituto de Filología y publicó en Buenos Aires, en colaboración con Américo Castro y Amado Alonso, una versión romanceada de la Biblia, según varios manuscritos de la Biblioteca del Escorial. En Buenos Aires dictó incontables conferencias y fue nombrado correspondiente de la Real Academia de la Historia.

Al regresar a España ganó por oposición la cátedra de Paleografía y Diplomática de la Universidad de Madrid. Explica también en esta época en la Facultad de Filosofía y Letras, la cátedra de Lengua y Literatura Latinas.

En 1935 es elegido académico numerario de la Real Academia de la Historia, leyendo su discurso de ingreso con un estudio sobre los códices visigóticos de la catedral de Toledo.

Al estallar la guerra civil tiene redactado el «Catálogo General de Manuscritos» de la Biblioteca de la Catedral de Toledo, un «Epistolario de Feijóo» y una «colección diplomática de Alfonso VIII» de los que sólo conocemos las referencias, por haber desaparecido los originales con motivo de la guerra. En diciembre de 1936 marcha a Francia y en París colabora en L'Ecole de Chartres, la famosa escuela de estudios archivísticos y realiza una serie de estudios en la Biblioteca Nacional de París, Biblioteca Mazarina, etc.

Terminada la guerra civil marcha a México, atrás dejaba numerosos discípulos que hoy son destacados profesores e investigadores. Y como testimonio imperecedero de su paso por la Universidad española ahí están las numerosas obras que prestigan tanto la cultura peninsular como la de su patria chica, Canarias. De la primera son

obras definitivas, entre otras muchas, las siguientes: Documentos pontificios en papiro de archivos catalanes. Estudio paleográfico y diplomático (1918). Contribución al «Corpus» de códices visigóticos (1931). Tratado de paleografía española (1932). Los códices visigóticos de la biblioteca capitular de Toledo (1935). Feijóo y Mayáns (1937). Notas bibliográficas acerca de los Archivos Españoles (1935), etc. A su vez, las islas Canarias deben a la pluma de Millares Carlo aportes muy considerables al mejor conocimiento de su historia y de su bibliografía: Ensayo de una bio-bibliografía de escritores naturales de las islas Canarias (1932). Documentos, Siete de los Reyes Católicos concernientes a la conquista de la Gran Canaria (1934). Los primeros tiempos de la imprenta en Las Palmas (1934). Los incunables canarios más antiguos (1936). Una crónica primitiva de la conquista de Canarias (1935). Lope de Vega y el Cabildo Central de Las Palmas (1935), etcétera. Queremos resaltar aquí cómo tres de sus obras, escritas antes de 1939, fueron premiadas por entidades de máxima solvencia científica. La Real Academia Española galardonó, a raíz de su publicación, el Tratado de Paleografía española, adjudicándole el Premio Fastenrath; la Biblioteca Nacional de Madrid premió y publicó a sus expensas el «Ensayo de una bio-bibliografía de escritores naturales de las Islas Canarias» y la Bibliografía de la imprenta en Barcelona durante el siglo XVI, que no llegó a ver la luz por causas de la guerra civil.

En México entra a formar parte de la Casa de España, convertida después en Colegio de México y una de las instituciones más prestigiosas del país. Desde 1944 perteneció al cuadro de profesores de la Universidad Nacional Autónoma de México, donde tuvo a su cargo las enseñanzas de paleografía española y lengua y literatura latinas; desde 1951 pasó a desempeñar el cargo de investigador de primera clase en el Instituto Bibliográfico Mejicano de la Biblioteca Nacional. También desde 1944 hasta 1959 dirigía la sección bibliográfica de la Revista de Historia de América, que publica en México el Instituto Panamericano de geografía e historia de la Unión Panamericana.

Durante su permanencia en México, que duró 20 años, además de su incansable actividad en la cátedra, publicó numerosas obras que prestigian la cultura hispanoamericana: Registro bibliográfico (1941). Nuevos estudios de paleografía española (1941). Investigaciones bibliográficas iberoamericanas (1950), Don José de Eguiara y Eguren y su «Biblioteca Mexicana» (1957). Apuntes para un estudio bibliográfico del humanista Francisco Cervantes de Salazar (1958). Album de paleografía hispanoamericana (1955). Cuerpo de documentos del siglo XVI sobre los derechos de España en las Indias y en Filipinas (1943). Historia de la Literatura Latina (1950). Gramática Latina (1947). Historia universal de la literatura (1945). Literatura española hasta fines del siglo XV (1950), etc. Y a toda esta ingente labor hay que añadir las ediciones de las obras completas de Ruiz de Alarcón (1957) y la monumental de la Bibliografía

mexicana del siglo XVI de García de Icazabalca (1954).

En octubre de 1959 Agustín Millares llega a Venezuela, aprovechando su año sabático de la Universidad Autónoma de México y es nombrado profesor de la recién creada Facultad de Humanidades de la Universidad del Zulia en Maracaibo, así como Director de la Biblioteca General de la Universidad. Allí desempeña una incansable actividad con el entusiasmo de un joven y la madurez de quien conoce a fondo la vida universitaria. Dicta las cátedras de latín y griego y la de filología románica. En 1961 contribuye a fundar el Boletín de la Biblioteca Nacional organizando cursos de bibliotecología, creando en 1965 el Departamento de Bibliotecología y Archivología de dicha Universidad.

La labor realizada en Venezuela es reconocida en toda América. En 1963 Lawrence S. Thomson en «Papers of the Bibliographical Society of America», hace saber que desde que el profesor Millares Carlo fue nombrado bibliotecario de la Universidad del Zulia esta institución se ha convertido en uno de los más importantes centros de investigación bibliográfica en la América Latina.

El año 1963 señala dos justas y merecidas recompensas para el doctor Millares. En primer lugar, la Academia Nacional de Historia de Venezuela le nombró por unanimidad de votos, académico correspondiente. En segundo lugar, la Universidad de Madrid le rindió un merecido acto de justicia al reponerlo en la cátedra de Paleografía, de la que había sido separado el 25 de noviembre de 1939.

En medio de esta ingente labor, lo mismo en la cátedra que al frente del Centro de Investigaciones Humanísticas de Venezuela, encuentra tiempo para publicar numerosos artículos y obras de interés especial para Venezuela y Latinoamérica.

Al cumplirse 20 años de su permanencia en la Universidad del Zulia fue elegido Doctor Honoris Causa en Educación por dicha Universidad, y su discípulo y luego compañero, el profesor Lino Vaz Araujo, reunió en un volumen el homenaje de alumnos y compañeros al que titula «Testimonios para una Bibliografía» y que fue publicado por la Universidad del Zulia en 1968.

Desde este momento la vida de Agustín Millares se reparte entre España y Venezuela.

En 1 de abril de 1966, y por gestión de un grupo de académicos, entre los que figura Ramón Carandé, Luis García de Valdeavellano, Gonzalo Menéndez Pidal y Julio Caro Baroja, es reincorporado a la Real Academia de la Historia de Madrid, de la que había sido dado de baja en 1941.

En diciembre de 1969 se traslada a Washington para recibir el premio «Fray Junípero Serra», que le otorga la Academia Franciscana de la Historia. Es nombrado miembro numerario de la Hispanic Society, de Nueva York.

En el año 1970, en solemne sesión, el Ayuntamiento de Las Palmas le nombra «hijo predilecto» de la ciudad. Pronuncia, con este motivo, el pregón tradicional del

día de San Pedro Mártir, fecha de la incorporación de la Isla a la Corona de Castilla.

En 1971, 2 de marzo, es nombrado por unanimidad, en sesión plenaria, miembro honorario del Instituto de Estudios Madrileños, en reconocimiento a sus aportaciones a la historia de Madrid.

Continúa en sus trabajos sobre el «Corpus» de códices visigóticos, para el cual disfruta de una ayuda económica de la Fundación March. En 1971 entrega al Instituto de Estudios Madrileños su obra «Contribuciones documentales a la historia de Madrid». Asiste puntualmente, y preside al ser el más antiguo, las sesiones de la Real Academia de la Historia, por encargo de la cual está redactando el catálogo razonado y crítico de los libros españoles del siglo XVI, legados a la Academia por el marqués de San Román. Asimismo, organizado por la Asociación de Mujeres Universitarias, en colaboración con el Archivo Histórico Nacional imparte en los locales de este centro dos cursos: «Paleografía española astur-leonesa-castellana de los siglos VIII al XV» y «Técnicas de investigación»: bibliografía, fuentes, etc.

En 1974 obtiene el Premio Extraordinario «Cardenal Cisneros» convocado por el Ministerio de Información y Turismo para conmemorar el V Centenario de la introducción de la imprenta en España.

A partir de entonces se instala definitivamente en España y fija su residencia en su ciudad natal. La Mancomunidad de Cabildos de la provincia le nombró secretario coordinador del Plan Cultural. De hecho actuó como Director, poniendo en marcha una serie de Comisiones como la de música, cine, publicaciones, etc. Este trabajo lo realizó hasta 1978. A partir de entonces se dedica a sus trabajos de publicaciones que tenía comprometidos con la Real Academia de la Historia de Madrid y algunos otros de la Universidad de Maracaibo.

Al mismo tiempo daba clases de paleografía para la Universidad a Distancia de Las Palmas. Cuando murió estaba corrigiendo pruebas de su última edición sobre paleografía española (1).

La obra de Agustín Millares es tan enorme que no puede ser ni siquiera relacionada por completo en este trabajo, pero puede ser consultada en el tomo I del «Homenaje a don Agustín Millares Carlo», en la colaboración de la Archivera doña Carmen Pescador del Hoyo (pág. 34).

La Caja de Ahorros de Gran Canaria rindió tributo de admiración al entrañable humanista publicando el libro en dos tomos, al que nos hemos referido en el párrafo anterior y en el que están recogidos trabajos relacionados con las disciplinas más cultivadas por el insigne polígrafo.

Para los que no lo conocimos, pero que vinimos a sustituirle en el Archivo de Villa, su figura ha sido y será siempre un ejemplo de lo que debe ser un buen archivero, y por ello procuramos que nuestros trabajos sean una continuación de lo que él tuvo un día que dejar interrumpidos.

(1) Las últimas noticias de sus actividades en Las Palmas nos han sido dadas por su colaborador don Manuel Hernández Suárez.

INFORME SOBRE LOS MONUMENTOS CONMEMORATIVOS DE MADRID 1939-1979

Por Javier Carlos FERNANDEZ DELGADO
Mercedes MIGUEL PASAMONTES
María Jesús VEGA GONZALEZ

PROLOGO

EL presente informe es el avance de un trabajo más amplio de estudio y catalogación que se está realizando actualmente.

El objetivo central perseguido es la confección de un catálogo de los monumentos conmemorativos de Madrid instalados en vías públicas durante el período 1939-1979, incluyendo tanto los monumentos arquitectónicos y escultóricos como las lápidas.

El catálogo irá precedido de un estudio documentado de los principales aspectos que se destacan a partir de la consideración de éste como fuente histórica, sociológica y artística de primer orden.

Este informe, siguiendo un esquema paralelo, se compone de dos partes: el inventario de las obras y un breve estudio sobre las mismas.

El inventario que aquí se adjunta recoge los monumentos arquitectónicos y escultóricos —prescindiendo de momento de las lápidas— inaugurados e instalados en Madrid durante los cuatro últimos decenios y existentes en la actualidad. Se ha elegido para su exposición un orden cronológico.

Como apéndice se incluye una relación de las obras conmemorativas que, aun siendo anteriores al período estudiado, han cambiado de emplazamiento durante el mismo, y de aquellas que han sido reinauguradas.

LA IMAGEN DE LA CIUDAD Y SU ESQUELETO

Toda ciudad tiene su imagen, en la que los ciudadanos se reconocen a sí mismos y la reconocen a ella. Esa imagen tiene a su vez un esqueleto, que podemos llamar «ciudad monumental»; es allí a donde el habitante urbano lleva a su conocido visitante cuando quiere mostrarle su ciudad. El centro histórico es generalmente, sobre todo en Europa, el que cumple ese papel, aunque pueden existir otros muchos elementos.

Los monumentos conmemorativos constituyen la principal base material de esa imagen de la ciudad. Aunque ésta pretenda ser atemporal, los monumentos se encuentran en el tiempo, sujetos a la corriente de la Historia, y en cuanto que son his-

tóricos, cambian y transforman con ellos la propia imagen de la ciudad.

Es necesario, por tanto, un análisis científico de la imagen de la ciudad, y como una contribución a ese análisis se plantea este informe, adelanto de una investigación más completa.

El punto de partida esencial consiste en la catalogación de los monumentos, labor no realizada hasta hoy. Ochenta y tres monumentos conmemorativos escultóricos y arquitectónicos quedan recogidos en el inventario adjunto, número importante para un período de cuarenta años. Dichas obras se encuentran distribuidas en el tiempo y en el espacio.

Un punto interesante, pues, del análisis es el de la situación urbana de los monumentos. Desde esta perspectiva se puede hablar de una microsituación, que se refiere al contexto inmediato, y otra macrosituación, en relación al área urbana general. Respecto al primer aspecto se puede decir que la mitad de los monumentos se localizan en parques o jardines; en concreto, trece en el Parque del Retiro, ocho en el Parque del Oeste y en parques y jardines más pequeños se distribuyen los otros veinte. De la mitad restante, treinta y uno se localizan en plazas y once en calles. Existen pues, claramente emplazamientos típicos para monumentos, algunos incluso superpoblados, caso de los dos grandes parques a costa de otros muchos lugares.

Lo más significativo en este sentido, y tocando ya el aspecto de la macrosituación, es la concentración de los monumentos en los distritos centrales, quedando la gran periferia madrileña desprovista de ellos. Este fenómeno viene en parte impuesto —los hombres «ilustres», por ejemplo, suelen vivir en el centro...—, pero principalmente es fruto de una determinada «política monumental».

Algunos monumentos —generalmente inaugurados con anterioridad a 1939 y todos ellos muy conocidos— han sido trasladados a lo largo del período que consideramos. La mayoría de ellos cambiaron de emplazamiento en la segunda mitad de la década de los años sesenta, coincidiendo con la llegada a la Alcaldía del Sr. Arias Navarro, la remodelación del casco urbano —plazas, pasos elevados, subterráneos, etcétera— y el desarrollo gigantesco de la capital. Fue conocido en su momento como «baile de estatuas».

Este período supone también el del relanzamiento monumental de Madrid —veintitrés obras conmemorativas en los ocho años de alcaldía—, tras un ritmo templado de inauguraciones e instalaciones a lo largo del mandato del Conde de Mayalde —veintitrés monumentos en trece años—, para verse moderado de nuevo últimamente —dieciséis obras en seis años.

Estas consideraciones conviene completarlas con la información desprendida del estudio de las lápidas conmemorativas.

Los monumentos inventariados son susceptibles de ser clasificados según una tipología formal. En este sentido se establecen los siguientes grupos: veinte estatuas, dieciséis grupos escultóricos, dieciséis bustos, nueve fuentes y veintidós «varios». Esta última categoría de «varios» tiene un interés especial pues muestra, en cierto sentido, una heterodoxia compositiva o representativa respecto a las formas tradicionales del monumento conmemorativo. Lo cierto es que existen contadísimos ejemplos de incorporación de corrientes artísticas vanguardistas al tratamiento de la obra conmemorativa.

Entramos así en el tema del «arte oficial» o «arte público». Lo conmemorativo suele estar muy mediatizado por organismos públicos o estatales —iniciativa, financiación, «placet», etc.— que señalan en parte tanto forma como ideología de la obra. El análisis de los autores de los monumentos inventariados señala, sin embargo, que existen tantos escultores y arquitectos como obras. Algunas obras son realizadas por más de un autor, pero aun así el porcentaje sigue siendo elevado. Es más, sólo la cuarta parte de esos autores participan en más de una obra. No se puede hablar por tanto de que exista el fenómeno de que unos cuantos artistas «oficiales» realicen y acaparen la mayor parte de los encargos, recayendo materialmente en ellos la creación y desarrollo de una supuesta «estética franquista». Más bien parece darse una juxtaposición de autores arrojados por una misma concepción y realización artísticas —que podemos llamar una «estética»— nacida de una comunión ideológica repetidamente plasmada en las obras.

Es delicado el delimitar y perfilar las ideologías asociadas a los monumentos, y para ello hay que acudir a elementos de tipo indirecto; tal, por ejemplo, mediante el análisis de los personajes y acontecimientos

tos conmemorados. En esta línea se puede hablar de «ciclos temáticos» predominantes. Algunos de éstos se hallan muy bien representados en Madrid, caso del «ciclo hispanoamericano», que hace referencia a las relaciones de España con Iberoamérica en sus múltiples facetas; el «ciclo de los Caídos de la Guerra Civil» o el «ciclo de la Fiesta Nacional». Sorprende la poca entidad del «ciclo religioso» y también la inexistencia de un «ciclo de Madrid» específico —el único representante claro es el monumento al Oso y el Madroño.

Otro punto de vista es el análisis socio-profesional de los conmemorados, que muestra, por ejemplo, la preponderancia de personalidades relacionadas con las Bellas Artes, seguida de militares, políticos y médicos.

Los patrocinadores, es decir, quienes financian el monumento, ya sea explícita-

mente, porque consta en la inscripción, o de hecho, mediante su subvención, constituyen otro aspecto importante. El Ayuntamiento de Madrid es la principal entidad patrocinadora, aunque en cuanto tal ha erigido apenas un tercio de los monumentos, si bien ha colaborado en muchos más al financiar el pedestal y ajardinamiento o cediendo el terreno. Los monumentos donados o financiados por otras instituciones públicas o privadas suponen la mitad del total variando considerablemente sus orígenes. Por fin, el resto, doce obras, son atribuibles a subvención popular en el sentido de que en sus génesis se encuentra una suscripción pública donde se van sumando las aportaciones.

Estas son algunas de las apreciaciones iniciales que se pueden hacer a partir de los datos que aporta el inventario. Caben otras muchas líneas de estudio: análisis

formal, de los materiales y sus dimensiones; análisis de las formas de representación y de crítica artística; un análisis de contenido que estudie las inscripciones y la incidencia de las formas y composición externas en la transmisión de un mensaje ideológico; análisis de las circunstancias histórico-sociales, de las inauguraciones y su impacto; de la trayectoria del monumento, gestación (o frustración), presupuestos, costes económicos, legislación, traslados, reparaciones...

Para concluir este informe sustancialmente breve y sintético conviene hacer referencia al insuficiente panorama bibliográfico sobre el tema que nos ocupa, en el sentido de la inexistencia de obras específicas o actualizadas sobre el mismo. En esta perspectiva nuestro próximo trabajo pretende a la vez cubrir un vacío y abrir un camino rico en posibilidades.

INVENTARIO DE LOS MONUMENTOS

Fecha Inauguración	Conmemorado	Emplazamiento
1941: 9 noviembre	Virgen de la Almudena (estatua)	Cuesta de la Vega
1943: 14 mayo	Mártires de la Sacramental de San Isidro (cruz)	P.º de la Ermita del Santo (pared de la Sacramental)
7 julio	Tirso de Molina (estatua)	Plaza de Tirso de Molina
24 octubre	Cruz de los Caídos (cruz)	Hermanos García Noblejas
1944: 8 octubre	Loreto Prado (estatua)	Plaza de Chamberí
1946: 24 junio	Vázquez de Mella (fuente)	Plaza de las Platerías de Martínez
24 noviembre	Caídos de Chamartín de la Rosa (grupo escultórico)	Plaza del Duque de Pastrana
1947: 19 noviembre	Ignacio Zuloaga (busto)	Jardines de las Vistillas
1949: 21 noviembre	Cecilio Rodríguez (busto)	Jardines de Cecilio Rodríguez (Parque del Retiro)
1950: 15 mayo	Dr. Ferrán y Vila (fuente)	Princesa acceso plaza de Cristino Martos
1951: 21 octubre	Isabel la Católica (monolito)	Avda. de los Reyes Católicos (Centro Iberoamericano de Cooperación)
1952: 7 julio	Juan de Villanueva (fuente)	Glorieta de Ramiro Ledesma Ramos
27 octubre	Cuba (fuente)	Plaza del Salvador (Parque del Retiro)
1954: 21 octubre	Dr. Pulido (grupo escultórico)	Parterre (Parque del Retiro)
23 octubre	José Ignacio Rivero (mural)	Parque del Oeste
26 octubre	Núñez de Balboa (estatua)	Jardines frente al Museo de América
8 diciembre	Virgen del Asedio (estatua)	Jardines detrás Museo de América
1955: 15 mayo	Portadores de la Antorcha (grupo escultórico)	Plaza de Ramón y Cajal (Ciudad Universitaria)
15 mayo	Infanta Isabel (grupo escultórico)	Paseo del Pintor Rosales (desmontada actualmente)
1957: 15 julio	Elena Fortún (mural)	Parque del Oeste
19 noviembre	Dulcineas (estatuas del monumento a Cervantes)	Plaza de España
1959: 18 julio	Francisco Franco (estatua)	Plaza de San Juan de la Cruz
1960: 13 julio	Calvo Sotelo (grupo escultórico)	Plaza de Castilla
14 diciembre	Velázquez (columna)	Plaza de Ramales
1961: 2 abril	Sagrado Corazón (estatua)	Glorieta de San Antonio de la Florida
25 mayo	José de San Martín (estatua)	Glorieta del General San Martín (Parque del Oeste)
6 julio	Monsén Jacinto Verdager (busto)	Glorieta de la Sardana (Parque del Retiro)
14 octubre	Francisco de Paula Martí (busto)	Paseo del Duque de Ferrán Núñez (Parque del Retiro)
1962: 21 junio	Felipe II (estatua)	Plaza de la Armería (Palacio Real)
1963: 17 julio	Eugenio d'Ors (fuente)	Paseo del Prado (frente al Museo del Prado)
	Víctimas del Atentado de las Bodas Reales (grupo escultórico)	
1964: 26 abril	Sardana (fuente)	Calle Mayor, 79
14 mayo	Dr. Fleming (grupo escultórico)	Glorieta de la Sardana (Parque del Retiro)
	Angeles de la Paz (grupo escultórico)	Plaza de Toros Monumental de las Ventas
1965: 23 mayo	Alfárez Provisional (monolito)	Avenida de Bruselas
29 noviembre	Maestro (grupo escultórico)	Plaza del Alfárez Provisional
1966: 12 mayo	Luigi Boccherini (busto)	Glorieta del Maestro (Parque del Oeste)
1967: 10 enero	Oso y Madroño (grupo escultórico)	Glorieta de Boccherini (Cuesta de la Vega)
18 enero	Rubén Darío (busto)	Puerta del Sol
15 junio	Toreros de Beneficencia (grupo escultórico)	Glorieta de Rubén Darío
8 noviembre	Azorín (busto)	Plaza de toros Monumental de las Ventas
8 noviembre	Caídos de la Cuesta de la Vega (grupo escultórico)	Glorieta de Azorín (Cuesta de la Vega)
		Cuesta de la Vega
Fecha reinauguración	Conmemorado	Emplazamiento
9 noviembre	Oso Berlínés (estatua)	Parque de Berlín
	Manuel del Palacio (busto)	Plaza del Poeta Manuel del Palacio
1968: abril	Padre Anchieta (estatua)	Avenida del Arco de la Victoria (Casa de Brasil)
1969: 13 diciembre	Carlos Jiménez Díaz (fuente)	Plaza de Cristo Rey

Fecha reinauguración	Conmemorado	Emplazamiento
1970: 1 junio	Gregorio Marañón (busto)	Plaza de Ramón y Cajal (Ciudad Universitaria)
12 octubre	Hispanidad (grupo escultórico)	Frente Parroquia de Santo Tomás de Aquino
28 octubre	Simón Bolívar (estatua)	Paseo de Camoens (Parque del Oeste)
1971: 30 julio	José Antonio (monolito)	Plaza Mayor del Poblado Mínimo de Vallecas
noviembre	Miguel Antonio Caro (busto)	Avenida de Séneca, 6 (Colegio Mayor Colombiano)
1972: 24 abril	Jacinto Benavente (estatua)	Parterre (Parque del Retiro)
26 abril	Andrés Bello (estatua)	Jardines de la Dehesa de la Villa
29 mayo	Ramón Gómez de la Serna (fuente)	Plaza de Gabriel Miró
20 julio	Caídos del Cuartel de la Montaña (estatua)	Parque del Cuartel de la Montaña
julio	Valle Inclán (busto)	Calle Valle Inclán, 14
1973: 28 abril	Francisco Morazán (monolito y relieve)	Plaza de Honduras (Parque del Retiro)
6 julio	Valle Inclán (estatua)	Paseo Calvo Sotelo (Jardines)
1974: 11 octubre	Gustavo Adolfo Bécquer (fuente)	Jardines de la Fuente del Berro
21 octubre	Sargento Provisional (monolito)	Plaza del Sargento Provisional
1975: 13 mayo	Agustín Lara (estatua)	Plaza de la Corrala
16 junio	Antonio Andrés Martínez (estatua)	Plaza de Antonio Andrés Martínez
1975: 22 junio	Padre Huidobro (monolito)	Avenida del Padre Huidobro
1 julio	Juan Domingo Perón (estatua)	Jardines del General Perón
3 julio	Andrés Eloy Blanco (busto)	Paseo de Venezuela (Parque del Retiro)
9 octubre	Enrique Inieta (busto)	Jardines de la Fuente del Berro
11 diciembre	General José Artigas (estatua)	Parque del Oeste
1976: 14 mayo	Mariscal Francisco Solano López (monolito y relieve)	Parque del Retiro
9 octubre	Jaime I (busto)	Parque del Oeste
1977: 10 mayo	Tomás A. Edison (monolito y relieve)	Universidad Autónoma
15 mayo	Macroesculturas del Descubrimiento	Jardines del Descubrimiento
14 mayo	Antonio Bienvenida (grupo escultórico)	Plaza de Toros Monumental de las Ventas
1978: 8 octubre	Justo Arosemena (monolito y relieve)	Plaza de Panamá (Parque del Retiro)
1979: 26 marzo	Ancla	Lago de la Casa de Campo
7 diciembre	Miguel Hidalgo (grupo escultórico)	Glorieta del Maestro (Parque del Oeste)

Sin inaugurar	Conmemorados (Orden Alfabético)	Emplazamiento
—	Caídos de la Moncloa (rotonda)	Plaza de los Mártires de Madrid
—	Carlos III (estatua)	Jardines de Sabatini
—	Dante (mural)	Menéndez Pelayo (Parque del Retiro)
—	Héroes del Plus Ultra (monolito)	Plaza de los Mártires de Madrid
—	Ibáñez Martín, José (busto)	Avenida del Arco de la Victoria
—	Polifemo (estela)	Parque del Retiro
—	Ramón y Cajal, Santiago (busto)	Parte posterior del Hospital Ramón y Cajal
—	Victoria (arco)	Plaza de los Mártires de Madrid

APENDICE: INVENTARIO DE LOS MONUMENTOS TRASLADADOS (1939-1979)
INVENTARIO DE LOS MONUMENTOS REINAUGURADOS

Fecha Traslado	Conmemorado	Nuevo Emplazamiento
1940	Chisperos Madrileños (grupo escultórico)	Calle Luchana esquina a calle Manuel Cortina
1944	Infancia (grupo escultórico)	Plaza de las Salesas
1946	Goya (estatua)	Museo del Prado
1959	Eduardo Rosales (estatua)	Paseo del Pintor Rosales
1960	Isabel la Católica (grupo escultórico)	Jardines del Museo de Ciencias Naturales
1966	Manuel Cassola (estatua)	Paseo Moret (Parque del Oeste)
	Dr. Esquerdo (busto)	Calle Dr. Esquerdo esquina calle Nazaret
	Mariano José de Larra (busto)	Calle Bailén
	Lope de Vega (estatua)	Plaza de la Encarnación
	Marques Viudo de Pontejos (estatua) y	
	Francisco Piquer (estatua)	Plaza de las Descalzas (Puerta de la Caja de Ahorros)
1967	Agustín Argüelles (estatua)	Paseo Moret esquina Pintor Rosales (Parque del Oeste)
	Goya (busto)	Glorieta de San Antonio de la Florida
	Mesonero Romanos (grupo escultórico)	Jardines del Arquitecto Rivera
	Pueblo del 2 de mayo (grupo escultórico)	Jardines del General Fanjul
	Quevedo (estatua)	Glorieta de Quevedo
1971	Julio Romero de Torres (monolito y relieve)	Paseo de Julio Romero de Torres (Parque del Retiro)
Después de 1968 y antes de 1975	Víctimas de la Aviación militar (grupo escultórico)	Paseo Moret

Fecha reinauguración	Conmemorado	Emplazamiento
1963: 17 diciembre	Bravo Murillo (estatua)	Calle Cea Bermúdez esquina calle Bravo Murillo
1969: 15 mayo	Al nacimiento de la Infanta Isabel (obelisco - fuente)	Parque de la Arganzuela

PEDRO MATA

UN MADRILEÑO QUE NACIO EN LA CASA DONDE MURIO CERVANTES

Por Juan LAGARMA BERNARDOS



SE dice que rectificar es de sabios, y rectificar fue lo que hicieron Barbieri, Chueca y Pedro Mata; comenzaron la carrera de Medicina y no pasaron del primer curso. Barbieri la inició a instancias de su madre, cuando regresó de hacer los primeros estudios como interno en el convento de los padres Trinitarios Descalzos, de Santa Cruz de la Zarza (Toledo). Creo que Chueca también se matriculó influenciado, posiblemente por algún compañero de estudios, puesto que desde los nueve años era ya alumno destacado del Conservatorio, lo que viene a confirmar que su verdadera vocación era la música. Y en cuanto a Pedro Mata, se debió al deseo expreso del doctor Esquerdo —discípulo de su abuelo, el famoso doctor, político y escritor del mismo nombre y apellido— que se ofreció a costearle la carrera,

con la única condición de que para practicarla bien y hacer de él una figura en la especialidad, viviera en el manicomio fundado por él en el vecino pueblo madrileño de Leganés. Y Pedro Mata, ante la perspectiva de tener que pasarse varios años entre locos, declinó tan generoso ofrecimiento, y al finalizar el primer curso, no quiso saber más de Medicina. El joven Mata triunfó en lo que le gustaba: las letras, como triunfaron también Barbieri y Chueca en la música, que era su verdadera vocación.

Pedro Mata Domínguez nació en Madrid el 17 de enero de 1875, en la finca número 2 de la calle de Cervantes, llamada de Francos hasta mediados del siglo XIX. Sobre el solar en que fue edificada estuvo hasta el año 1873 la casa en que murió el autor del Quijote y que en aquel entonces



El célebre médico, político y escritor don Pedro Mata y Fontanet, abuelo del novelista, fue secretario de las Cortes durante la regencia de don Baldomero Espartero, y Gobernador civil de Madrid reinando Amadeo I de Saboya.

tenía su entrada por la calle del León; pero antes de habitar en ella nos dice Pedro de Répide que fueron tres más en las que vivió en Madrid, muy cercanas entre sí, por este orden: en la calle de la Magdalena, en la plaza de Matute, y en la calle del Príncipe. Y volviendo a la mentada que Madrid le dedicó a don Miguel, diremos que, en esa calle también vivieron y murieron ese gran ingenio que se llamó Fray Lope de Vega Carpio, el compositor murciano Manuel Fernández Caballero y el poeta periodista y autor dramático aragonés Eusebio Blasco, casas que estaban muy cerca de la que fue propiedad de don Francisco de Quevedo y Villegas, y en la que vino al mundo el día 19 de abril de 1832 nuestro primer premio Nobel, don José Echegaray y Eizaguirre.

Pero volvamos a los primeros años de Mata para decir que así como otros chicos lo pasaban en grande jugando en la calle, él se lo pasaba mejor todavía leyendo de todo durante horas y más horas, debido a que disponía de una copiosa biblioteca reunida por su padre, gran aficionado a la literatura. En una entrevista que sostuvo cuando ya su nombre era solicitadísimo por las editoriales le preguntaron cómo discurrieron sus primeros estudios, a lo que respondió así: «Comencé el grado, pero las lecciones, aprendidas rápidamente, "prendidas con alfileres", a duras penas me permitían obtener humildes "aprobados". En cambio, me sabía de memoria trozos del Quijote, sátiras de Quevedo, estrofas de Espronceda y de Hugo...».

Y ahora pasemos a decir que sus primeros escritos vieron la luz en las publicaciones «El Cascabel» (1863-1892) y «Madrid Cómico» (1880-1912), llegando a figurar, al cabo de los años, en el cuadro de colaboradores de «ABC» y «Blanco y Negro». También tocó el teatro —que le gustaba más que nada— en el que tuvo como colaborador a Ricardo J. Catarineu, poeta y crítico teatral del diario madrileño «La Correspondencia de España», el que además de aportar ideas y situaciones era el encargado de gestionar cerca de las empresas el estreno de las obras. Y de esa colaboración, que duró hasta la muerte de Catarineu en el año 1915, nacieron las que quedan citadas a continuación, representadas en teatros madrileños: «El deber», comedia en 3 actos; «La

otra», comedia en 3 actos; «En la boca del lobo», comedia en un acto; «La sombra», comedia en 3 actos; «El torrente», comedia en 4 actos; «El infierno de aquí», comedia en 3 actos; «Una menos», comedia en un acto; «La Goya», drama en 3 actos; «El nublado», comedia en 3 actos, y «Teatro trágico», del que se hicieron tres ediciones. Muerto su colaborador, Mata dejó de escribir para la escena y se entregó de lleno a la novela. Cuando escribió «La Catorce» —que comprendía además tres novelas cortas tituladas «Ni amor ni arte», «La condenación del P. Martín» y «Cuesta abajo»— le llamaron escritor madrileñista, y aterrado abandonó seguidamente el género, y al citar «La Catorce» —editada por su cuenta— con el importe de los seiscientos ejemplares que vendió, apenas le alcanzó para abonar los gastos de la impresión. Pero como en Mata había un gran escritor, un novelista de primera fila, al cabo de unos años llegó a ponerse a la venta el decimonoveno millar de «La Catorce», siendo «Un grito en la noche» (1), de entre su obra novelística, la que alcanzó el mayor número de ejemplares vendidos —sesenta y siete mil hasta el año 1930—. En cuanto a las tiradas de sus restantes obras hasta el citado año se elevaron a las siguientes: «Ganarás el pan», 24.000 ejemplares; «La Catorce», 19.000; «Corazones sin rumbo», 52.000; «Muñecos», 52.000; «Irresponsables», 40.000; «El hombre de la rosa blanca», 26.000; «Una aventura demasiado fácil», 20.000; «Chamberí», 50.000; «El hombre que se reía del amor», 30.000; «Más allá del amor y de la muerte», 30.000; «Más allá del amor y de la vida», 30.000; «La reconquista», 30.000; y 15.000 de «El pájaro en la jaula», última escrita en su chalé de la Colonia de los Pinares, en Chamartín de la Rosa, donde falleció el 29 de diciembre de 1946, a la edad de 71 años.

Cuando Pedro Mata llegó a ser el autor de novelas que más se vendían en nuestro país y el más solicitado por empresas editoriales, el periodista José María Carretero le preguntó en una entrevista, entre otras cosas, qué plan seguía para escribir sus novelas: «Las planeo —respondió— en la imaginación tan delladamente, que las veo como si ya estuvieran hechas, como si las leyera en un libro ajeno... Cuando ya la novela está bien madura, cuando ya me ocupa demasiado sitio en el pensamiento, la escribo como mejor



Pedro Mata, por los días en que apareció en las librerías su novela «Corazones sin rumbo».



El dibujante Federico Ribas, realizó esta portada para la sexta edición de «Irresponsables».

puedo. Pero si la tengo bien pensada, con facilidad; claro que esto se refiere al nervio del asunto, a la espina dorsal de la novela. Pero luego, al escribirla, surge un personaje en el que no habíamos pensado, y que se nos impone, más fuerte que nuestra voluntad, y nos subyuga de un modo diabólico, y hay que seguirlo... «Que extraño es esto de los tipos imprevistos que surgen sin que podamos explicarnos el porqué». Y a otra pregunta sobre qué vida hacía habitualmente, respondió así: «Me acuesto de diez y media a once de la noche. Me levanto a las seis de la mañana en todo tiempo y me pongo a trabajar hasta las once. Entonces me voy a la calle para distraer la imaginación. Nada hay mejor que el ejercicio físico para descansar del trabajo mental. Yo tengo un par de caballos, y muchos días, con mi esposa salgo a galopar por la Moncloa o la Casa de Campo hasta la una o las dos de la tarde».

Ya ha quedado dicho en líneas anteriores que Pedro Mata llegó a ser el novelista más solicitado en su época por las empresas editoriales. No sólo le ofrecían contratos las más principales, sino también las modestas, y prueba de lo dicho es lo siguiente: el 19 de mayo de 1922 comenzó a publicarse en Madrid «La novela de Hoy», que Mata inauguró con una narración muy viva, muy real y muy deliciosa, titulada «El momento difícil». Era su director el abogado y escritor Artemio Precioso, que contó desde el primer momento con la

colaboración de firmas tan prestigiosas como las de Blasco Ibáñez, Wenceslao Fernández Flórez, Pérez de Ayala, Ortega Munilla, Araquistain, Martínez Olmedilla, Cansinos-Assens, Insúa, Zamacois, Hernández Catá, Rafael López de Haro, Zúñiga, Carrere, Julio Camba y otros, encomendándoseles las portadas y dibujos en el texto a Ribas, Penagos, Ricardo Marín, Varela de Seijas, Baldrich, Izquierdo Durán, Robledano, Máximo Ramos y Ochoa, por no alargar más la cita, colaboraciones literarias y artísticas que por su importancia tuvieron entre el público gran aceptación, por lo que la vida de «La Novela de Hoy» no fue flor de un día. Su precio era de treinta céntimos, se ponía a la venta los sábados, constaba de unas sesenta páginas, y su tamaño era de 10 x 14 cms. Diré por último, que cuando la citada publicación iba a cumplir sus dos primeros años de vida, editó un número extraordinario —para el que Mata escribió «Un día de emociones»— en el que figuraron páginas autógrafas de varios colaboradores, precedidas de un prólogo de Artemio Precioso, en el que hacía una breve cita de cada uno, y cuando le llegó el turno a Mata dijo: «Un día de emociones» es una de las novelas más bellas, más interesantes y más deleitosas de estos últimos años», cerrándose este recuerdo reproduciendo lo que sobre el autor de «Ganarás el pan» escribió en «ABC» el crítico F.S.O. (2).

«Mata hace de una trivialidad un cuento; de un asunto universal y apolillado, una novela cautivadora. Su secreto, un secreto muy difícil de conocer y muy difícil de practicar, está, creemos, en que sabe hallar el sensualismo, el pensamiento y la inclinación sentimental del gran público, por lo menos del que busca. Muchas veces, en los diálogos y escenas, más que la pintura de los personajes, está la fotografía colectiva de la masa de lectores. No necesita bucear, porque de primer intento conoció experimentalmente la psicología de los tipos promedios, representativos de nuestras capas sociales, le basta con reanudar el contacto externo; lo demás lo proporciona la construcción, la maña, y en eso Mata es un maestro».

Su novela «Chamberí» (3) es una nueva evocación del Madrid castizo, con fisonomía particular, simpática y risueña, tan pintoresco como el de antaño, aun cuando el autor nos presente con intenso interés real el Madrid de 1930, y en su última producción, «El pájaro en la jaula» (1930), que ha sido traducida al francés por Juana Broussan-Gaubert con el título «L'oiseau dans le cage», el freudismo pone su nota de novedad y de interés, de una orientación muy actual; los personajes creados en ella por Pedro Mata se mueven y obran bajo la influencia misteriosa de lo subconsciente, dominados por extrañas sugerencias indefinidas.

Como homenaje a la memoria del doctor, político y escritor don Pedro Mata y Fontanet y de su nieto Pedro Mata Domínguez, Madrid les ha dedicado una calle al primero y una avenida al segundo. La de don Pedro comienza en los finales de la de Atocha, y la del novelista en el centro de la llamada Colonia de los Pinares, en la que entre otros de sus primeros vecinos vivió y murió el genial dibujante Manuel Tovar.

NOTAS

- (1) En el número 317 de «La Farsa» (1927-1936) se publicó «Un grito en la noche», de J. Pérez Doménech. Versión escénica en tres actos de la novela de Pedro Mata. Catorce personajes. Ocho mujeres y seis hombres.
- (2) y (3) Véase suplemento Espasa, tomo 7.

EL TRABAJO OSCURO Y SILENCIOSO DEJARA EL MEJOR RECUERDO

(viene de la página 8)

distanciamiento que nace de que el Alcalde es una autoridad. Es algo que me desconcierta, y procuro no someterme a ello, sino que los demás se adapten a mi manera de ser modesta y humilde. Poco a poco lo voy consiguiendo, sin que ello suponga falta de respeto entre unos y otros.

—¿Y qué le place?

—Lo que me agrada más, quizá sea la confianza que las gentes sencillas ponen en su Alcalde. En muchas ocasiones, cuando voy por la calle, los ciudadanos detienen mi paso y me preguntan «por qué no les arreglan su casa, por qué no les instalan el teléfono o por qué no les ha llegado su viudedad». Muchas de las soluciones que solicitan no dependen de mí, pero hago lo que puedo en su favor. Esta fe en su Alcalde ha venido a reafirmar mi idea de que es preciso fortalecer a los Ayuntamientos —tan próximos a los vecinos— y así fortalecemos la paz y la mejor convivencia. Hemos de conseguir que los habitantes de cada ciudad no se resignen a que el Estado resuelva todos sus problemas, sino que deben inclinarse a pensar que la solución inmediata está en su Ayuntamiento.

Juez imparcial da lo suyo a cada cual

—En cierta ocasión dijo usted que «deseaba convertirse en árbitro municipal» y, ciertamente, ha tenido ocasión de practicar en el Salón de Sesiones... Autocalifíquese: ¿ha sido, durante este año, un árbitro duro?

—No. Al contrario: dejo que hablen todos y procuro tornar las aguas a su cauce cuando el debate se desborda. Con una broma o con cualquier frase que invite a la sonrisa, intento suavizar la retórica dramática. Durante este año, y en el Ayuntamiento, creo que me he despolitizado hasta convertirme sencillamente, en un administrador. He procurado entender que esta gran empresa que es Madrid, necesita de mi actividad como árbitro y del esfuerzo de todos para que las cosas vayan mejor. Confío en haber conseguido la amistad de los concejales de UCD; lo que no quiere decir, por supuesto, que haya obtenido su confianza política.

—Unos se acercan y le piden, como ha referido... Otros, le observan sin decir nada. ¿Percibe esas miradas también?

—¡Cómo no! Y resulta molesto. A veces sospecho que pasan revista, desde mis zapatos hasta el cabello. Unos por curiosidad; otros con simpatía y, algunos, con la sospecha de que me estoy enriqueciendo, buscan un alfiler de corbata con tres perlas, inexistente. El convertirse en objeto permanente de observación es un precio muy alto que no hay más remedio que pagar cuando se vive en funciones públicas.

La verdad es verde y, quien la dice, se pierde

—¿Cumplió el programa que tenía previsto hasta la fecha?

—El programa municipal de la propaganda electoral, no. En las propagandas electorales siempre se miente. Se trata de mentiras políticas pero, al fin y al cabo, son mentiras. Ya sabe usted que la mentira en política tiene otra importancia, porque se entiende que quien la acepta ya sabe que no se está diciendo la verdad, de modo que se establece una relación convencional. Pero aún así, yo procuré contenerme, no ofrecer demasiadas cosas, prometí «que haría lo posible»... Queda mucho por hacer hasta que, lo dicho por unos y otros en la propaganda electoral, se cumpla.

Al desagradecido, desprecio y olvido

—¿No sumó demasiadas infidelidades incomprensibles?

—Siempre hay pasillos y cabildeos. Es casi imposible acabar con el cabildeo... Parece que la gente no sabe convivir sin luchar contra los demás en el ámbito político e, incluso, en el municipal. Pero yo he optado por mantenerme al margen: procuro no enterarme, permanecer distante, quedando así marginado por completo de las camarillas.

Silencio y soledad, contraveneno de la ciudad

—¿No sintió ahí, en lo más alto, la amargura de la soledad?

—En ocasiones, en la vida, se está aislado y eso es tolerable. Muy pocas veces se está solo... Habría que distinguir entre soledad y aislamiento. La verdad, es que cuando conducen una persona a la cárcel, todo el mundo sabe que los jueces la condenaron al aislamiento... pero no a la soledad. Hay quien no sabe sobrellevar el aislamiento y lo convierte en soledad, lo que resulta amarguísimo. Yo he procurado siempre no encontrarme solo, por tenerme a mí mismo como compañía... Aislado no me he sentido nunca: a veces, he observado que las gentes iban a sus cosas y que yo comenzaba a estar aislado respecto de los demás. En tales casos, siempre hallé remedio: se puede escribir, leer o pensar, para no permanecer solo.

Al endeble todos se le atreven

—Sus deberes de Alcalde, ¿han contribuido a herir su retina cansada?

—Posiblemente, aunque los médicos me dicen «que no». Y comprendo que, objetivamente, pueden llevar razón; pero no debemos olvidar un elemento subjetivo de tensión, de preocupación, —ese estar, continuamente, atemperando problemas o conductas— que, de alguna manera, habrá tenido que influir.

—Su buen humor, a pesar de todo, es proverbial. ¿Lo mantendrá siempre?

—Creo que sí, porque proviene de educación, de carácter. Yo he convivido con personas que en un momento dado, cuando se iba acercando a lo dramático o al insulto, sabían aplicar una nota de ironía que evitaba llegar a situaciones realmente vulgares. Porque, la vulgaridad, no consiste en no saber usar el cuchillo o el tenedor, sino en superponer a cualquier intervención normal una serie de actitudes personales innecesarias. Cuando a una relación o a un saludo, le añadimos algo más del gesto obligado, incurrimos en la vulgaridad... La gente del pueblo no

es vulgar porque hace las cosas como deben hacerse; los que quieren diferenciarse de los demás a costa de la naturalidad, suelen caer en una vulgaridad lamentable.

Sombra es la vida, que no bien asoma cuando es ida

—*Usted definió los rumores como «plantas que crecen sin nacer». Sin embargo, se habló un tiempo de su retirada, de su cansancio, de su desilusión...*

—Soporto muy bien las dificultades: con percañe y todo, aguanto. Desilusión no sufro porque mantengo la ilusión: mi ilusión es ayudar y, desgraciadamente, siempre hay necesidades. Puede surgir, eso sí, la desconfianza en torno a cosas que deberían hacerse y no se hacen o el desengaño político en el sentido de haber creído que la visión de conjunto —la necesidad de resolver las exigencias colectivas de la comunidad— iba a ser más imperiosa que la visión de los partidos, los grupos, o los compromisos. Pero luego, me digo a mí mismo «que somos así, que así está organizada la democracia y que es preciso esperar unos años para que todo esto se solucione». De tal modo, el desengaño que surgió, no aumenta de tamaño.

Debe el que tiene; el que nada tiene, nada debe

—*En la vida, los dos platillos de la balanza deben mantener el equilibrio. Pero, ¿ha habido más de «positivo» o de «negativo» durante este primer año?*

—Más de positivo. En lo que se refiere al quehacer, muchísimo más de positivo. Aún cuando no se quiera reconocer, se debe notar que algunas cosas marchan mejor o, quizá, bastante mejor. No porque nosotros lo hayamos hecho todo bien, sino porque nos encontramos con muchas cosas empezadas, que estamos acabando. Además, porque tenemos un horizonte de tres años por delante, lo que nos permitirá realizar nuevos empeños, basados en el convencimiento de que no somos interinos y de que no estamos sometidos a ese tirón hacia la quietud que siempre acompaña a la interinidad. Estamos haciendo muchas cosas y haremos más. No se trata de atribuirnos una capacidad —que yo creo que tiene todo el mundo— sino que contamos con tres años de esperanza,

y mala tendría que ser una corporación para que no hiciera nada positivo en ese tiempo.

—*Tras el deber cumplido, ¿qué le apetece hoy: unas vacaciones?*

—No, porque me aburro en las vacaciones si no tengo mis libros y algún quehacer. Incluso cuando voy a Soria, necesito trabajar. Somos gentes tan próximas a la naturaleza que nos parece que no tenemos por qué contemplarla: el sonido del viento entre las hojas del roble lo guarda mi oído permanentemente y sé distinguirlo de cualquier otro gemido de ramas en árboles distintos. Mas, no puedo detenerme en la contemplación porque las vacaciones que no sean para trabajar, me aburren.

Sólo es pobre el que se tiene por pobre

—*Tantas veces se ha hablado del excelente clima de Madrid, que ahora sobrecogen los índices de contaminación. ¿Cómo ve su futuro?*

—Con optimismo. Si se resigna a no rebasar los 4.500.000 de habitantes, será una ciudad en la que se pueda vivir y pasear, porque posee más «zonas verdes» de lo que se cree y muchos jardines... a los que nadie acude no sé por qué. Uno se pregunta «qué tendrá que hacer la gente, que se siente incapaz de pasear por esos jardines extraordinarios y renuncia a contemplar sus árboles y el desafío de los pájaros». Habrá que iniciar una campaña para descubrir a los madrileños los jardines que pueden disfrutar.

—*Puestos a defender, ¿qué tiene que decirnos de los vilipendiados funcionarios del Ayuntamiento que usted rige?*

—Hasta ahora los he defendido porque era mi deber y porque los conozco bien. Son gentes que trabajan, aunque haya excepciones. Con la mala costumbre de observar la paja en el ojo ajeno —porque el Evangelio, en esto como en tantas cosas, nos da ejemplos inmutables—, hay quien se rasga las vestiduras o se pone ceniza en el cabello o está dispuesto a hincarse de hinojos y hasta de llorar, cuando un funcionario abandona su puesto y marcha a tomar café. A mí me parece normal ese deseo, aunque no debe perder mucho tiempo en operación tan breve. ¡Que tome el café en buena hora! cosas peores hay, que estamos evitando.

—*¿Don Enrique? ¿Excelentísimo señor? ¿Profesor? ¿Señor Tierno Galván?... ¿Cómo prefiere que se dirijan a usted?*

—Con que me llamen «Profesor», me doy por contento. Y si me llaman «Viejo Profesor» tanto mejor, porque lo interpreto como señal de confianza y cariño.

«Solía» ya pasó y «noseluego» no llegó

—*Todo conduce a algo. Los Ayuntamientos democráticos, ¿hacia dónde van?*

—Hacia la paz. Antes le decía a usted «que las gentes creían que la Patria era el Estado»; pues bien, hubo un tiempo en el que las gentes creyeron que la Patria eran los pueblos. Estoy convencido de que nosotros haremos la Patria de los Municipios, que es la Patria de la libertad, la Patria del respeto a las costumbres propias, a los lenguajes propios y a las tradiciones propias. La Patria de los compromisos de vivir juntos, sabiendo respetar lo que todos tenemos propio y no mezclarlo con lo ajeno sino cuando lo queramos así y sea conveniente.

Deme dineros y no consejos

—*¿Cuál es hoy, su mensaje para Madrid?*

—Debo decir a los madrileños que tengan confianza: una confianza que no les pido por el sensacionalismo de pedirlo. Que piensen que, además de madrileños, son españoles. Que crean firmemente que vamos a rebasar la situación en la que nos hallamos: una enfermedad que es de adaptación... Salir del trópico hacia otras temperaturas sin tomar ciertas medidas, puede acarrear alteraciones graves. Y, nosotros, hemos pasado del trópico de un régimen autoritario a este frío que supone el no entender cómo utilizando todos la libertad, no es posible que haya quien no sufra por ella. Pero lo entenderemos y soslayaremos las dificultades; viviremos unidos y alcanzaremos la sabiduría profunda. Esa sabiduría que dice «que el modo como se organicen las cosas no importa, si los que están gozando de la organización, realmente disfrutan de ellas».

Mensajero alegre, albricias quiere

LA DEHESA DE LA VILLA Y LOS ESTUDIOS DE GENÉTICA DEL PROFESOR ZULUETA

(viene de la página 26)

«... el edículo, más bien que edificio, destinado a albergar el Laboratorio de Biología del Prof. Zulueta, era lo que diríamos, en lenguaje corriente, una chabola; si bien una chabola a la que, la yedra y la parra que cubrían, respectivamente, una y otra de sus fachadas principales y encuadraban bellamente sus ventanas, daban un toque de buen gusto y sobria distinción. Esta chabola, o casi chabola, estaba a la entrada del conjunto de pabellones de la Residencia de Estudiantes, al final de la calle del Pinar, y hacía juego con otra chabola más pequeña destinada a portería. Pues bien, este edículo no tenía cielo raso bajo el tejado, por lo que en el verano el calor llegaba a ser molestísimo, así como el frío en invierno a poco que —por cualquier motivo— se dejase de atizar una estufa salamandra instalada en el centro de la pieza principal y cuyo depósito de combustible (sendos montones de leña, cok y hulla) estaba en esta misma pieza principal, debajo de la mesa —poyata en la que se preparaban reactivos, substratos de cultivos, o se practicaban algunas operaciones micrográficas. La otra pieza del laboratorio albergaba la mayor parte de la considerable biblioteca del mismo, amén de un enorme, descomunal contador del gas que servía a todos los edificios, pabellones y laboratorios de la Residencia de Estudiantes. Como las fitodectas, según ya dejo dicho, se alimentan sólo de retama bien fresca y, en aquel laboratorio no se disponía de armario frigorífico alguno, había que recoger diariamente la retama en la Dehesa de la Villa y guardarla durante las veinticuatro horas inmediatamente siguientes —máximo intervalo de tiempo en que así resultaba utilizable— en una cueva de los sótanos del edificio del Museo Nacional de Ciencias Naturales, a más de 400 metros de distancia del Laboratorio. Zulueta, casi sin ayudantes —a temporadas sin ellos en absoluto— llevó a cabo sus experimentos en *Phytodecta variabilis*, durante años (a razón de una generación por año) luchando denodadamente contra las mortandades que, unas veces por el calor, otras por el frío, se producían en los cultivos. Justo y obligado comentario a este respecto es el de consignar que actualmente, con modernas instalaciones en soberbios edificios oficiales dotados de cámaras frigoríficas y estufas de cultivos de todo género, tamaño y especial finalidad, las exigencias de la cría de fitodectas arredra todavía a nuevos investigadores atraídos por los mismos problemas genéticos o por otros distintos que aún cabe estudiar en este notable crisomélido ganado como interesantísimo material biológico para la ciencia de la Genética gracias a la resuelta, inteligente y callada labor del Prof. Zulueta.

Esta pintura de tintas algo dramáticas que acabo de hacer del Laboratorio de Biología del Prof. Zulueta, pudiera dar una idea equivocada de la responsabilidad científica y administrativa de las personas a cuyo cargo estaba la Presidencia y el gobierno de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, y, más en particular, la Dirección del Museo de Ciencias Naturales. Pero no; este cuadro de tintas dramáticas es sólo parte de aquella reali-

El profesor Zulueta, ya anciano, lee una comunicación científica en un congreso celebrado en Estocolmo, en 1948.



dad que estoy recordando: en el Laboratorio de Biología del Prof. Zulueta en el Museo Nacional de Ciencias Naturales de Madrid, gracias al celo y cuidado del propio Prof. Zulueta, a la comprensión del Director del Museo el venerable maestro de los naturalistas españoles don Ignacio Bolívar y Urrutia, y a la «franciscana» administración que a la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas imprimía su Secretario don José Castillejo se recibían con regularidad casi todas las revistas de Genética que entonces se publicaban en el mundo, como asimismo muchas otras de Citología, Biología General, etc. y sus colecciones estaban completas desde el primer número o fascículo, y encuadradas».

Y todo esto tan madrileño —la Casa de Campo, la Dehesa de la Villa, nuestras retamas velazqueñas, los Altos del Hipódromo, el Barrio de Salamanca, la Junta para Ampliación de Estudios, el Museo de Ciencias, la Residencia de Estudiantes de la calle del Pinar—, tan local y tan nuestro, hubo de convertirse en aquellos años en tema científico que llevaría la castiza *Phytodecta variabilis* de nuestra municipal Dehesa de la Villa a las páginas más destacadas de las revistas científicas y a los anales de la impetuosa genética de entonces.

Ello se debió a un descubrimiento de Zulueta realmente notable. Por su tecnicismo, ni «Plinio» podría profundizar en él, ni tampoco el propósito de hacerlo correspondería al tono de una revista como es «Villa de Madrid». Señalaremos, por tanto, sólo lo imprescindible para dar cierta medida, por supuesto profana, del alcance de tal descubrimiento. Fue éste:

Cada célula reproductora contiene en su núcleo un conjunto de corpúsculos que se tiñen intensamente por los colorantes básicos de anilina. Son los llamados cromosomas, más o menos diferentes unos de otros por su forma, tamaño y otras características.

Dentro de estos cromosomas, dispuestos en forma lineal se hallan los genes, que son partículas biológicas, cuya acción o efecto específico es condicionar decisivamente la aparición —o desaparición en generaciones sucesivas— de aquellos caracteres que los descendientes heredan de sus progenitores.

Sin embargo, por aquellos años, los genéticos creían que, en general, no había genes en el cromosoma que denominaban Y.

El descubrimiento madrileño de Zulueta con su castiza *Phytodecta* de la Dehesa de la Villa, consistió en advertir que en el cromosoma Y. Y, al contrario de lo que entonces se creía, había ciertamente genes.

El descubrimiento era importante para fundamentar la explicación de la determinación del sexo en la descendencia.

Los *Phytodecta*, como otros insectos, y como el propio hombre, son portadores en las células que componen su organismo de dos cromosomas X en las hembras, y un cromosoma X y otro Y en los machos.

El óvulo de la hembra, sin embargo, siempre tiene tan solo un cromosoma X, mientras que el espermatozoide del macho, determinante de la fecundación de aquél, tiene en la mitad de los casos un cromosoma X y en la otra mitad un cromosoma Y. El azar determina el sexo de la descendencia: Cuando un espermatozoide con cromosoma X fecunda el óvulo, portador de otro cromosoma X, el nuevo ser es del sexo femenino. A su vez, cuando el espermatozoide porta el cromosoma Y, al fecundar el óvulo dotado del cromosoma X, da como producto un descendiente macho, cuyas células contienen ambos cromosomas X e Y, en lugar de los dos del signo X, propios de las hembras.

Todo este comportamiento biológico, cuya importancia se destaca por sí misma, requiere además en el caso de *Phytodecta variabilis* la presencia de genes en el cromosoma Y, lo que fue comprobado en el Laboratorio madrileño.

De la importancia del hallazgo da testimonio el Prof. Galán cuando ha podido decir:

«Así, sin duda, debió considerarlo Morgan, Premio Nobel y gran forjador de la genética moderna, cuando poco después de la publicación de las investigaciones de Zulueta en *Phytodecta*, señaló expresamente la «muy especial importancia» de estas investigaciones, en un artículo que apareció en 1926 en «*Quarterly Review of Biology*», en el que recopilaba los principales avances de la genética en aquellos años. Y, enseguida, los datos, las figuras, las genealogías y las explicaciones de Zulueta relativas al caso de *Phytodecta* aparecieron extensamente incorporadas a las monografías y a los tratados de genética. En el gran tratado o «biblia» de la genética de la década de los treinta, esto es, en el «*Handbuch der Vererbungswissenschaft*» editado por Baur y Hartmann, dichos datos, figuras, genealogías y explicaciones de Zulueta para el caso de *Phytodecta variabilis*, aparecen insertos reiteradamente: primero, con ocasión del tema del alelismo múltiple, redactado por Sterns; luego, naturalmente, a propósito del de la herencia ligada al sexo, escrito por Föyn.

Por último, la consideración del caso de *Phytodecta* pasó a libros de texto, como la «*Biología*», del Profesor don Salustio Alvarado, que en lugar tan destacado como en la portada, reprodujo a todo color los distintos tipos de *Phytodecta*, según magníficas acuarelas pintadas por don Serapio Martínez, dibujante del Museo Nacional de Ciencias Naturales de Madrid.

Don Antonio, cuyo buen gusto y formación literaria fueron, por otra parte, excepcionales, ciertamente suscitó en aquella ocasión la creación de una verdadera obra de arte: las diez imágenes de *Phytodecta variabilis* que por encargo suyo realizó don Serapio, y que el propio lector puede contemplar como ilustración de este artículo, son ciertamente equiparables en su perfección a las que dieron fama universal a la *Flora de Nueva Granada* de Celestino Mutis.

No es, pues, Madrid, tan solo patria chica de chisperos y manolas. El sainete, la gracia, el señorío, la corte, el rumbo, la monumentalidad, el urbanismo, tienen su sitio en Madrid, y aun su justificadísima primacía popular; pero la historia de la Villa tiene rincones para la Ciencia, y aun para las Ciencias Naturales, desde que Carlos III impulsase, con ilustrada curiosidad dieciochesca, tales estudios. En esta línea, los afanes científicos de don Antonio —que fueron varios y no sólo el del cromosoma Y— le colocan como «adelantado de la ciencia de la genética en nuestra Patria», de quien Richard Goldschmidt (1), el gran biólogo alemán perseguido por Hitler, pudo decir un día refiriéndose al cromosoma de la singular *Phytodecta*:

—¡Ah! Es que en el Departamento de Zoología de la Columbia University todo el mundo piensa con el cerebro de Morgan, mientras que aquí —hablaba en España— Zulueta piensa con el suyo!

... Y «hacia» Madrid, un Madrid científicamente riguroso, trascendente, impulsado en este caso por la Junta para Ampliación de Estudios y por el Museo Nacional de Ciencias Naturales; pero comparable en la gracia con el Madrid de los Austrias y Borbones, de Bretón y Fernández-Shaw, del barrio de Salamanca, de nuestro Ayuntamiento, de la Casa de Campo, de la Dehesa de la Villa...

De los desvelos que inspiraron aquellas madrileñas experiencias del Laboratorio-chabola de la calle del Pinar, tal como las realizaba un vecino de la Corte nacido en Barcelona, con el aliento de colaborador y seguidor tan indefectible y filial como el Prof. Galán, te dan fe, lector, estas líneas, escritas con irreprimible emoción al recordar escenas y paisajes de aquel familiar Madrid de los años veinte.

(1) Nacido en Frankfurt en 1878, profesó en Berlín y después, exiliado, en los Estados Unidos, en California. Se ocupó preferentemente de problemas relacionados con el origen y determinación del sexo. Entre sus obras destacan «Los genes y los cromosomas»; «El mecanismo de la determinación del sexo»; «Los estados intersexuales»; y «La base material de la evolución». Doctor honoris causa de la Universidad de Madrid, fue padrino de su investidura el profesor Zulueta.

